

Por el autor de *QUE BAJE DIOS Y LO EXPLIQUE*

RAMÓN ÁLVAREZ DE MON



FLORENTINO

Viaje hacia el Real Madrid del siglo XXI

Lectulandia

Una biografía rigurosa para comprender y conocer mejor al presidente del club más importante del mundo, Florentino Pérez.

Ramón Álvarez de Mon relata el recorrido de Florentino Pérez al frente del Real Madrid, poniendo especial énfasis en las distintas estrategias de las dos etapas de Florentino como presidente del club blanco y entendiendo su segunda etapa como una rectificación de los aspectos que no funcionaron del todo bien en la primera.

Su gestión económica; la venta de la ciudad deportiva, la compra de Valdebebas, nuevas estrategias en la política de compra y venta de jugadores, la reforma del Santiago Bernabéu, la Superliga. En la parte social; las elecciones, el voto por correo, el adiós de leyendas del club como Hierro, Del Bosque, Raúl, Casillas o Cristiano.

Ramón Álvarez de Mon

Florentino

Viaje hacia el Real Madrid del siglo XXI

ePub r1.0

Titivillus 11.11.2023

Título original: *Florentino*
Ramón Álvarez de Mon, 2023
Prólogo: Jorge Bustos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Prólogo

Introducción

Llegada a la presidencia con Figo

Valdebebas, la salvación económica

Zidane y la Novena

Florentino también lo consigue con Ronaldo

¿Ronaldinho o Beckham? Lo comercial se impone a lo deportivo

Los años más oscuros

El retorno

Una superproducción

El mourinhismo

La Décima

Un nuevo paradigma

Un paso atrás

Zidane

Despedir a las leyendas

El nuevo Bernabéu

La transición

La Superliga

La Decimocuarta

Agradecimientos

Sobre el autor

PRÓLOGO

La edad del esplendor en la hierba

por JORGE BUSTOS

Conforme pasan los años me gusta menos el fútbol y más el Real Madrid. Nuestro tiempo en esta vida es limitado, el negocio futbolístico ofrece cada vez más partidos absurdos, y la eternidad solo está garantizada en las inmediaciones del Bernabéu. De modo que el aficionado madridista, acostumbrado a tratar directamente con la historia, hace sus cálculos y decide que le compensa ser cada vez más madridista y cada vez menos aficionado.

Cuando empecé a escribir sobre fútbol siempre partí de una cláusula de honestidad con el lector: ni podía ni quería aspirar a la imparcialidad. Nunca he hecho periodismo deportivo, sino más bien madridismo narrativo. Escribo desde el corazón del todo blanco, y a partir de ahí trato de ser justo con mis propias sensaciones en la esperanza de que sean compartidas por otros madridistas. Eso es todo.

Ramón Álvarez de Mon no es periodista, y mucho menos periodista deportivo. Eso que lleva ganado. Él tampoco aspira a que ningún sanedrín corporativo le compulse una credencial para ejercer el oficio de contar su madridismo en redes, televisiones, radios o ahora a través del libro que usted tiene entre las manos. Ramón, como otros en el país por donde cruza errante la sombra de Caín, ha pagado con creces el éxito cosechado por las informaciones y juicios que ha ofrecido a sus numerosos seguidores. Es el peaje que suelen cobrar los mediocres cuando se les aparece el fantasma del temido intrusismo, que no es más que la libre competencia entre aptitudes comunicativas con el público como único juez. Pero, como además de un comunicador ecuánime es también un hombre de extraordinaria calidad moral —cosa que no abunda en el gremio mediático—, Ramón sigue a lo suyo

educadamente, sin responder a provocaciones ni sucumbir a campañas de odio.

Ahora entrega a sus seguidores y a todo el madridismo una crónica muy personal de las dos décadas que Florentino Pérez lleva al frente del club. Como la abrumadora mayoría de los aficionados de este y de cualquier otro equipo del planeta, Ramón piensa que Florentino pasará a la historia como el mejor presidente que ha tenido el Madrid junto con Santiago Bernabéu. No es una opinión demasiado original: basta contar los títulos, analizar las cuentas, echar un vistazo a las instalaciones de Valdebebas, admirar la obra colosal del nuevo estadio o medir globalmente el impacto actual de la marca: la institución deportiva más valiosa del mundo. Dice Raúl del Pozo que el Real Madrid es el último mito español. Florentino no puso sus cimientos, pero añadió varios pisos, amplió las salas, erigió las almenas, alzó las torres, ajardinó el valle, extendió sus dominios más allá del océano y ahora medita cómo quedarse a jugar en el espacio, rodeado de estrellas. El proyecto se llama Superliga.

Pasar los ojos por las páginas de este libro es rememorar las emociones felices y darse un festín de recuerdos victoriosos. Son muchos rivales vencidos, muchas remontadas aulladas, muchas Orejonas bebidas. Ramón nos lleva de Mourinho a Ancelotti, de Zidane a Cristiano, de Lisboa a París — donde me lo encontré la mañana de la Decimocuarta, en un Sacré-Coeur tomado por hinchas del Liverpool—, y se va parando a señalar los jalones sentimentales alrededor de los cuales se congregan varias generaciones de madridistas. El autor sabe, sin embargo, que veinte años son menos que nada cuando hablamos del Madrid. Porque la gratitud ya es eterna, pero la leyenda continúa.

En *El hombre tranquilo*, John Wayne le aclara a Maureen O'Hara: «Entre nosotros no habrá puertas ni cerrojos, Mary Kate, excepto los que tú pongas en tu mezquino corazón». La afición del Madrid puede ser tan caprichosa como una pelirroja irlandesa, cuestionar tal o cual fichaje y criticar una decisión por apresurada o tardía, pero tiene abierto el corazón al presidente que la devolvió a la edad del esplendor en la hierba.

INTRODUCCIÓN

Es casi imposible para el que les acompañará en las siguientes líneas pensar en el Real Madrid y desligarlo de la figura de Florentino Pérez. Por supuesto, hubo vida madridista antes del actual presidente del Real Madrid, y también hubo la felicidad propia de la infancia, a pesar de que uno nació con la Quinta del Buitre ya muriendo y con un Barcelona dominante.

Antes de Florentino hubo Séptima y Octava y por supuesto muchos momentos inolvidables. El presente libro no pretende despreciar esa época en la que empezó mi sentimiento madridista. Todavía me ocurre que, cuando veo repetidos partidos de los noventa, recuerdo con exactitud cada jugada que culminaba en gol solo con ver sus primeros toques. Los recuerdos van asociados a las emociones que uno liga a ellos. Por eso la memoria tiene mucho de emocional. Por eso aprendimos mejor la asignatura del profesor al que apreciábamos, con el que nos identificábamos personalmente.

Por ello, vaya como adelanto mi reconocimiento a todos los dirigentes que precedieron a Florentino y trataron de hacer su labor lo mejor posible. Por supuesto que han contribuido a la grandeza del Real Madrid, y los madridistas podemos ligar recuerdos maravillosos a su gestión en el club.

Sin embargo, como decía, para mí resulta imposible no identificar a Florentino con mi Real Madrid. Cuando uno piensa en el club blanco lo asocia a la tradición, pero también a la modernidad, y qué duda cabe de que Florentino ha sido fundamental para introducir al Madrid en el siglo XXI, con un modelo de gestión que ha revolucionado y cambiado el mundo del fútbol, sin olvidar los valores y aciertos que hicieron de este club el más grande de la historia.

Son continuas las referencias de Florentino a Santiago Bernabéu. En ellas se detecta admiración, agradecimiento, pero también aprendizaje. Como veremos en este libro, es increíble cómo muchas de las decisiones de Florentino han estado inspiradas en lo que hizo don Santiago hace más de medio siglo. Esa conexión entre las dos personas más importantes en la

historia del Real Madrid, a pesar de que cada uno es hijo de su tiempo, no deja de ser una de esas maravillas que explican lo que es el Madrid y por qué su leyenda ha perdurado en el tiempo.

Durante este libro iré repasando las diferentes etapas que han ido definiendo el florentinismo. El orden será cronológico, pero constantemente habrá referencias al pasado y al futuro para introducir en cada contexto al lector. Florentino llega con la carta de Figo y habiendo aprendido del fracaso que supuso no ganar las anteriores elecciones cuando seguramente pensaba que el proyecto ya servía para explicarlo todo. Se trata de un presidente que desde el principio cambió la historia del fútbol e introdujo nuevas ideas que han ido siendo replicadas por otros dirigentes. Alcanzó muy pronto la cima, o la galaxia, según quien lo diga, pero también descendió a enorme velocidad y conoció la ingratitud que a veces depara el fútbol cuando sus fichajes envejecieron y él fue el último en querer admitirlo por la admiración que les tenía.

Pese a que el primer Florentino fue quizás el más decisivo en lo que es hoy el Real Madrid, pienso que su versión tras volver en 2009 supera por bastante a la inicial. Si el reto en el año 2000 era titánico, no era menos a lo que se enfrentaba el club en 2009. El mayor rasgo que puede poseer una persona con tanta capacidad es la humildad, puesto que dicha virtud le permite a uno mejorar y poner en práctica las soluciones oportunas. Las personas brillantes son capaces de enmendarse a sí mismas sin caer en inseguridades.

La estrategia seguida por el Real Madrid en esta segunda etapa le ha procurado los mayores éxitos de su historia igualando lo conseguido en la segunda mitad de la década de los cincuenta. De hecho, con el Mundial de Clubes que organiza la FIFA, Florentino ha podido igualar los títulos conseguidos por Santiago Bernabéu. Toda una epopeya.

Por supuesto, en este libro también expondré lo que considero que han podido ser errores. Con la información limitada de la que dispongo y a sabiendas de que la mía será una opinión más. En cualquiera de los casos, el balance es prácticamente inigualable. El actual presidente del Real Madrid es uno de los dirigentes deportivos más importantes de la historia, y ha ejercido su cargo compaginándolo con la gobernanza de una multinacional constructora que, bajo su mando, ha llegado a ser una de las más importantes del mundo.

En el libro se hablará mucho del pasado, pero será inevitable echar un vistazo al futuro. Hacia el Real Madrid que está construyendo Florentino y

que le sobrevivirá con más fortaleza que antes de su llegada. Un Madrid robustecido con un estadio que será la fuente de ingresos que permitirá seguir compitiendo contra los clubes-Estado.

Un club que, igual que hiciera con la vieja Copa de Europa, pretende impulsar una nueva competición que mejore una industria del fútbol que pasa por momentos realmente complicados. Probablemente el reconocimiento general a Florentino por este objetivo, que dentro de unos años nos parecerá obvio a todos, no llegará lo suficientemente pronto como para hacerle justicia. Las presiones que habrá tenido que soportar son inimaginables.

No analizaré todo lo correspondiente a la sección de baloncesto. Sin duda, la influencia de Florentino ha sido enorme para que desde 2011 se haya convertido en un motivo de orgullo para todos los madridistas. La labor de Juan Carlos Sánchez, Alberto Herreros, Alberto Angulo y Pablo Laso ha sido encomiable, y han plagado el museo de títulos que estaban fuera del alcance del Madrid durante la década anterior. Florentino eligió bien a las personas que se debían encargar de la sección y aumentó la inversión en ella para ponerla en lo más alto de Europa desde hace diez años.

Para mí, escribir este libro será volver a los recuerdos que tengo del Real Madrid de principios del siglo XXI, reencontrarme con el adolescente que se ilusionaba con cada partido de su Madrid para ir madurando poco a poco y comprendiendo los misterios de un club legendario. Esas emociones de las que hablaba antes estarán impregnadas en cada etapa y serán un fiel retrato de cómo viví todo lo ocurrido. Trataré de ser fiel a lo que sentí, pero lo analizaré desde el presente y la madurez en la que me encuentro. El reto es apasionante, y ojalá sepa acometerlo. La etapa de Florentino Pérez al frente del Real Madrid bien merece este libro y muchos más que llegarán a cargo de otros autores que seguro que pondrán en valor esta maravillosa etapa en la que aún estamos inmersos, y que ojalá continúe muchos años más.

Llegada a la presidencia con Figo

El 17 de julio del año 2000 Florentino Pérez se convirtió en presidente del Real Madrid. Dos meses después de ganar la Champions, y contra todo pronóstico, Florentino cumplía uno de los mayores sueños de su vida: presidir el club de sus amores, del que había sido aficionado desde niño, cuando iba con su padre a disfrutar de sus ídolos y, viendo el partido desde la grada baja, corría a celebrar los goles con su padre, que se encontraba más arriba. En una de esas carreras tan felices tropezó, y una cicatriz aún le recuerda ese amor infantil por el Madrid.

Sin embargo, sería imposible explicar cómo ganó unas elecciones que parecía tener perdidas por los éxitos deportivos del equipo presidido por Lorenzo Sanz sin atender a lo que había ocurrido cinco años antes, en los comicios de 1995. A dicha cita electoral concurren el presidente de la época —que no era otro que Ramón Mendoza—, Santiago Gómez Pintado y un joven Florentino Pérez que tenía por entonces cuarenta y ocho años y muchas ideas para el Madrid.

Seguramente vimos a un Florentino muy idealista que pensaba que el mejor discurso y el proyecto más ambicioso ganarían por sí solos las elecciones. Ya entonces el voto por correo había adquirido un peso fundamental. Un porcentaje muy importante de los votos no eran presenciales, y Mendoza, al frente del club por su condición de presidente, conocía a la masa social del club y sus entresijos. Se cuenta que incluso pudo haber votos de socios ya fallecidos, pero no creo que dicha afirmación haya sido probada o, al menos, sea imputable a ninguno de los candidatos.

Mendoza ganó con 15 203 votos y Florentino se quedó a solo 698. Gómez Pintado superaría por poco los 4000 apoyos. Se trataba de un empate técnico, pero que le daba la victoria a un Mendoza exultante de felicidad que había tenido enfrente a un durísimo rival que parecía venir a cambiar la forma de dirigir los clubes de fútbol.

Ya entonces las ideas de Florentino habrían resultado de gran ayuda para un club que navegaba en un mar con mucho oleaje, pero Florentino no había sabido ganar las elecciones aunque el aprendizaje obtenido en aquella experiencia resultaría fundamental para triunfar en las siguientes. A diferencia de lo que le sucedió con la política, no iba a desistir.

Cómo estaría la cosa que Lorenzo Sanz, vicepresidente con Mendoza, asumiría la presidencia del club poco tiempo después y formaría un gran proyecto deportivo que traería de vuelta la Champions al Real Madrid tras treinta y dos años. Poco después repetiría con la Octava. Esas dos Champions y la Liga de Capello serían los principales logros de una época exitosa en lo deportivo pero complicada en lo económico. Lorenzo Sanz y Juan Onieva no lograron revertir una herencia muy complicada, y el Madrid se vio obligado a vender a Seedorf en aquellas Navidades de 1999 para poder pagar las nóminas del equipo que se debían devengar en el mes de enero.

Resultaba paradójico que, en la misma temporada que al club le costaba llegar a fin de mes, el Madrid se alzase con la Octava después de un cambio a mitad de temporada en el banquillo. El Madrid de Del Bosque se impuso en París con un 3-0 frente al Valencia, y Lorenzo Sanz vio que era el momento ideal para que los socios madridistas renovasen su confianza en el presidente con el que habían llegado tantos éxitos deportivos. Nada podía fallar y así lo veían muchos madridistas. Iba a ser coser y cantar. Además, Lorenzo caía bien, era muy cercano. El aficionado podía identificarlo fácilmente como uno de los suyos.

Sin embargo, Florentino tenía otra idea en la cabeza. Seguía creyendo en su proyecto, pero esta vez sería más pragmático y tendría más inteligencia política. La experiencia de 1995 le había enseñado cómo se ganan las elecciones en el Real Madrid y el escaso peso que a veces tiene el discurso si no va acompañado de actos con capacidad de impactar y abrir los telediarios.

Florentino tenía muy claro el margen de mejora que había en el Real Madrid y el proyecto económico-deportivo que precisaba. Sin embargo, para ganar al hombre de la Séptima necesitaba comenzar con una carta ganadora. Mientras Lorenzo preparaba un proyecto de continuidad con algún fichaje como Diego Tristán, Florentino encontró la manera de llegar a Figo, el mejor jugador del momento que de hecho se alzaría esa temporada con el Balón de Oro.

El entonces capitán del Barcelona estaba muy molesto con su club, que en aquella época también estaba inmerso en un proceso electoral. Núñez dejaba la presidencia y su vicepresidente, Gaspart, era el favorito para sucederle.

Figo quería renovar, pero pedía mucho más dinero y contaba con la dificultad de no tener ningún presidente enfrente con el que negociar. Gaspart, que prácticamente tenía asegurada la presidencia, le daba largas y no se terminaba de creer la posibilidad de que el ídolo de la afición pudiese dejar el club culé si no accedían a sus pretensiones salariales.

El entonces representante de Figo, Jorge Veiga, no se iba a quedar de brazos cruzados y, con la ayuda de Futre, ídolo colchonero, llegó a un acuerdo con el entonces candidato a la presidencia del Real Madrid Florentino Pérez. Figo dio por bueno el acuerdo creyendo que Pérez no tendría opción alguna para ganar dado el éxito reciente y rotundo de Lorenzo Sanz. El acuerdo con el Madrid, que se filtraría a través de José Ramón de la Morena, serviría para presionar a Gaspart, que tendría que atender a su petición. Por eso Figo, a través de Veiga, asumió firmar una penalización enorme en caso de echarse para atrás. Simplemente era un farol, un escenario que nadie se planteaba en serio.

Mientras la noticia la había dado un periodista, las cosas estaban algo tranquilas para Figo. No sería la primera información de este tipo que después no se cumple. Sin embargo, pocos días después Florentino compareció ante los medios y anunció que si resultaba elegido garantizaba el fichaje de Luís Figo por 10 000 millones de las antiguas pesetas, 60 millones de euros al cambio. Tan seguro estaba el candidato de su apuesta que, si no cumplía su promesa, prometía pagar de su bolsillo las cuotas de los socios durante la siguiente temporada. Ya entonces supo Figo para qué iba a servir la penalización a la que se había comprometido en caso de renuncia.

Cuando pensaba en Figo en aquella época, lo primero que me venía a la cabeza era lo mucho que nos había martirizado en esos duelos con Roberto Carlos. Jamás vi sufrir tanto al lateral brasileño como cubriendo a Figo y tratando de desentrañar cada uno de sus engaños o sus fintas. Sin duda se trataba, ya en esos meses, de la máxima estrella del Barça y del principal candidato a ganar el Balón de Oro. El simple hecho de visualizarlo con la camiseta blanca y como compañero de Roberto Carlos resultaba casi una locura. No niego mi entusiasmo en esos momentos. El morbo era enorme, pero también el deseo de disfrutar de un jugador de ese nivel.

La declaración de Florentino fue todo un sobresalto al *statu quo*. Figo llegó a posar con una camiseta del Barça prometiendo fidelidad mientras suplicaba a Gaspart que accediera a sus pretensiones. Gaspart, que se convertiría en presidente una semana más tarde que Florentino, seguía viendo un gran farol en todo aquello.

De pronto, todos los madridistas miraban a Florentino con enorme interés. Ahora sí calaba el proyecto económico que tenía ideado y que pasaba por poner en valor la antigua ciudad deportiva del Real Madrid para buscar un impulso económico imprescindible y que hiciera posible la supervivencia del club en la élite del fútbol español como todo madridista lo había conocido. Florentino ya nos había atrapado a todos.

Mientras tanto, Lorenzo Sanz, quizás algo aturdido, mostraba un enorme escepticismo con las promesas de su rival y lucía los enormes éxitos deportivos que había traído su mandato. En el sarcasmo que empleaba Lorenzo se dejaba vislumbrar una preocupación evidente. Le estaban ganando la mano y no tenía forma de responder de una manera proporcional. Él debía tirar de su palmarés y de su experiencia como presidente. No le quedaba otra.

Digamos que la carta de Figo había atraído la atención de la masa social, que ya escuchaba con atención lo que el candidato tenía que contarles. En el 95 no había habido ningún Figo que hubiera causado ese efecto, pero todavía quedaba otro asunto por resolver: el voto por correo.

Florentino se afanó porque eso no fuese en su contra y, lejos de ser así, resultó decisivo a su favor. El 17 de julio del año 2000, Florentino Pérez alcanzó la presidencia. El vencedor obtuvo 16 469 votos por 13 302 de un Sanz que había ganado en el voto presencial y que seguramente no entendía lo que estaba ocurriendo cuando se dieron a conocer los resultados finales.

Como madridista agradecí enormemente el homenaje que Florentino y el Madrid le hicieron a Lorenzo, en un Real Madrid-Celta de Vigo, tras su muerte a causa del Covid. La rivalidad entre ellos fruto de las elecciones había sido evidente, pero me consta que la relación mejoró mucho con el tiempo, y Florentino supo ser justo y generoso con la labor de Lorenzo al frente del Real Madrid. Era habitual verle por el palco presidencial apoyando a su Real Madrid con la enorme pasión que siempre le había caracterizado.

Ahora quedaba por ver si lo de Figo era el farol más caro de la historia o realmente iba en serio. El portugués imploraba a Gaspart que atendiera su petición. Florentino había ganado contra todo pronóstico y los planes del luso hacían aguas. La posibilidad de tener que irse ya era totalmente real. Gaspart, que no terminaba de creerse aquello, no estaba dispuesto a pagar la penalización y con ello las cuotas de los socios de su máximo rival. Era demasiado humillante para su Barça. Resultaría la peor forma de empezar su mandato.

El 24 de julio del año 2000, Figo era presentado con cara de circunstancias como jugador del Real Madrid. A su lado le escoltaban un

Florentino exultantemente feliz y Alfredo Di Stéfano, leyenda del Real Madrid que Florentino había recuperado para la causa como una de sus primeras medidas. El argentino fue nombrado presidente de honor el mismo año en el que el Madrid sería reconocido por la FIFA como mejor club del siglo xx. Por supuesto, don Alfredo había resultado fundamental para un hito que enorgullecía al madridismo.

La foto tenía bastante valor simbólico, aunque en ese momento era difícil de apreciar. Florentino, en su admiración perenne por don Santiago, acababa de fichar a su primer galáctico, a su Di Stéfano particular, en el compromiso por seguir la senda que había dado tantos éxitos hacía unas cuantas décadas al Madrid.

Figo no lo estaba pasando bien, y la hostilidad que le llegaba desde Barcelona, donde había hecho su vida, era insoportable. Tiempo después reconocería que aquella decisión fue la más importante que había tomado y que hacerse madridista fue una bendición, pero en esos momentos no le resultaba fácil imaginarlo.

La trayectoria de Figo en el Real Madrid fue claramente de más a menos. Una primera temporada espectacular que le permitió certificar su Balón de Oro dio paso a una segunda temporada con el éxito de la Novena, pero sufrió muchas dificultades por una lesión de tobillo que le martirizó y le hizo jugar limitado durante bastante tiempo.

Con el paso de los años, el portugués fue perdiendo velocidad, pero se convirtió en un jugador cada vez más entregado y esforzado. Ya no desbordaba igual, pero, en cuanto conseguía hacerse un hueco, era capaz de poner centros muy peligrosos. Nunca se pudo cuestionar su actitud o entrega. Tampoco su personalidad ganadora. Dejó el Real Madrid para fichar por el Inter de Milán en 2005, cansado de que Vanderlei Luxemburgo le dejase en el banquillo. Según Figo, los motivos no eran futbolísticos, sino de otro tipo. En cualquier caso, ya no era el extremo que había fichado el Madrid. El tiempo no pasa en balde para nadie.

A pesar del mal trago final, Luís Figo siempre manifestó sentirse muy feliz con la decisión que tomó de coger el puente aéreo y complicarse la vida. Su figura en el Madrid se vio absolutamente agrandada y la Novena le permitió añadir a su gran palmarés una Champions League.

Aunque resulte poco popular decirlo, parte del éxito de esa operación fue el batacazo que supuso para el máximo rival. El Real Madrid le había arrancado el corazón al Barça, le había robado al que era su capitán y se convertiría en Balón de Oro. Gaspart aseguraría años después que Florentino

le condenó a ser un muy mal presidente. Con los sesenta millones en el banco y todos los clubes conscientes de ello, Joan se lanzó compulsivamente al mercado como el adicto al tabaco baja al estanco a las tres de la mañana: dispuesto a todo con tal de saciar su apetito.

Esta necesidad conllevó malas inversiones y a un enorme coste. Gaspart dilapidó toda esa fortuna y más. El Barcelona viviría una etapa de enorme penumbra hasta que llegó Ronaldinho. Fueron años en los que el máximo rival estaba herido de gravedad, y el proyecto de Florentino solo miraría de reojo a Barcelona.

Jorge Valdano se iba a convertir desde el inicio en una persona fundamental para Florentino. El argentino sería nombrado director deportivo del Madrid y su portavoz oficioso. Parecía la figura ideal. Su conocimiento del mundo del fútbol estaba fuera de toda duda, pero es que además se expresaba con enorme clase y riqueza léxica, y mantenía excelentes relaciones con los medios de comunicación. El «pregúntale a Valdano» se convertiría en el principal regate de Florentino para esquivar preguntas de cariz deportivo por parte de la prensa. Su etapa como jugador y entrenador del Real Madrid había dejado buen sabor de boca y mejor recuerdo.

Pero no todo era una fiesta, pronto Florentino tuvo que asumir su primera medida impopular. Antes de abandonar la presidencia, Lorenzo Sanz había dejado arreglada la renovación de Fernando Redondo a falta de la firma. El argentino había sido una de las principales estrellas del equipo en la última temporada y había protagonizado partidos absolutamente épicos. A sus treinta y dos años aspiraba a rubricar el contrato de su vida con todo merecimiento.

A Florentino no le convencían las condiciones pactadas por su predecesor y se lo hizo saber a Fernando. Lógicamente, esto no fue bien acogido por Redondo, a quien acabaron vendiendo al Milan, que buscaba un *crack* con el que poder espolear su proyecto en Italia. El precio fue de dieciocho millones de euros, una barbaridad en aquella época por un jugador tan veterano.

La mala suerte impidió hacer un análisis riguroso del acierto o fracaso de la decisión. Redondo se lesionó gravemente en uno de los primeros entrenamientos y ya no pudo volver a competir a su nivel. Su grandeza se hizo patente cuando renunció a cobrar del Milan hasta volver a estar de alta. Gestos así no abundan y parecen de otra época en la que el fútbol estaba algo menos mercantilizado.

Personalmente me dolió mucho la decisión de vender a Redondo, pero recuerdo debatir con mi padre las bonanzas de la decisión ya en ese momento.

Era mi cabeza la que hablaba, no el corazón. En el futuro veremos decisiones parecidas que le han hecho más bien que mal al Madrid.

Por cierto, igual que la salida de Redondo del Madrid había resultado abrupta, no lo había sido menos su llegada en 1994, con Ramón Mendoza en el palco. Pude saber tiempo después que, incluso después de presentar al jugador tras fichárselo al Tenerife, Mendoza seguía teniendo dudas sobre si no sería mejor opción Simeone, que jugaba en el Sevilla por aquel entonces. Era un verano de revolución en el Real Madrid, y había nuevo entrenador encarnado en la figura de Jorge Valdano. Cuando estas dudas llegaron a sus oídos, con mucha valentía le dijo a Mendoza que si rompía con Redondo debería buscar también un nuevo entrenador. Una decisión que tenía especial mérito porque Jorge llegaba al Madrid con un todavía escaso currículum como técnico.

Se sucedieron ciertas protestas en las proximidades de las oficinas del Bernabéu provocadas por el dolor ante la despedida de un ídolo como Redondo. Aquello no era lo de Figo, pero sí resultaba doloroso. Florentino no se iba a quedar parado y ordenó a Valdano buscar no un sustituto, sino dos. Flavio Conceição y Makélélé serían los elegidos. No fueron baratos ni taparon el hueco dejado por Redondo, pero el francés se convirtió en una pieza fundamental para los éxitos que llegarían en las siguientes temporadas. El caso de Flavio no fue así, y resultó ser uno de los fichajes caros fallidos de la historia del Madrid. Curiosamente, este jugador había estado a punto de llegar varias temporadas antes, pero el Deportivo supo poner más dinero. Años después el club presidido por Lendoiro pagaría esos excesos.

Esa primera temporada resultó bastante exitosa, pese a que empezó de la peor manera posible perdiendo la Supercopa de Europa ante el Galatasaray y la Intercontinental ante un enorme Boca Juniors liderado por Riquelme y Palermo. El Madrid ganó la Liga con bastante margen sobre el vigente campeón, el Deportivo de La Coruña. El último entorchado liguero había llegado con Capello en el año 1997, así que recuperar la hegemonía local sabía muy bien. Raúl y Figo habían congeniado de forma inmejorable y el equipo de la Octava había recibido los fichajes con naturalidad. No hubo suerte en la Champions, donde el Madrid cayó ante el Bayern en semifinales tras perder los dos partidos. No se podía considerar un fracaso dada la entidad del rival, que después ganaría la final ante el Valencia. Del Bosque seguiría en el banquillo gracias al éxito liguero y a que venía de ganar una Champions bastante milagrosa la temporada anterior. No había debate sobre su figura.

Además, el club respiraba aires de renovación, de nuevos proyectos. Todo era ilusión y la sensación de que venía un ciclo muy importante para un club que, en forma de noticias, copaba portadas ante las expectativas que se generaban cada día. Aquel candidato que había perdido las elecciones en 1995 ya era muy respetado por parte de la industria del fútbol, y eso que todavía estaba empezando lo que iba a ser su obra. Lo mejor, por supuesto, estaba todavía por llegar.

Valdebebas, la salvación económica

El sorprendente fichaje de Figo evidentemente había sido el principal reclamo, pero no era lo más relevante dentro del discurso y del proyecto de Florentino. El motivo por el que se había presentado cinco años atrás, y por el que había repetido el intento, era la seguridad de que la deriva económica que llevaba el Real Madrid le iba a impedir seguir siendo el club más exitoso del mundo, como acababa de reconocer la FIFA. Ya por entonces era habitual escucharle decir que su mayor deseo era que el Madrid siguiese siendo de sus socios, que nunca cayera en otras manos que pudieran tener intereses ajenos a los de la entidad.

Mencionábamos antes que, durante esa misma temporada, Lorenzo Sanz se había visto obligado a vender a Clarence Seedorf durante el invierno para poder pagar las nóminas de enero. Esa venta era un síntoma evidente de lo justo que iba el club. Sin la adecuada suficiencia económica sería imposible seguir compitiendo al nivel que la historia del club reclamaba. Cabe recordar que, para el fichaje de Figo, el propio Florentino se había visto obligado a avalar con su patrimonio personal el crédito que necesitó para pagar la cláusula. El Madrid carecía de esa capacidad crediticia a pesar de que había podido recuperar el dinero que había invertido en el fichaje de Anelka.

En septiembre del año 2000, Florentino declaró que la deuda neta del club era de 277 millones, que los proveedores habían adelantado 60 millones que, por supuesto, debían ser devueltos, que la «situación económica estaba malherida» y que «sobrevivir día a día era un milagro».

Los ingresos ordinarios, que antes de la pandemia provocada por el coronavirus eran de unos 750 millones, por aquel entonces sumaban los 118 millones, y el *marketing* tenía en ellos un peso muy reducido. Cabe decir que esto era común en todos los clubes. Casi ninguno atendía a la generación de ingresos por esa vía.

Florentino insistía en la importancia de aumentar ese tipo de ingresos, por entonces atípicos en el fútbol. Consideraba que había un enorme potencial

aún por desarrollar y más en un club como el Real Madrid, que era un reclamo continuo para los aficionados al mundo del fútbol.

Con Figo había introducido un concepto muy novedoso. El Real Madrid y Figo iban a compartir los derechos de imagen del portugués. La gente, por aquel entonces, se preguntaba qué era aquello de los derechos de imagen, y seguramente muchos jugadores empezaron a descubrir que tenían una vía enorme para generar nuevos ingresos aún sin explotar.

Florentino empezó a hablar de los «jugadores inversión». Se trataba de futbolistas que iban a producir un gran aumento de los ingresos solo con su fichaje. Un círculo virtuoso. El club aumentaba sus ingresos y el jugador, a pesar de ceder parte de sus derechos, también los veía crecer gracias al matrimonio con un Real Madrid que elevaba la cotización del jugador a todos los niveles, también el comercial.

Ya hablaremos de ello en otros capítulos, pero en las temporadas siguientes estos jugadores inversión siguieron llegando y el Madrid fue viendo cómo sus ingresos ordinarios aumentaban de forma exponencial. Hablamos de crecimientos de un 25 o un 30 por ciento cada año de manera recurrente y sin la estricta necesidad de tener que ganar títulos.

La situación económica del club mejoraba año tras año y con ello la posibilidad de poder invertir más en un equipo que acrecentase los éxitos deportivos y económicos de manera paralela. El círculo virtuoso funcionaba realmente bien.

Florentino había introducido un nuevo concepto que fue muy criticado al inicio y replicado por el resto de los clubes después: las giras de verano. El conjunto madridista exponía a sus figuras por aquellos lugares que estaban dispuestos a pagar para poder verlos de cerca una vez al año. Las recaudaciones eran una auténtica locura, aunque, como explicaremos después, también tuvo un precio desde el punto de vista deportivo. Costó muchos años alcanzar un equilibrio que lo ponderase todo en su justa medida.

Sin embargo, en 2001 el Madrid solamente había podido poner la primera piedra de lo que sería su proyecto: el fichaje de Figo, y gracias al respaldo económico de su presidente. Hacía falta algo para que la máquina arrancase y Florentino tenía claro que debía ser la antigua ciudad deportiva de la Castellana.

Hacía muchos años, Santiago Bernabéu había tenido la visión de que aquellos terrenos, que se salían de los márgenes de la ciudad de Madrid, podrían adquirir un gran valor en el futuro. Por ello construyó un monumental

estadio en plena Castellana e invirtió en una ciudad deportiva que en su momento fue de lo más vanguardista.

Muchos años después, aquellos terrenos que antaño estaban fuera de Madrid se encontraban en pleno centro neurálgico de la capital. El Santiago Bernabéu era un estadio del todo vigente y en un emplazamiento sumamente estratégico para el Madrid. Sin embargo, la vieja ciudad deportiva se había quedado pequeña y desfasada. Sus diez hectáreas ya no daban todo el servicio que precisaba un club tan exigente; sin embargo, la cotización del terreno que ocupaba era altísima. Florentino tenía decidido que había que vender esos terrenos al Ayuntamiento de Madrid y comprar en Valdebebas cien hectáreas en las que construir la mejor ciudad deportiva del mundo, la que acompañaría al Madrid durante el siglo XXI y supondría la envidia de muchos y la admiración de otros.

Como siempre en la vida, esta iniciativa tuvo sus detractores. Hay gente que siempre se aferra al pasado y encuentra en él su zona de confort. Parecía un sacrilegio contra Bernabéu vender esos terrenos, pero si algo había demostrado don Santiago era que siempre hay que mirar hacia delante y tratar de pensar fuera de tus propios límites. Al final en eso consiste crear: pensar fuera de tus límites.

La recalificación y posterior venta de los terrenos de la Ciudad Deportiva del Real Madrid, situados en el paseo de la Castellana, reportaron al Madrid un total de 495 millones de euros, cantidad que casi duplicaba la deuda neta que la entidad venía arrastrando desde hacía años y que tanto lastraba su actividad.

El convenio urbanístico fue firmado el 7 de mayo de 2001 entre el Ayuntamiento de Madrid, el Gobierno regional madrileño y el Real Madrid, con el apoyo de Izquierda Unida y la oposición del PSOE, que incluso llegó a solicitar ante el Tribunal Superior de Justicia de Madrid la anulación del acuerdo de recalificación de los terrenos.

Florentino consiguió también el apoyo para su plan de los dirigentes sindicales regionales de UGT y CC. OO., pero no pudo convencer a la portavoz socialista en el Ayuntamiento madrileño, Matilde Fernández, que todavía hoy maldice un acuerdo que en términos generales casi todo el mundo ha visto como muy satisfactorio.

El Madrid logró mejorar enormemente su situación económica y, en lugar de descapitalizarse, pudo invertir en una nueva ciudad deportiva mucho mejor preparada. Mientras tanto, el Ayuntamiento dotó a la ciudad de Madrid de cuatro rascacielos, vulgarmente llamados Figo, Zidane, Ronaldo y Beckham,

que han generado numerosos puestos de trabajo además de servir como oficinas a muchas empresas que las han ocupado. También aumentaron las zonas verdes de la ciudad.

De repente, el madridismo había visto como, de la mano de Florentino, la acuciante situación económica había dado un vuelco en apenas un año, los grandes jugadores sonaban para llegar al Real Madrid y el eterno rival pasaba por momentos de zozobra. Todo era ilusionante y novedoso, y los éxitos deportivos parecía que serían una constante a pesar de haber ganado solo esa primera Liga. Por las portadas comenzaba a deslizarse el nombre de un tal Zinedine Zidane, y lo mejor es que todos veíamos posible que aquel ingeniero consiguiera arrebatarárselo a un coloso como la Juventus de Turín.

Zidane y la Novena

Pese a poder completar el histórico fichaje de Figo, Florentino no se quedó del todo a gusto en esa primera ronda en el mercado de fichajes. Nunca negó que su otro objeto de deseo era Zinedine Zidane. Se trataba de un futbolista que le volvía loco y que podía considerarse como jugador inversión dado que ya era todo un icono.

Zinedine había llegado unos cuantos años antes a la Juventus de Turín, club que por aquel entonces disfrutaba de una desahogada situación económica sustentada por la familia Agnelli. La clase del jugador ya era reconocida mundialmente y había sido refrendada con el Mundial y el Balón de Oro en 1998. En la final mundialista, Zidane había marcado dos goles de cabeza, algo poco común en su carrera. Dos años después ganó la Eurocopa y había pocas dudas de que se trataba del mejor jugador del mundo. Además de su nivel objetivo, verle jugar era todo un estímulo para los sentidos. Parecía bailar en lugar de darle patadas a un balón. Sin duda, eso también atraía a Florentino.

Sin embargo, resultaba evidente que Zidane tenía una espina clavada con la Champions. Había perdido la final del 97 contra el Borussia Dortmund y la del 98 contra el Madrid. En ambas finales, el equipo de Zidane era el favorito para el gran público, pero se le había negado esa suerte y el jugador sentía que su carrera tenía ese importante asunto pendiente.

El caso es que Zidane llevaba unos años en la Juve y todo indicaba que acabaría su carrera allí. Se trataba de un gran club con poderío económico y total acceso a la disputa por los títulos. Todo eso unido a que ya no era un niño, contaba con veintinueve años.

Pero Florentino tenía el sueño de fichar a Zidane. Estaba completamente enamorado del jugador. A pesar de ser ya veterano, el objetivo era claro. Contaron tiempo después los protagonistas que todo empezó en una gala de la FIFA. Florentino y Zizou compartían mesa, y el presidente tuvo la genial idea de preguntarle, en una servilleta, si quería jugar en el Real Madrid. Se lo

preguntaba en francés haciendo gala de sus conocimientos del idioma de Zidane. El francés, al recibir la servilleta, respondió con un lacónico, pero muy claro, «yes».

Florentino ya tenía la respuesta del jugador y ahora quedaba lo más difícil: negociar con la Juventus. Luciano Moggi, entonces director deportivo del equipo italiano, comenzó poniéndolo imposible. La primera vez que se abrió a hablar de un precio, este ascendía a 84 millones de euros y pedía incluir a jugadores como Helguera o Makélélé. El Madrid no estaba por la labor de rendirse, pero tampoco de desprenderse de jugadores muy importantes o de pagar la primera cantidad que se le ocurriera a Moggi. Contar con la voluntad del jugador era fundamental en este caso, y que el propio Zizou hiciera fuerza era la mejor baza para los madridistas.

El día 2 de julio de 2001 se produjo el primer contacto entre las partes en Lugano. Una vez que tuvo lugar esa reunión era previsible que el acuerdo fuera inevitable. La resistencia italiana estaba llegando a su fin. Ya se empezaba a hablar de qué fichajes haría la Juve con el dinero. Pavel Nedved aparecía por el horizonte, y no era precisamente una mala elección.

El fichaje más caro de la historia hasta ese momento se consumó el día 4 de julio. Florentino Pérez cerraba en Turín la contratación de Zinedine Zidane, tras acordar con el director general de la Juventus, Luciano Moggi, un precio de 72 millones de euros. Aunque la presentación del *crack* francés no se produjo hasta el día 9, ese 4 de julio se convirtió en una jornada especialmente importante para Florentino, su sueño de hacerse con Zidane se había cumplido y seguramente ni siquiera el propio Florentino era consciente de que estaba fichando a una de las personas más importantes en la historia del Real Madrid. El futuro así lo determinaría.

Con el fichaje de Zidane llegó el júbilo dentro del madridismo al mismo ritmo que el antimadridismo se levantó en armas. Se comenzó a apodar a los fichajes de Florentino como «galácticos» y los complejos de muchos antis afloraron más que nunca. Se empezaba a hablar de lo inmoral que era fichar a futbolistas por ese precio y demás discursos demagógicos y con tintes populistas. Parecía indigno que un club de fútbol se dedicase a fichar futbolistas en lugar de construir hospitales.

Recuerdo ese debut en partido oficial de Zidane en Valencia y la agresividad que se percibía en el ambiente. No le dejaban ni respirar y robarle cada balón era casi un título. Por aquel entonces, Zidane tenía una sanción que le impedía jugar los primeros partidos de la Champions. Se dio la casualidad de que el equipo iba muy mal en la Liga y muy bien en la

Champions. Se decía que con Zidane el equipo era peor. Qué mal envejecerían esas críticas tan absurdas.

Se cuenta que hubo desavenencias entre Figo y Zidane durante los primeros meses y que el francés subió al despacho de Florentino a desahogarse denunciando que Figo no le pasaba el balón. Algo se le ocurriría a Florentino para solucionar el asunto y que la complicidad entre las estrellas del equipo fuera poco a poco en aumento. Un día que recuerdo con especial cariño fue el del famoso golazo de Zidane al Deportivo en el Bernabéu. Quizás fue su primera gran noche en su nueva casa, y falta que le hacía, ya que ningún futbolista, por bueno que sea, es de hielo.

El caso es que no estaba siendo una temporada sencilla. En la Liga el equipo no terminaba de funcionar bien y el título estaba bastante lejos. Sin embargo, había una cita muy importante el 6 de marzo de 2002, día en el que el Madrid cumplía cien años desde su fundación y en que disputaría la final de la Copa del Rey en su estadio ante el Deportivo. Todo parecía perfecto: ganar un título en un día tan especial y en tu estadio.

El golpe fue terrible una vez que el árbitro señaló el final del partido y el Dépor se proclamó campeón de la Copa del Rey y protagonista eterno del Centenario. Iba a costar mucho reponerse de aquel disgusto. En mi caso, que además vivía en La Coruña, ese tropiezo fue especialmente doloroso. Aun así, todavía quedaba lo más importante de la temporada, y Florentino era perfectamente consciente de ello y arropó a sus jugadores en busca de la Novena.

El Madrid tenía una eliminatoria complicadísima en cuartos de final ante el fiero Bayern de Múnich. El cruce de declaraciones hacía prever que la tensión sería una constante. El Madrid perdió el partido de ida 2-1, pero en la vuelta logró remontar con un partidazo.

Después esperaba un clásico en el que el Madrid partía como favorito. No obstante, no dejaba de ser un clásico y la presión era enorme. El club presidido por Gaspart tenía una oportunidad de oro para vengarse por lo de Figo. El Madrid ganó por 0-2 en el Camp Nou con goles de Zidane y McManaman. El resultado era claro, pero el partido había sido más difícil de lo que el saldo de goles indicaba. La primera parte había sido durísima para el equipo.

El partido de vuelta fue bastante tranquilo y el empate a uno, con golazo de Raúl, no hizo que la eliminatoria corriera peligro. El Madrid volvía a estar en una final, la primera de Florentino Pérez.

El rival del Madrid en Glasgow sería el Bayer Leverkusen; sesenta y dos años después se repetía, en la misma ciudad, la que dicen que fue la mejor final de la historia, aunque en este caso el equipo alemán no era el Eintracht. Aquella vez, con un Florentino de solo quince años, el Madrid goleó al equipo alemán por 7-3 con goles de Puskas y Di Stéfano. El valor simbólico de aquella final para Florentino era evidente. Seguramente, aquel niño fascinado con el Madrid de Gento, Di Stéfano o Puskas volvió a esos días para soñar de nuevo con la Orejona.

El 15 de mayo de 2002, se disputó la final de la Champions ante el equipo de moda en ese año. El Madrid comenzó de manera inmejorable con un gol de Raúl tras un saque de banda rápido y sorprendente de Roberto Carlos. La pinta era estupenda, pero Lucio empató de cabeza al poco rato ante un César que no pudo hacer nada.

Cuando el partido llegaba al descanso, Solari y Roberto Carlos combinaron por la izquierda y el brasileño se quitó el balón de encima hacia la zona de Zidane. Entonces empezó la magia: Zizou conectó una volea increíble con la izquierda y el balón se introdujo por la escuadra. Los gritos de admiración fueron precedidos por un silencio incrédulo ante lo que habíamos visto. Nadie se lo creía, era surrealista que hubiera podido conectar ese remate.

La segunda parte fue de enorme sufrimiento. Los alemanes, mejores físicamente, apretaban sin parar y, para colmo, César se lesionó y tuvo que entrar el joven Casillas.

Iker, a pesar de su ángel, había perdido la titularidad durante la temporada. Se trataba de uno de los jugadores más queridos por la afición, pero Del Bosque le había sentado. Mucho se dijo sobre los verdaderos motivos de esa decisión. Seguramente, Del Bosque se vio animado por alguno de los jugadores con más peso en el equipo, como Hierro, el capitán. Así lo explicaría años después el propio Iker.

El caso es que Casillas entraba en el peor momento posible. Con los alemanes a punto de marcar el empate, frío y sin mucha confianza. Sus tres paradas ya son parte de la historia del Madrid y sin duda cambiaron su carrera para siempre.

El Madrid había ganado la Novena y Florentino tenía su primera Champions. Ni siquiera eso le iban a poder criticar sus detractores, que ya empezaba a tener a granel porque se trataba de un personaje bastante diferente a lo que solía imperar aquellos años en el mundo del fútbol. Florentino representaba un nuevo tipo de dirigente deportivo.

Porque sí, Florentino ya no era alguien amable para la prensa. Rara vez concedía entrevistas, «eso pregunté a Valdano», y había cerrado las puertas del club al grupo Prisa, lo cual le empezaba a granjear poderosos enemigos. Por el otro lado, tampoco había hecho buenas migas con José María García y era habitual que el veterano periodista cargase las tintas contra él.

Todavía estaba muy reciente la exitosa etapa de Lorenzo Sanz, y el valor de esa Champions era enorme. El Madrid no había dejado de ganar la Champions con el advenimiento de Florentino.

Por su parte, Zidane había logrado su gran objetivo, la Champions. Algún compañero le decía de broma que había necesitado llegar al Real Madrid para ganarla. Lo cierto es que eso era tan verdad como que él había contribuido de manera decisiva al logro del objetivo dejando una imagen icónica e inolvidable. La volea de Zidane debería estar en el Museo del Real Madrid y no solo en nuestras memorias. La temporada del centenario había culminado con el título que diferencia al Madrid del resto de los clubes del mundo.

En esta primera etapa, la importancia de Zidane va más allá de los títulos que consiguió en el campo. Evidentemente, su nombre como jugador está íntimamente ligado a la Novena, pero mientras fue futbolista del equipo blanco su aportación futbolística fue sublime.

No solo era una cuestión de rendimiento, sino también de estética. Creo que cuando Florentino puso sus ojos en Zidane lo que buscaba era precisamente eso. Por supuesto, un buen rendimiento, pero sobre todo espectáculo. Zizou enamoró al Bernabéu con sus controles imposibles y sus *roulettes* hipnóticas. Cada partido en el Bernabéu se convertía en una fiesta y un deleite para los sentidos. Su sociedad con Roberto Carlos resulta todavía hoy inolvidable.

Mientras el equipo en los siguientes años fue poco a poco en descenso, Zidane siguió jugando, cada vez con más limitaciones físicas, pero siendo una estrella plenamente vigente para el nivel del equipo. Sorprendió cuando anunció su retirada renunciando a un último año de contrato. Llegaremos a esa parte, pero tengo la teoría de que sentía que ya no iba a poder dar lo que exigía el Real Madrid, y que sin Florentino le faltaba su principal valedor dentro del club. El caso es que se retiró dejando una auténtica exhibición en el Mundial de 2006 y con el famoso y desgraciado incidente con Materazzi.

Florentino también lo consigue con Ronaldo

Florentino nos había acostumbrado ya a todos a vigilar a la estrella que estaba en cualquier otro equipo que no fuera el Madrid. Parecía el genio de la lámpara, y los tres deseos estaban a nuestra disposición. Ya habían llegado Figo y Zidane, pero el madridismo se fijaba en Ronaldo Nazário. Realmente no hacía falta una encuesta para saber que era el fichaje que más podía ilusionar en el madridismo.

A pesar de que Morientes venía haciendo una gran labor, el salto que podía suponer Ronaldo a todos los niveles resultaba evidente. Era otro de esos jugadores inversión, y el encaje deportivo era evidente. Además, a diferencia de Figo y Zidane, Ronaldo todavía era bastante joven. Sus veintiséis años permitían pensar en el medio plazo.

La carrera de Ronaldo era todo un milagro. Lo habían convocado para el Mundial de 1994 con Brasil cuando la hoy pentacampeona ganó su cuarto Mundial. No pudo ni debutar por la competencia que representaban Romario y Bebeto, pero ya estaba avisando al mundo, con solo diecisiete años, de que algo fuerte estaba a punto de llegar.

Del Cruzeiro pasó al PSV y realizó una temporada de locura en Holanda. En una época sin YouTube, ver sus goles en la primera división holandesa, la Eredivisie, cuando el Barcelona anunció su fichaje fue tan impactante como preocupante. Yo no había visto nada igual.

El proyecto de Capello con los fichajes de Sanz iba a tener a un gran rival con ese Barcelona. Fue milagroso ganar la Liga contra un equipo que tenía un jugador que había metido treinta y cuatro goles, algunos de ellos de una factura impresionante.

Si soy sincero, nunca he visto una actuación individual en la Liga como la que protagonizó Ronaldo en la temporada 96-97. Messi y Cristiano Ronaldo le superaron en número de goles años después, pero creo que estaban apoyados en equipos más poderosos y que, con respecto al conjunto de la Liga, eran superiores.

A pesar de la Liga ganada, no pintaba la cosa bien en España si ese bicho seguía durante mucho tiempo en Barcelona. La resistencia sería imposible, era demasiado bueno. Sin embargo, el enemigo, años antes de equivocarse con Figo, ya se había confundido con Ronaldo de una manera inexplicable.

El brasileño había llegado por una gran cantidad de dinero desde el PSV, pero un año después el precio de traspaso y su sueldo habían quedado desfasados. Ronaldo quería su cheque, pero Núñez, que siempre tendió a ser bastante austero, no parecía dispuesto a dárselo.

Desde el lado madridista, yo veía con mucho escepticismo la opción de que ese fenómeno se fuera del Barcelona. No podía creer que lo dejaran marchar con un contrato tan largo como el que tenía. Sería una locura que no iban a cometer.

Por aquel entonces se empezó a hablar del Inter de Milán de Moratti, pero estaba convencido de que Núñez, con buen criterio, acabaría cediendo. El Inter era un equipo que no estaba en un momento pujante en Italia. El Milan y la Juve de Zidane se lo llevaban casi todo.

Sin embargo, y contra mi pronóstico, Núñez no cedió a las pretensiones salariales de Ronaldo, pero sí accedió a un traspaso al Inter. Moratti estaba exultante; Italia se llevaba al jugador del momento ante la sorpresa de casi todo el mundo.

Ronaldo siguió a un nivel increíble en el país transalpino la siguiente temporada y llegó a la final del Mundial de 1998. Un desafortunado ataque epiléptico mermó mucho su rendimiento en una final en la que arrasó la Francia de Zidane. Fue muy duro para él, pero lo peor estaba por llegar. Las lesiones aparecieron en su vida. Se desgarró parcialmente el tendón rotuliano y, tras reaparecer, directamente se lo rompió por completo. Sus lágrimas conmovían a todo el mundo del fútbol porque era un jugador que caía especialmente bien.

La previsión era que estuviera de baja más de ocho meses, pero había dudas legítimas sobre si podría volver a jugar al fútbol. Tras mucho trabajo pudo poco a poco comenzar a entrenar y después a jugar. No parecía el mismo. Había perdido velocidad y flexibilidad. La musculatura adquirida para proteger la rodilla lo había convertido en un jugador mucho más robusto. Poco quedaba del gambeteador que podía cruzar el campo sorteando rivales. Sin embargo, Brasil no iba a prescindir de la oportunidad de volver a convocarle para tratar de asaltar el Mundial de 2002, que se disputaba en Japón y Corea y del que España había sido eliminada con una gran injusticia arbitral.

Ronaldo llegó muy justo a la cita mundialista y su desempeño fue emocionante. Fue sin duda el mejor jugador del Mundial y llevó a Brasil en volandas junto a Roberto Carlos, Ronaldinho y Rivaldo. Ya no era el jugador de antes, pero le bastaba para ser el mejor. Era impresionante. Ganó el Mundial en esa final contra Alemania y el madridismo eligió a su siguiente galáctico.

Tiempo después pude saber que el propio Ronaldo fue el que encendió la mecha. Se hizo con el teléfono de Florentino y le vino a decir algo parecido a «Presi, fícheme». Quien conoce a Florentino sabe que no suele resistirse a estas cosas. Nada le gusta más que un *crack* pidiendo fichar por el Real Madrid. Ronaldo también había «nacido para ser jugador del Real Madrid», como después repetiría Florentino en varias ocasiones con una sonrisa que evidenciaba su felicidad.

Desde luego, no iba a ser fácil. Después de varias lesiones, el Inter volvía a tener al jugador que había fichado años atrás. Ahora querían disfrutar de *Il Fenomeno*. Sin embargo, Florentino no iba a cejar en su empeño. Son ya icónicas esas imágenes de Valdano y Florentino en el yate de este negociando hasta el último momento. Parecía que resultaría imposible conseguirlo antes de que venciese el plazo. Las últimas horas en los despachos y notarías fueron frenéticas, pero finalmente Moratti dio su brazo a torcer y Ronaldo se convirtió el día 31 de agosto de 2002 en un nuevo galáctico por un precio de 45 millones.

Las horas siguientes fueron complicadas a causa de la delicada posición en la que se quedaba Fernando Morientes. Parte del vestuario se alió con el manchego, y Florentino tuvo que lidiar con esa oposición del vestuario en un movimiento que parecía que daría con los huesos de Fernando fuera del Madrid. Se hablaba incluso del Barça como un posible destino. La Supercopa de Europa que ganó el Madrid esos días ya dejó un aroma algo extraño.

Por mucho que Morientes mereciese seguir, en los esquemas de Florentino no había duda sobre la superioridad de Ronaldo a todos los niveles. Realmente no había debate en esto, y el Madrid siempre debe buscar la mejor opción.

Finalmente, Morientes se quedó y su permanencia fue importante porque a Ronaldo le quedaba por hacer toda la pretemporada. Tras el Mundial, Ronaldo no había entrenado demasiado. Era una forma de hacerle ver al Inter que su ánimo de ir al Madrid no admitía titubeo ni discusión.

He de reconocer que estas actitudes molestan mucho cuando las sufres en tu equipo y, sin embargo, se ven como actos de madridismo cuando los

jugadores ponen todo de su parte para fichar por tu equipo. Paradojas y contradicciones que deja el fútbol, y que a veces no queda otra que aceptar desde la consciencia de que los colores suponen un sesgo a veces difícil de salvar.

Recuerdo el día de su debut ante el Alavés. No tenía aspecto de jugador de fútbol, a fuer de ser sinceros. De hecho, pronto se le empezó a llamar cariñosamente «el Gordito». El caso es que fue un estreno soñado. Marcó dos goles y dio una asistencia tras entrar con el partido bastante avanzado y sin el resultado demasiado definido. El Bernabéu estalló de euforia mientras Florentino sonreía en el palco pensando que los planes siempre le salían bien.

El ejemplo de la gestión del tema Ronaldo-Morientes, igual que antes el de Redondo, definían la estrategia de Florentino. Cualquier movimiento dentro del club debía tener un sentido económico y deportivo. Gracias a ello, el Madrid ya nadaba en la abundancia solo un par de años después de encontrarse en una situación crítica. Los ingresos por *marketing* se multiplicaban, así como las giras y los derechos de imagen. Absolutamente todo le iba dando mayor prosperidad al Madrid, pese a que hubiera decisiones por el camino que pudieran molestar a los más nostálgicos. La tendencia era clara. El Madrid era una empresa de éxito y yo, desde el salón de mi casa o mi butaca en el Bernabéu, lo aplaudía con entusiasmo.

La temporada fue realmente buena. El fútbol que vivimos en el Bernabéu resulta todavía inolvidable. Ver jugar juntos a Figo, Raúl, Zidane, Ronaldo y Roberto Carlos a su mejor nivel nos dejó ratos inolvidables. Pese a la enorme concentración de talento, había mucha diferencia entre el desempeño del equipo en casa y fuera de ella. No era un conjunto demasiado guerrero, y jugadores como Makélélé tenían una importancia capital.

Por su parte, Ronaldo era todo un cañón. Lejos de las posibilidades que había tenido antaño, resultaba decisivo en el juego del equipo y coleccionaba goles. Realmente, esa constante se mantuvo hasta su última temporada en el Madrid. Su incompatibilidad con Capello y la ausencia de Florentino en el proyecto le llevaron a pedir la salida en el mes de enero, pero este triste final no ensombreció nada su legado dentro del madridismo, que todavía le recuerda con un enorme cariño y lo considera parte del patrimonio del Real Madrid.

En la Champions, el resultado final fue muy amargo. Aquel equipo estaba construido para ser el primero en repetir triunfo en esa competición, pero llegó con bajas importantes al partido de vuelta contra la Juventus. Ronaldo estaba muy tocado y tuvo que entrar ya mediada la segunda parte, pero le dio

tiempo de forzar un penalti que falló tristemente Figo. La sensación, como decía, era mala. Había un capital muy desaprovechado. Habían llegado demasiado cansados al tramo decisivo y se empezaban a cuestionar las decisiones tácticas de Del Bosque.

No resultó fácil ganarle la Liga a una gran Real Sociedad que dependía de sí misma hasta su derrota contra el Celta de Mostovoï. El último partido en el Bernabéu dejó una imagen extrañamente agrídulce. Era un 22 de junio, el Madrid había ganado 3-1 y se había hecho con la Liga, pero no hubo vuelta de honor. Poco después se supo que Hierro se había amotinado y con él muchos compañeros. Habrá versiones para todos los gustos, pero el hecho es que acababa su contrato, tenía treinta y cinco años y no había renovado. Parecía claro que Hierro, el gran capitán, no seguiría por decisión de Valdano y Florentino.

Hierro se marcharía a la Premier League para retirarse poco después. Su currículum en el Real Madrid resultaba intachable, aunque el final hubiera sido amargo. Tengo la sensación de que las asperezas que pudo haber con Florentino se fueron limando con el tiempo e hicieron posible la vuelta de Fernando al club como segundo entrenador años después. Cuando le he podido preguntar a Fernando sobre ello, su respuesta siempre ha sido conciliadora.

Sin embargo, no iba a ser la única decisión traumática de esos días. Del Bosque, el entrenador que había traído tantos éxitos, tampoco había renovado. Durante la temporada se había filtrado la intención del Madrid de alargar la relación, pero Vicente no había querido firmar hasta acabar la temporada. Parecía un gesto de honestidad y no una estrategia especulativa.

Lo cierto es que la marcha en la Champions había levantado cierto malestar en la cúpula del Real Madrid y, aunque se daba por hecho que renovarían, la falta de noticias empezaba a ser sospechosa. El motín de los jugadores en la celebración de la Liga seguramente encendió las alarmas de Florentino y Valdano, que optaron por no renovar finalmente a Del Bosque y sustituirlo por el segundo entrenador del Manchester United, Carlos Queiroz.

Si soy sincero, tendré que reconocer que durante esa época yo era bastante crítico con Del Bosque. Me parecía demasiado pasivo en la dirección de campo y me daba la sensación de que llevaba un Ferrari como si fuera un Mercedes: con demasiada tranquilidad y sin proponer demasiadas cosas desde el banquillo. Su salida del equipo me dio mucha pena, pero en ese momento la pude entender porque creía que cualquiera podía llevar ese grupo de élite a los máximos logros. Quizás Florentino pensaba de la misma forma. Al final

parecía lógico que creyese que, poniendo a aquel equipo en manos de un entrenador, no había que ser Einstein para conseguir la Liga. El futuro probablemente le negó la razón, pero eso ya lo contaremos más adelante.

Aún recuerdo esas declaraciones de Valdano tratando de explicar lo inexplicable. Jorge, normalmente muy hábil con el uso del lenguaje, pronunció una frase que aniquiló a Del Bosque: «La libreta [de Vicente] está anticuada». Queiroz representaba la modernidad, el estilo en el banquillo, y Vicente lo antiguo y lo pasado de moda.

Lo cierto es que Vicente del Bosque se sintió tremendamente herido, especialmente con Florentino Pérez, y todavía hoy no me consta que le haya perdonado. Pese a que Florentino ha realizado varios intentos de acercamiento, Del Bosque ha llegado a rechazar, incluso, la medalla de oro y brillantes, la máxima distinción del club.

Creo que es compatible defender que, con independencia de lo pertinente de la decisión, la despedida de Del Bosque no se gestionó bien y que el rencor del entrenador salmantino es la peor respuesta en la vida. El rencor solo hiere al que lo carga. Hoy Del Bosque es visto por muchos madridistas como un sospechoso. No creo que le haya traído nada bueno gestionar así un palo que sin duda debió de ser duro para él.

Tras un paso fallido por Turquía, a Del Bosque le fue realmente bien con la selección y ganó el Mundial y la Eurocopa con España. Nunca volvió a entrenar en un club. Como madridista, duele que una persona que había pasado toda su vida en la ciudad deportiva cuidando con celo del buen estado de cada balón se haya alejado tanto del club de su vida. Siempre ha estado en su mano volver a acercarse. Ojalá algún día deje atrás ese dolor.

Sería fácil deducir que, visto lo que vino luego, la decisión de no continuar con Del Bosque fue un error. El propio técnico salmantino declararía más tarde que se veía capaz de seguir ganando. Lo cierto es que nunca sabremos qué hubiera ocurrido con él en el banquillo tras las decisiones deportivas que tomó el club en los meses siguientes. Forma parte de la especulación, pero la cosa difícilmente habría funcionado peor. Iba a llegar la etapa más complicada para Florentino. De la que seguramente más aprendería de cara al futuro y en la que muchos le recordarían durante numerosos años la no renovación del técnico salmantino.

¿Ronaldinho o Beckham? Lo comercial se impone a lo deportivo

La presentación de Carlos Queiroz generó enormes expectativas. Aquel portugués encarnaba la imposición de lo moderno sobre lo antiguo. O al menos esa era la creencia del club, que buscaba la sofisticación y la excelencia.

Se decía que era él quien llevaba el peso del cuerpo técnico de Ferguson al frente del Manchester United dirigiendo los entrenamientos. Su presencia era imponente, pero apenas tenía credenciales. Parecía una decisión arriesgada, pero gozaba del beneficio de la duda y por supuesto de lo exótico.

Por su parte, Florentino ya divisaba el siguiente objetivo. El jugador que más sonaba era David Beckham, extremo inglés del Manchester United con un gran toque de balón, pero que era también conocido por la cantidad de marcas que tenía a su alrededor dado su gran poderío en el mundo del *marketing*. Beckham era todo un icono publicitario y parecía evidente que eso constituía uno de los principales motivos para ficharle. Parecía una máquina de imprimir billetes.

También Laporta, nuevo presidente del Barça, estaba tras él y fue bastante imprudente a la hora de hablar de las posibilidades que tenía el conjunto culé de ficharle. Lo había dado por hecho desde antes de ser presidente, probablemente también para aumentar sus posibilidades de imponerse en las votaciones.

El Barcelona había llegado a un acuerdo con el Manchester United, pero no con el futbolista. La estrella ya había acordado meses antes su marcha al club madrileño, y le dijo a Ferguson que solo se iría al equipo blanco; de lo contrario se quedaría en Inglaterra a disgusto. Seguía el mismo *modus operandi* que los anteriores fichajes.

Florentino declararía en una entrevista semanas antes del fichaje el famoso «*never, never, never*» en relación con las posibilidades del fichaje. Parecía todo un farol para no molestar al equipo de Mánchester, y quizás

también porque Florentino se divertía viendo cómo Laporta daba esperanzas a los culés.

En paralelo, otro jugador especial estaba en el mercado. Se trataba de Ronaldinho Gaúcho, brasileño campeón del mundo que quería dejar el PSG y fichar por el Real Madrid. El acuerdo parecía sencillo, pero Florentino quería priorizar el fichaje de Beckham, a pesar de tener ya a Figo para esa posición.

Imagino que Florentino pensó que podía dejar un año más a Ronaldinho en Francia y fichar ya a David, pero Laporta, en un intento desesperado de llevarse algo impactante, logró atar al brasileño. Es probable que Florentino hubiese pretendido la cuadratura del círculo. Un jugador como el brasileño no iba a aguantar más tiempo en una liga tan débil como la francesa.

El 3 de julio de 2003 tuvo lugar la presentación de Beckham con el Real Madrid y lo cierto es que atrajo muchísima atención. El precio del traspaso era de veinticinco millones, una cifra más que asumible. Beckham era todo un profesional, y me cuentan que desde el vestuario pudo crear cierta división. Por un lado, se sabía que era un gran jugador y que además iba a atraer la atención de los medios de comunicación, por lo que el resto del vestuario estaría más tranquilo. El inglés era absolutamente encantador con cada periodista o fan y nunca se le borraba la sonrisa de la cara.

Pero, por otro lado, era un jugador que venía a ocupar el lugar de Figo, y se trataba de un verano en el que algunos jugadores de la clase media se encontraban en la puerta de salida del club. La marcha intempestiva de Hierro y de Del Bosque estaba demasiado reciente y se empezaba a especular con la salida de Morientes, otro de los supervivientes de la Séptima y la Octava, un jugador muy querido en el vestuario.

Beckham estuvo hasta el 2007 en el Real Madrid y siempre se pudo decir de él que fue un gran profesional. Su rendimiento deportivo fue bueno, pero la comparación con Ronaldinho después de que Florentino apostara por el inglés siempre jugó en su contra. Al menos desde mi perspectiva. Beckham era uno de los mejores centrocampistas de su generación. Ronaldinho directamente sería Balón de Oro en 2006 y uno de los jugadores con más talento puro de la historia del fútbol.

En el aspecto económico fue un pelotazo de los buenos del Real Madrid. Los ingresos por *marketing* se multiplicaron y también los beneficios por las famosas giras. Si uno le preguntase a Florentino si lo volvería a hacer creo que contestaría que sí, pero a mí me habría encantado disfrutar de un Ronaldinho que tiempo después logró revivir al Barça en lo deportivo y también en lo económico. Ya llegaremos a esa parte.

El caso es que fue un verano bastante movido. Florentino, en una frase que quedaría para la posteridad, declararía que su modelo de club era el de los «Zidanes y Pavones». Es decir, grandes estrellas y jugadores de la cantera que empezaban a ocupar plazas del primer equipo. La idea parecía muy buena y razonable, pero quizás ese verano se llevó hasta el extremo. Las salidas de Morientes y Munitis, sumadas a que Milito acabó siendo descartado por un problema cardíaco que saltó en el reconocimiento médico, adelgazaron mucho la plantilla. Sobre todo en lo respectivo a jugadores útiles y de calidad contrastada.

Lo peor estaba por llegar: Makélélé pedía para renovar un aumento de sueldo, pero Florentino y Valdano no parecían convencidos de dárselo. El jugador francés era fundamental para sostener un equipo que estaba plagado de estrellas pero no brillaba en el trabajo defensivo. Makélélé le daba sentido a todo aquello y por eso reclamaba su aumento.

Probablemente, las formas no fueron las ideales y Florentino no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Tenía claro su modelo y había fichado a Beckham, que podía ocupar esa posición en el centro del campo y así no entrar en conflicto con Figo. También estaba la opción de Helguera, pero la salida de Hierro y el fichaje frustrado de Milito le enviaban de nuevo a la posición de central. Quizás podría salir algún Pavón que ocupara ese puesto, pero la perspectiva no era clara.

Tras un gran tira y afloja, Makélélé fue vendido al Chelsea y dejó aquel Real Madrid en el que tan bien encajaba. De medio campo hacia delante ya solo iba a haber galácticos en el equipo blanco. Beckham haría de pivote. Se trataba de una función que no había desempeñado en exceso hasta ese momento de su carrera. A ver cómo salía el experimento bajo la batuta de Carlos Queiroz. Había muchas ganas de comprobarlo.

El tiempo, ese juez impenitente, dictó que la venta de Makélélé supuso un antes y un después en la marcha del proyecto. Nunca sabremos si habría decaído también con el francés, pero el Madrid había perdido su principal pulmón en el momento en el que más falta iba a empezar a hacer, dado que algunos de los mejores jugadores del equipo comenzaban a entrar en la treintena.

La temporada del Real Madrid hasta el mes de marzo fue sencillamente sublime. El juego era espectacular y los resultados acompañaban. El conjunto madridista estaba en la final de la Copa del Rey, con mucha ventaja en la Liga y se había clasificado para los cuartos de final de la Champions. Recuerdo que incluso el Bernabéu aplaudió a Morientes cuando marcó el segundo gol

del Mónaco en la creencia de que ese 4-2 resultaría inocuo. Así estaban algunos de confiados con un equipo que por aquel entonces parecía imbatible.

No obstante, siempre jugaban los mismos. Solari parecía ser el único suplente que gozaba de la confianza del entrenador y había en el once titular jugadores ya bastante veteranos. Todo se empezó a desplomar cuando mejor pintaba la temporada.

Primero llegó la derrota en la final de Copa ante el Zaragoza, en un partido que dejó además el castigo físico y anímico de una prórroga. Después empezaron a llegar malos resultados en la Liga que fueron estrechando la diferencia con el Valencia y, para rematar, el Madrid vio cómo el Mónaco le remontaba en la vuelta pese a adelantarse en el partido con un gol de Raúl.

Cuentan que en el descanso un jugador del Mónaco se acercó a Zidane para felicitarle por la probable Champions que iba a conquistar y este le respondió que estaban muertos físicamente.

La Liga también se perdió con un final en el que parecía imposible sacar cualquier partido adelante. El equipo estaba muerto, sin energía ni recursos para competir. Absolutamente todo había decaído de forma irremediable. Lo más básico costaba un esfuerzo titánico. Era una decadencia como pocas ha habido en una sola temporada tan prometedora.

La temporada terminó, pues, en blanco y de la peor manera posible. El primer damnificado fue Queiroz, que fue fulminantemente despedido. El técnico portugués se quejaría posteriormente de la ausencia de fichajes y de las salidas de Morientes y Makélélé.

«Hubo tres pecados mortales cuando estuve en el Madrid. Los de las tres M: Milito, Makélélé y Morientes. Esos tres pecados mortales costaron tres o cuatro entrenadores después de mi etapa y muchos millones de euros para reconstruir el Madrid. Estos tres pecados marcaron la historia. Una historia que fue mal.

»No estoy arrepentido. Diría que sí otra vez. La idea no estaba mal: mezclar *cracks* con chicos en formación. Ahora, los jóvenes tienen que ser buenos y no de los que los clubes españoles no querían ni cedidos».

Más allá del ventajismo que demostró Queiroz con esas declaraciones, algo que nunca entendí ni defenderé, el diagnóstico era bastante certero. El Madrid había dejado de tener clase media en su plantilla. Casi todo eran estrellas bastante veteranas o canteranos de dudoso nivel para la máxima exigencia que requería todo un Real Madrid. Algo estaba fallando. Un gran plan se había ido a pique cuando se había llevado al extremo más absoluto y sin matices.

Se trataba de la primera temporada que se podía considerar un fracaso en la etapa de Florentino Pérez, y puedo imaginar que su preocupación no era pequeña. Tocaba reaccionar, pero el margen de actuación era menor que en otros casos porque en ese momento no había tantas estrellas que fichar, ya que los puestos de ataque estaban asignados a jugadores de un enorme talento, pero bastante veteranos. Por aquel entonces, Roberto Carlos tenía treinta y un años, y Zidane y Figo, treinta y dos.

Por su parte, el Barcelona, de la mano de Ronaldinho, había empezado a emerger. Tras una primera vuelta ridícula en la que llegó a estar a dieciocho puntos de distancia, acabó por delante del Real Madrid en la Liga. Ronaldinho se estaba mostrando como un auténtico genio, además de convertirse en otro icono publicitario. No a la altura de Beckham, porque nadie lo estaba, pero sí tremendamente rentable. Laporta, equivocándose, había acertado con lo que necesitaba su Barça. Pintaba a cambio de ciclo, aunque estas cosas son más fáciles de detectar a toro pasado que cuando uno las está viviendo. Florentino, en todo caso, no se iba a quedar parado. Buscaría soluciones, consciente de que no actuar era lo único que garantizaría el fracaso.

Los años más oscuros

Pese a que la temporada había sido realmente mala, la salud económica del Real Madrid no paraba de mejorar. El modelo era tan bueno que parecía trascender los resultados deportivos. El Madrid era líder absoluto en la generación de recursos, y eso permitía poder tomar decisiones que resolviesen los problemas que coyunturalmente se podían producir en lo deportivo. La independencia económica conllevaba libertad y disponer de margen de error.

La construcción de la ciudad deportiva en Valdebebas había empezado en el mes de mayo de 2004. Florentino veía cómo Di Stéfano y Carvajal, un jovencísimo canterano, ponían las primeras piedras. Aquella imagen era el reflejo del progreso, del futuro para el club. De esa forma, los resultados deportivos negativos tenían menos coste porque el club progresaba de manera muy palpable.

No obstante, aquello era el Real Madrid y tocaba volver a la senda del triunfo. Nos habíamos acostumbrado al éxito (Liga o Champions) en los últimos años y dolía mucho un final como el de la pasada temporada, en la que todo se había desmoronado.

Lógicamente, Carlos Queiroz iba a pagar los platos rotos. Al margen de otras consideraciones, en opinión de Florentino el portugués era uno de los responsables del fracaso. Iba a haber un cambio de entrenador y pronto se decidiría. Por su parte, el por entonces director deportivo, Jorge Valdano, decidió salir del club. Su figura había soportado mucho desgaste al ser también el portavoz oficioso del Madrid. Quizás Jorge también se responsabilizaba en algo de la decisión relativa al cambio de entrenador. En cualquier caso, su salida del club debilitaba a Florentino porque le exponía bastante más ante la prensa o la crítica pública. Se había acabado, al menos por un tiempo, el socorrido «pregúntele a Valdano».

Florentino iba a acudir para el banquillo a un hombre de la casa. Aunque ningún entrenador es fotocopia de otro, parecía un reconocimiento implícito del error con Del Bosque. José Antonio Camacho era el nuevo entrenador del

Real Madrid. Por fin el murciano iba a poder cumplir su sueño de dirigir a su Madrid.

Hace unos años, en la etapa de Lorenzo Sanz, Camacho había tenido la oportunidad de entrenar en el club. Había firmado ya el contrato, pero surgió un problema con su preparador físico, que no lograba ponerse de acuerdo con el club. En un ejemplo impresionante de integridad y coherencia, Camacho renunció al contrato y desocupó un banquillo en el que no se llegó ni a sentar pese a ser el sueño de su vida.

Ahora Camacho volvía y el contrato de sus colaboradores ya no iba a ser un problema. Llegaba con mucha ilusión, y Florentino estaba apostando por una figura que el madridismo reconocía como uno de los suyos. No había coste político, como sí lo había habido con la elección del portugués Queiroz.

Una de las conclusiones que sacó Florentino del mal final de temporada fue que la debilidad defensiva exhibida por el equipo se había debido a la falta de fortaleza física. Para tratar de solventarlo, los fichajes escogidos fueron Walter Samuel y Woodgate.

Samuel era uno de los defensas de moda en el mundo del fútbol. Argentino, aguerrido y con fama de duro. Justo lo que parecía faltarle al grupo de galácticos. El Muro, como le llamaban, venía de hacer buenas temporadas en la Roma, eso sí, en un esquema táctico bastante diferente al que se encontraría en el Madrid.

Woodgate era un defensa inglés de gran planta y pinta inmejorable. Junto con Samuel, y con la presencia también de Helguera, los problemas defensivos debían pasar a mejor vida.

Florentino no iba a renunciar a su galáctico y fichó también a Owen, Balón de Oro hacía unos años. El inglés se había llevado ese galardón cuando el madridismo lo reclamaba para Raúl. Llegaba procedente del Liverpool a un precio de doce millones que invitaba a pensar, pese a su juventud, que sus mejores tiempos habían pasado. Había tenido una aparición fulgurante en el fútbol, pero la última temporada ya había sido algo peor. Aun así, nadie se podía quejar de tener a todo un Balón de Oro en nómina.

El Real Madrid tenía el 50 por ciento de los derechos de un jugador que había deslumbrado en la última Liga en las filas del Mallorca. No era otro que Samuel Eto'o. Recuerdo como en una goleada del Mallorca en el Bernabéu se giró hacia el palco y reclamó su sitio en el Real Madrid. Aquel futbolista era deslumbrantemente joven y bueno. Parecía tener el hambre que les faltaba a los galácticos, un grupo ganador pero bastante veterano ya. Era un fichaje cantado.

El problema que había con Eto'o era su condición de extracomunitario. El fichaje de Walter Samuel había agotado las plazas disponibles por aquel entonces. El Madrid compartía la propiedad con el Mallorca y tenía una opción preferencial para recuperarlo, pero decidió no ejercerla y, tras unas semanas de indecisión, Eto'o se fue al Barcelona de Laporta por veinticuatro millones de euros. Los madridistas nos acordaríamos durante mucho tiempo de aquella decisión, que a la postre se mostró como una de las más desacertadas. Ya saben que es más fácil juzgar este tipo de cosas con el resultado ya en la mano, pero el Barça iba a juntar a Eto'o y Ronaldinho, dos jugadores que habían estado en la órbita del Real Madrid y que finalmente se habían escapado por su inacción.

La temporada no empezó nada bien. Camacho venía con la fama de ser un entrenador muy exigente en el trabajo diario y su honestidad ya había sido acreditada. Lo que se encontró el entrenador de Cieza fue un grupo desmotivado y sin demasiadas ganas de trabajar en los entrenamientos. Por decisión propia, duró realmente poco en el cargo. Era la segunda vez que renunciaba al puesto y años después, en el canal de YouTube *Ídolos*, explicó con toda crudeza qué motivó su decisión.

«Yo creía que el Madrid necesitaba un cambio y pensaba que me llevaban para hacerlo. Vi que iba a ser muy difícil cambiarlo. Hicimos una gira en Japón un poco complicada, luego tuvimos que hacer un preliminar para la Champions y de alguna manera vi que no podía sacar el rendimiento para el que me habían fichado. Muchas veces te toca pagar el pato y, bueno, hay que llamar la atención a veces y decir que me marchó. Desgraciadamente, el equipo no funcionó.

»Había grandes jugadores a nivel mundial como teníamos nosotros, pero una cosa es cuando los jugadores son premiados estando en tu equipo como Cristiano Ronaldo, Modrić. Yo tenía tres o cuatro jugadores que fueron Balones de Oro, no que iban a serlo ese año, y eso es importante. Una cosa es tener a un futbolista que gane el Balón de Oro o que esté entre los candidatos, eso quiere decir que ha hecho una gran temporada, que está en un estado de forma ideal. De los futbolistas que yo tenía en aquella época, algunos habían sido Balones de Oro, pero estaban en el momento de forma en el que no estaban subiendo, sino precisamente lo contrario: bajando.

»Es posible que hayan sentido que les tocaba las narices al entrenar. Yo no le toco las narices a nadie si ganamos, pero hay que ganar los partidos. Lo mínimo que tengo que darles a mis jugadores cuando hay un partido es que

sepan algo del rival. Por muy galácticos que sean, les tendré que decir cómo juega el equipo contrario».

El diagnóstico de Camacho era claro: el vestuario no había respondido y el grupo de estrellas estaba en un momento de declive, no de ascenso. Las dobles sesiones de entrenamiento que planteaba no eran seguidas con entusiasmo por un vestuario acostumbrado a otras rutinas de trabajo. No recuerdo haberle oído ningún reproche hacia Florentino, ni tampoco insinuación alguna sobre que hubiera injerencias por parte del presidente. Se fue como un auténtico madridista incapaz de sacar más de esos jugadores que ya lo habían ganado todo en sus carreras.

En el mes de noviembre de 2004 se produjo un hecho al que no prestamos demasiada atención en ese momento, pero que tuvo una enorme trascendencia en los años siguientes.

Para la presidencia de la Real Federación Española de Fútbol se presentaban Villar, presidente en ese momento, y Gerardo González. La Liga y Florentino apostaron muy fuerte por Gerardo González, pero Villar se movió muy bien y, con la ayuda del vicepresidente de la Federación, Gaspart, logró convencer al Barça para que rompiera la unidad de voto en la Liga y le apoyase. Villar ganó y Florentino quedó señalado por haberse significado a favor del otro candidato. Las relaciones con Villar y la Federación brillaron por su ausencia, y el Madrid se alejó —o lo alejaron— de todos los órganos de decisión.

Por su parte, Laporta había acertado con su jugada. Godall, vicepresidente del Barça en aquella época, reconocería que fueron años en los que el «saldo arbitral» mejoró mucho para el Barça gracias a su acercamiento a los despachos donde se cocían las decisiones sobre los árbitros.

Desde ese 2004 hasta la salida de Villar, el saldo arbitral de Madrid y Barça fue completamente opuesto. Relaño, enemigo acérrimo de Florentino todavía hoy, lo explicaría de manera brillante en su artículo «Teoría general del Villarato».

En fechas recientes, hemos conocido que el Barcelona estuvo pagando al vicepresidente del Comité Técnico de Árbitros, Enríquez Negreira, por un supuesto asesoramiento arbitral que la Fiscalía ha considerado no justificado. Por ello, el Barça está siendo investigado penalmente por un delito de corrupción deportiva que la justicia tendrá que determinar si se dio o no con esos pagos.

Arrigo Sacchi había asumido la dirección deportiva del Real Madrid durante esa temporada. El técnico italiano había sido una auténtica leyenda en

el Milan que martirizó al Madrid de la Quinta en los años en los que parecía estar preparado para reinar en Europa.

El italiano confesó tiempo después que Florentino le ofreció el banquillo, pero lo rechazó por entender que se trataba de una plantilla muy desequilibrada. Sin embargo, cabe decir que no se negó a ser director deportivo de una plantilla en la que parecía no creer. Era toda una contradicción.

Tras la salida de Camacho, otro hombre del club asumió el cargo: Mariano García Remón. El exportero del Real Madrid dirigió al equipo durante veinte partidos. La eliminación en la Champions ante la Juventus supuso su final. No se le puede culpar de nada.

Cabe reconocer en este punto que las soluciones parecían tener cada vez un aire más desesperado. Tras Queiroz, Camacho y García Remón, el siguiente iba a ser un técnico brasileño: Vanderlei Luxemburgo. El creador del cuadrado mágico, siempre con un *walkie-talkie* para comunicarse en el campo. Parecía un científico del fútbol, pero no tenía experiencia en Europa.

Sin embargo, el final de temporada del Madrid fue bastante digno. El fichaje de Gravesen ayudó bastante al conjunto madridista en ese último tramo. La contratación del danés era una primera evidencia de que Florentino estaba abandonando su plan de fichajes. Recuerdo una goleada al Barcelona en el Bernabéu en la que el equipo mostró su mejor cara y mucho orgullo. Se trataba de un Barça bastante emergente que iba a ganar la Liga con claridad. El ciclo parecía haberse invertido, como cabía sospechar tras el final de temporada del año anterior.

Woodgate se había pasado la temporada entera lesionado. Samuel había fracasado en el Real Madrid al ser incapaz de adaptarse a jugar con muchos metros a su espalda. Era demasiado lento para eso. Volvió a Italia e hizo una carrera notable en el Inter de Milán, donde llegó a ganar una Champions años después. No cabía duda de que era un futbolista que necesitaba jugar resguardado. Su elección había sido un error.

Owen había hecho una temporada bastante buena dadas las circunstancias, pero era suplente y no aceptaba ese papel en el equipo. El Madrid ganó dinero con su venta, ya que lo traspasó por veinte millones, y el jugador pasó página pronto.

La receta de cara al verano era clara. Había que fichar garra y juventud que ayudase a los galácticos, cada vez más veteranos, a seguir ganando títulos. Solo Casillas y Ronaldo parecían responder a las máximas exigencias en la mayor parte de los partidos. El resto de los jugadores se comportaba de

una manera mucho más intermitente. Faltaba clase media que pudiera dar descanso a las estrellas.

Uno de los llamados galácticos iba a dejar el club. Figo, cansado por algunas suplencias, se marchó al Inter de Milán. No había habido un buen entendimiento con Luxemburgo, pero también había que reconocer que Figo ya no era el de antaño. Había perdido mucha velocidad y retenía mucho el balón. La actitud era inmejorable, pero a veces jugaba en su contra por intentar cosas que ya no estaban a su alcance.

Al margen de la venta de Owen, Samuel y Figo, salieron también del equipo Solari y Celades. También dejaron el club algunos Pavones que no habían demostrado tener el nivel necesario para jugar en el Real Madrid en aquellas circunstancias. Había que subir la exigencia.

Florentino, ya sin el consejo de Sacchi, planeaba una revolución en forma de fichajes, además del ascenso de algunos jugadores del Castilla, como Arbeloa, Soldado, Diego López, Miñambres o Jurado, que apuntaban buenas maneras.

Los primeros fichajes fueron dos uruguayos que se alejaban enormemente del estereotipo al que tradicionalmente nos tenía acostumbrados Florentino. Pablo García y Diogo llegaban para aportar la garra charrúa que había echado en falta el equipo. Eran jugadores menores, pero en esos días he de reconocer que veía sentido a las nuevas incorporaciones. Así de mal estábamos.

Florentino hizo caso de su instinto y fichó al joven Robinho procedente del Santos adelantándose a otros clubes grandes que ansiaban contar con el brasileño. La pinta del jugador era inmejorable y el precio de traspaso era de veinticuatro millones, una cifra asumible. Siguiendo el consejo de su entrenador también contrató a Baptista, que venía de hacer una gran temporada en el Sevilla. Era otro fichaje que en ese momento nadie cuestionaba, un jugador emergente en la Liga y con la juventud de su lado, además de un notable poderío físico. Por algo le apodaban la Bestia.

A Florentino se le criticaba mucho que no hubiera fichado nunca a un español, pero ese verano se iba a estrenar y lo haría con enorme e histórico acierto. Tras muchas negociaciones con el Sevilla y después de aguantar muchas filtraciones interesadas para hacer quedar como malos al Madrid y al jugador, Sergio Ramos llegó a Chamartín. Fue una de las últimas decisiones de Florentino en esta primera etapa, pero no pudo ser más acertada.

El comienzo de la temporada fue muy esperanzador con el recordado partido en Cádiz en el que Robinho pareció Pelé por unos minutos. Resultaba sumamente estimulante ver jugar a un equipo con tantas novedades y con la

frescura de Robinho. Como aficionado me recuerdo deseoso de que llegara cada partido. La plantilla parecía haber mejorado mucho con las nuevas incorporaciones.

Una lesión de Ronaldo en el Calderón empezó a complicarlo todo. Robinho se había disuelto un poco y Baptista no terminaba de funcionar. Ronaldo era la principal certeza del equipo junto con Casillas, y su baja tenía un efecto demoledor. Mi sensación, además, era que ya no volvió a ser el mismo. Una pena.

La confianza en Luxemburgo poco a poco iba decayendo. Florentino nunca ha destacado por tener una excesiva paciencia con los entrenadores. Era cuestión de tiempo que acabase cayendo porque la temporada, de nuevo, no estaba siendo buena.

En diciembre, el Madrid marchaba cuarto en la Liga y el técnico brasileño, pese a que lo había hecho realmente bien en la temporada anterior, fue destituido. Parecía lógico, porque la trayectoria del equipo hacía temer por la clasificación para la Champions. Era imperativo corregir el rumbo de una temporada que de nuevo apuntaba al fracaso.

Florentino tomó una doble decisión: pedirle a Benito Floro, extécnico del Madrid, que asumiese la dirección deportiva, y ascender a López Caro del Castilla. El técnico andaluz estaba haciendo un gran trabajo en el filial y encaraba con gran responsabilidad la oportunidad de su vida.

Echando unas cuentas rápidas, el Madrid, desde la salida de Del Bosque, había tenido a cinco entrenadores en apenas dos temporadas y media. El banquillo era una trituradora. Cabe reconocer que el perfil de los entrenadores escogidos no era propio de un gran club. Florentino siempre había confiado en que la solidez del proyecto estaba por encima del currículum del entrenador. Probablemente ese equipo necesitaba mucha más ayuda desde el banquillo, pero a mitad de temporada no era fácil encontrar un entrenador de primer nivel que pudiera asumir la dirección del equipo.

En el mercado de invierno llegaron Cicinho y Cassano, pero ya parecían medidas un poco desesperadas. Eran buenos jugadores, pero no triunfaron en el Madrid por su escasa profesionalidad e implicación.

El desgaste era cada vez más grande para Florentino. De su idea inicial, con jugadores deslumbrantes cada año, quedaba poco. El cambio continuo de entrenadores tampoco le facilitaba la labor y contribuía al deterioro de su proyecto.

El equipo remontó algo el vuelo en la Liga porque López Caro introdujo de nuevo disciplina, pero cada vez era más complicado exigir un esfuerzo

continuado a un grupo de jugadores que adolecía en algunos casos de falta de motivación.

El Madrid cayó de manera triste en la Champions ante el Arsenal, aunque todavía quedaba el partido de vuelta en Londres. Ya no tenía opciones de competir en la Liga, que con toda claridad iba a ser para el Barcelona.

Puedo imaginar que Florentino divisara el panorama, comprendiera que la realidad económica del club, lejos de estar comprometida, era más boyante que nunca, y empezó a plantearse que quizás había llegado el final para él como presidente. Su propósito había sido reflotar el club económicamente y ponerlo en lo más alto en el ámbito deportivo.

Precisamente durante esa temporada se estaba estrenando la ciudad deportiva en su máxima expresión. El Castilla jugaba en el Di Stéfano y los ingresos seguían subiendo como la espuma. Tal había sido el trabajo de Florentino en esa parcela que el Madrid no necesitaba ganar para que sus ingresos siguiesen aumentando.

Sin embargo, era indudable que en la otra acera, la de Barcelona, la temporada estaba siendo histórica, con un Ronaldinho absolutamente despampanante que arrancó aplausos hasta del Bernabéu. Eso no ayudaba, desde luego.

Tras un partido en Mallorca en el mes de febrero, Florentino anunció que dejaba la presidencia del Real Madrid. En unas declaraciones muy sinceras reconocía haber maleducado a los jugadores. Había desencanto en unas palabras que sobrecogieron a los seguidores. Esa frase se quedaría grabada en la memoria colectiva del madridismo durante mucho tiempo. Lo que muchos aficionados intuíamos desde fuera era reconocido por el propio presidente. Un hombre que se veía incapaz en ese momento para «cortar cabezas» de jugadores por los que sentía agradecimiento y admiración.

Recuerdo esos días con espanto. Florentino, a pesar de algunos errores, constituía la principal certeza que tenía el Real Madrid. Él decía marcharse con la tranquilidad de haber acabado el trabajo que se había propuesto. El Madrid seguiría siendo de sus socios y navegaría en la abundancia mientras se siguiesen respetando los pilares fundamentales del proyecto que el presidente había definido.

Eran años de mucha exigencia profesional para Florentino también con ACS, y la mala marcha deportiva seguro que había sido decisiva en su decisión. A sus cincuenta y nueve años desde luego merecía un descanso, y quizás una cara nueva en el palco pudiese mejorar algunas cosas que se

habían anquilosado. Que llegase alguien sin hipotecas sentimentales tendría sus ventajas.

Florentino entendía que su salida podía servir de revulsivo y que llevaría a la reflexión a esos jugadores a los que había malacostumbrado y que quizás se habían tomado demasiadas confianzas. Nombró como sucesor a Fernando Martín, uno de sus vicepresidentes, pero este, tras unas semanas de mucho desasosiego institucional, fue obligado a dimitir por su propia Junta, que colocó como presidente provisional al más veterano de ellos, Gómez-Montejano, para que convocase elecciones al final de la temporada.

El Real Madrid, en su sección de fútbol, había ganado con Florentino dos Ligas, una Champions, una Supercopa de Europa, dos Supercopas de España y una Intercontinental. En total, siete títulos en casi seis temporadas.

Zidane decidió retirarse del fútbol renunciando a un último año de contrato y Ronaldo aguantó tan solo unos seis meses más. Seguramente sus salidas estaban muy condicionadas por la marcha de Florentino. Estaban muy agradecidos, pero el club iba a cambiar sin su presencia.

Las elecciones más polémicas de la historia del club las ganaría Ramón Calderón, uno de los miembros de la junta de Florentino. Lo que ocurrió en los años siguientes explica a la perfección por qué, por fortuna, íbamos a vivir una segunda etapa del presidente Florentino Pérez al frente del Real Madrid. El destino le tenía reservado lo mejor.

El retorno

El 1 de junio de 2009 Florentino Pérez volvió a convertirse en presidente del Real Madrid tras presentar su candidatura y no encontrar oposición alguna en forma de candidato alternativo.

Florentino declaró el día de su investidura que su vuelta se debía a que el Real Madrid había vivido «tres años de convulsión institucional y de actuaciones impropias». Y, por tanto, existía la «necesidad urgente y vital de sentar las bases de un modelo de organización», según aseguraba Florentino. «Frente a la inestabilidad: serenidad. Frente al oportunismo: entrega y sacrificio. Frente al desencanto: ideas, profesionalidad e ilusión», declaraba en la presentación de su candidatura.

Para explicar la vuelta de Florentino resulta imprescindible atender, aunque sea someramente, a lo que ocurrió durante los tres años que había dejado de ser presidente del Madrid.

Ramón Calderón había ganado las elecciones de 2006 ante candidatos que, de inicio, partían con mayores posibilidades. Villar Mir y Palacios, entre otros, sucumbieron ante un Calderón que se presentaba con Mijatović como director deportivo, Divac como responsable del baloncesto y las promesas de fichar a Cesc, Robben y Kaká. Fabio Capello sería el entrenador escogido por Pedja.

Ganó Calderón, pero no sin mucha polémica con el voto por correo. Yo mismo recuerdo haberle votado por esa vía y haber tenido que confirmarlo en comisaría un tiempo después.

El caso es que llegaron al club fichajes bastante veteranos y de rendimiento inmediato, y Capello se puso a hacer de Capello. Divac no apareció mucho por allí y en ese primer año ninguno de los fichajes prometidos llegó al club. Era una mala manera de empezar, para qué engañarnos.

El equipo tuvo una temporada muy complicada. Ronaldo dejó el Madrid en enero y llegaron Marcelo, Higuaín y Gago, muy jóvenes para ponerse al

ritmo de lo hecho desde el verano. Cabe decir que Higuaín y Marcelo se convirtieron en fichajes muy relevantes en el futuro del club. Sobre todo en el caso del brasileño.

La eliminación en la Champions fue todo un mazazo, pero ese equipo tenía mucha sangre y peleó la Liga con más corazón que buen juego. La Liga del clavo ardiendo se convirtió en una de las mejores Ligas de nuestras vidas. Remontada tras remontada, el Madrid se aupó con el título. Se trataba de un equipo sin mucho glamur, pero la afición madridista creo que se sintió orgullosa de las remontadas por el espíritu que mostraba ese equipo ante la adversidad.

Sin embargo, los primeros que debieron de ver que aquello era insostenible fueron Calderón y Mijatović, que optaron por despedir a Capello como entrenador. El título había sido muy meritorio, pero el Madrid debía aspirar a jugar mejor. Algo así explicó Ramón Calderón. Parecía una decisión parecida a la tomada con Del Bosque, aunque sin tantas connotaciones emocionales por ser Capello alguien más ajeno al club que Vicente. En todo caso, habrá que reconocerle a Capello que ganó dos Ligas en dos temporadas y ante un Barcelona bastante potente.

El elegido para hacer jugar mejor al Madrid fue Schuster, procedente del Getafe. Por fin Calderón pudo cumplir una de sus promesas electorales fichando a Robben. También vendrían varios holandeses más. Ramón Calderón sentía verdadera fascinación por la escuela holandesa de fútbol y lo demostraba con sus fichajes.

Creo que nunca se le podrá negar a Mijatović que tenía muy buen ojo para fichar. Robben, Sneijder, Marcelo, Higuaín o Pepe fueron de su cosecha. También el magnífico Van Nistelrooy.

Con Schuster el Madrid jugó realmente bien y ganó la Liga con mucha claridad, aunque volvió a fracasar en la Champions cayendo en los malditos octavos de final. Era un equipo que parecía que podía tener recorrido. El famoso pasillo del Barça en el clásico marcaba la enorme distancia que había entre ambos equipos en ese momento.

Por fin se habían ganado dos Ligas seguidas, y las perspectivas eran buenas en la competición regular. Sin embargo, el fracaso en Europa preocupaba, ya que evidenciaba que el equipo no era tan bueno cuando debía enfrentarse al máximo nivel.

La tercera temporada fue una auténtica locura. Al principio se celebraba la tradicional asamblea de socios compromisarios, y al parecer no era nada

seguro que Calderón fuera a ganar la votación de los presupuestos y los puntos del orden del día que había que debatir y votar.

Finalmente todo quedó aprobado, pero poco después se descubrió que se habían colado personas que no eran socios. Incluso se decía que eran aficionados del Atlético de Madrid que tenían algún tipo de vinculación personal con Calderón o gente cercana al presidente del Madrid.

Las sospechas se empezaron a centrar sobre Calderón y su gente de confianza, y las peticiones de dimisión comenzaron a hacerse incesantes. El ambiente era insostenible porque además el equipo marchaba muy mal en la Liga.

Schuster fue despedido una semana antes del clásico porque declaró que sería imposible ganar ese partido ante el grandísimo nivel que estaba mostrando el Barcelona, y Calderón llamó a filas a Juande Ramos, que años atrás lo había hecho muy bien con el Sevilla.

Pocas semanas después, Ramón Calderón presentó su dimisión como presidente del Real Madrid. Vicente Boluda ocupó su puesto hasta el final de temporada. Calderón no había conseguido sobrevivir a una crisis institucional sin igual. Cada día los medios de comunicación sacaban nueva información que presuntamente le comprometía.

El equipo, con Juande, remontó el vuelo y llegó a conseguir diez victorias seguidas en la Liga, récord de los últimos cuarenta y seis años. Sin embargo, se enfrentaba a un rival absolutamente temible: el Barça de Guardiola, que lo ganaría todo ese año.

El remate a la temporada vino con la estrepitosa eliminación ante el Liverpool, después de la torpeza de Boluda al vaticinar un chorro, y el 2-6 ante un Barcelona muy superior. De Juande recordaré que nos llevó a ese partido con posibilidades reales de ganar una Liga ante un rival tremendamente superior. De hecho, el Madrid llegó a adelantarse en el marcador con un gol de Higuaín.

Este era el contexto en el que, con sesenta y dos años, se volvía a presentar para la batalla Florentino Pérez. Convulsión institucional, una buena situación económica, ya que en esos tres años no se había malogrado, y el rival más temible posible liderado por Guardiola en el banquillo y Messi en el campo.

Si había sido valiente presentarse en el año 2000 con el objetivo de salvar económicamente al club, no lo era menos volver al palco en 2009 con un panorama deportivo más que complicado. Ese Barcelona no solo era muy bueno, sino que también contaba con jugadores muy jóvenes y disfrutaba del

apoyo de la mayoría de los medios, puesto que entre sus jugadores había una parte importante de la selección española que había ganado la Eurocopa y conquistaría poco después el Mundial.

La ausencia de otros candidatos para la presidencia indicaba dos aspectos muy significativos: que el reto que tenía que afrontar el presidente del Madrid era muy complicado, y que, desde el primer rumor de la vuelta de Florentino, el entusiasmo del madridismo mostró que nadie iba a poder batirle en caso de intentarlo.

Una superproducción

Lo primero que hizo Florentino fue recuperar a Jorge Valdano. Imagino que asociaba al argentino a los tiempos más felices de su primer mandato. Valdano seguía siendo una figura muy bien valorada en el madridismo y también por parte de los medios de comunicación. Encajaba perfectamente.

Es probable que fuera Valdano quien propuso contratar a Pellegrini como entrenador. El técnico chileno venía de hacerlo realmente bien con el Villarreal y solía apostar por un fútbol atractivo y muy ofensivo. Parecía que podía encajar a la perfección en la idea que buscaba el Real Madrid. No tenía un currículum plagado de éxitos, pero eso nunca había sido demasiado importante para Florentino. La negociación con su club no fue excesivamente compleja, pese a que las relaciones con el Submarino Amarillo nunca han sido excesivamente fluidas.

Florentino había prometido al madridismo que en un solo verano se haría lo que el club había dejado de hacer en los pasados tres veranos. Era una clara alusión a una renovación que Calderón no había llevado a cabo.

Sin embargo, parecía que Florentino había tomado nota de las cosas que se podían mejorar del pasado. Anteriormente, los *cracks* habían llegado a una edad ya bastante madura; por tanto, la expectativa con ellos era que no darían demasiados años de rendimiento en el Madrid. Si compras a un jugador con veintinueve años, lo más probable es que renuncies a más del 50 por ciento de los mejores partidos de su carrera. Florentino había aprendido la lección y se lanzó al mercado con voracidad, pero con esta nueva idea en la cabeza.

Se cuenta que Ramón Calderón había llegado a un acuerdo con el Manchester United y Cristiano Ronaldo para que el jugador fichase por el Real Madrid. La voluntad del portugués era clara y ya la había manifestado durante la temporada anterior.

Me contó Pedja un día que el acuerdo estaba depositado en una notaría. Florentino lo aprovechó y cerró el fichaje de Cristiano Ronaldo por 94

millones. El acuerdo era una cosa y poder pagar el fichaje otra. No neguemos el mérito al presidente del Real Madrid.

Cristiano llegaba con veinticuatro años, una edad perfecta para darle lo mejor de su carrera al Real Madrid. Era el primer *crack* con una edad tan temprana. Ya traía consigo un Balón de Oro y muchísimas ganas de alcanzar la gloria. Cristiano abandonaba la comodidad de una Premier que tenía dominada para embarcarse en una gran aventura en otro país en el que dominaba un Barcelona imperante.

Florentino también se lanzó a por Kaká, el fichaje que Calderón nunca había podido hacer. El brasileño venía de una temporada difícil con el Milan debido a una lesión. Tenía veintisiete años, una edad algo avanzada para una inversión tan importante de 72 millones. Reconozco que casi me hacía la misma ilusión este fichaje que el de Cristiano, así que ahora sería demasiado fácil criticar el hecho de que el brasileño nunca llegase a rendir al nivel esperado.

Dos Balones de Oro de una tacada, dos jugadores que junto a Messi parecían ocupar el pódium del fútbol mundial. Resultaba increíble estarlo viviendo.

Florentino no se iba a parar ahí y literalmente se fue a buscar a Karim Benzema, jugador de veintiún años que venía destacando de manera increíble en Lyon.

Florentino esperó en el salón de su casa a Benzema, quien fue avisado por su familia. Karim no se lo creía. Por supuesto, dijo sí. No hizo falta servilleta alguna. Como en Jerry Maguire, Florentino ya tenía a Benzema con solo haberle dicho «hola». Una historia de amor que se ha prolongado hasta nuestros días. El Balón de Oro logrado en 2022 seguramente habrá sido del que más orgulloso se ha sentido Florentino.

Recuerdo haber defendido especialmente el fichaje de Benzema. La pinta del jugador era inmejorable y su juventud animaba a ficharle a él antes que a David Villa, que encarnaba la alternativa. Fichar grandes jugadores jóvenes se había convertido en el principal objetivo y Karim tenía seis años menos que Villa.

Eran semanas de fascinación total dentro del madridismo. Cada portada podía deparar un nuevo fichaje ilusionante. El Bernabéu se llenaba en cada presentación de un nuevo *crack*. Florentino había devuelto la ilusión a la afición. Era innegable.

Además de Cristiano, Kaká y Benzema, llegarían también Xabi Alonso, Arbeloa y Albiol. Hablamos de tres futbolistas que jugaban en la selección

española, en plena etapa de madurez y que le daban mucha más profundidad a la plantilla.

El caso de Xabi Alonso era muy llamativo. Ya por entonces, y tras haberse proclamado campeón de Europa con el Liverpool y con España, era considerado uno de los mejores centrocampistas del mundo. En cualquier otra ocasión habría sido el fichaje estrella del equipo, pero en ese verano digno de una superproducción de Hollywood se trataba de un fichaje más. Una contratación de perfil bajo que iba a mejorar de manera sobresaliente el centro del campo sin llevarse mucha atención del gran público por ello.

Obviamente, no podía ser todo una fiesta. Para que entrasen tantos buenos jugadores, otros debían dejar su sitio. Sneijder y Robben fueron vendidos respectivamente al Inter de Milán y el Bayern. Me dolió especialmente lo de Robben, puesto que se trataba de un jugador espectacular y era muy divertido verlo en acción dada su capacidad para el desborde. Las lesiones no le habían dejado brillar todo lo que merecía, pero había sido un jugador fundamental para Juande Ramos. En el Bayern demostró ser ese jugador que yo entonces admiraba y la Champions que finalmente pudo conquistar fue del todo merecida.

En el caso de Sneijder ya se empezaba a rumorear que no tenía un comportamiento demasiado profesional. Lo cierto es que haría una temporada histórica con el Inter de Milán y también con la selección holandesa, con la que llegó a toda una final del Mundial, pero su fútbol se apagó a una edad bastante temprana.

El caso es que ambos jugarían la siguiente final de la Champions con sus respectivos equipos y tendrían un papel muy relevante. Eso es lo que estaba soltando el Madrid aquel verano. La salud económica del club siempre iba a estar por encima de los caprichos que pudiera tener Florentino.

Las expectativas eran máximas, igual que las ganas de ver jugar al Madrid. Todo era novedoso. Probablemente hablemos del mercado más potente en cuanto a fichajes que yo recuerde en la historia del fútbol. No ha vuelto a haber nada igual.

Enfrente estaba un Barça de Guardiola que venía de ganarlo todo. Liderado por el que quizás sea el mejor jugador, Leo Messi. No iba a resultar sencillo, pero la sensación es que el Madrid había acortado las distancias, que podría competir con aquel equipo histórico, aunque resultaba razonable pensar que debería haber un tiempo de adaptación para que eso fuese posible.

Dentro de gran parte del madridismo convivían el optimismo motivado por unas novedades tan ilusionantes y cierto complejo por lo ocurrido en la

temporada anterior, que había acabado con un doloroso 2-6 en el Bernabéu. El correctivo había sido inmenso ante el esforzado Real Madrid de Juande.

La temporada resultó bastante decepcionante, aunque vista con cierta perspectiva no fue tan mala en lo que se refiere a la Liga. Las lesiones de Kaká y Cristiano marcaron enormemente la temporada. En el caso del brasileño, quizás ese percance determinó de manera decisiva su trayectoria en el Madrid, aunque tuvo algunos tramos buenos y cuando uno recuerda sus estadísticas los números son bastante decentes.

El conjunto blanco siempre fue a rebufo de un Barça que, pese a equivocarse con el fichaje de Ibrahimović, no aflojó nunca el paso. Era un martillo pilón que logró 99 puntos en la Liga haciendo insuficientes los muy meritorios 96 del equipo de Pellegrini, que siempre utilizó el puntaje para poner en valor su labor.

Se trataba de una locura lo que habían conseguido ambos equipos liderados por Messi y Cristiano, aunque la baja del portugués le hizo quedarse algo lejos de las cifras goleadoras que protagonizaría siempre en el Madrid.

El Alcorconazo ya había dejado herido de muerte a Pellegrini. El ridículo copero ante un equipo fuera del fútbol profesional era inasumible y alguien tenía que pagar el pato, aunque creo que no fue hasta la eliminación en la Champions ante el Olympique de Lyon cuando se decidió el destino fatal para el entrenador chileno.

Se trataba de una temporada en blanco y de la sexta eliminación seguida en los octavos de final de la Champions. Florentino se había marcado el objetivo de recuperar el lugar en el mundo del fútbol que le correspondía al Madrid, pero en esta primera ocasión no había sido posible en lo deportivo. Lo que sí había logrado el máximo mandatario madridista era recuperar el foco de todo el mundo del fútbol.

Los 96 puntos en la Liga se valoran mucho más hoy que por aquel entonces porque lo importante para los aficionados fue que el Barcelona había vuelto a superar al Madrid. Realmente se trató de una buena Liga, y más teniendo en cuenta que los dos Balones de Oro del equipo se habían perdido bastantes partidos.

Sin embargo, Pellegrini había mostrado falta de liderazgo en la Copa y ante un rival asequible en la Champions. Era imposible sobrevivir una temporada más. Eso casi nunca ocurre en el Madrid. Solo hay que visitar su historia para saberlo.

Florentino no había perdido el ánimo consciente de que Roma no se iba a reconquistar en solo una temporada. El reto era mayúsculo y él era consciente

de ello. No se atisbaban las dudas en Florentino que sí habían florecido en el año de su dimisión.

Además, Florentino era plenamente consciente de haber acertado con el fichaje de un jugador, Cristiano Ronaldo, que apuntaba a ser histórico. Tenía el arma para hacer daño al Barça. El resto de los fichajes, con mayor o menor acierto, se habían adaptado bien y mostraban potencial para formar un gran equipo.

Tocaba buscar un nuevo capitán para el proyecto. Alguien con capacidad de liderazgo y carisma que hiciese competir mejor a ese equipo. Había un portugués que empezaba a sonar con enorme fuerza. Florentino estaba a punto de dar comienzo a una etapa que nos marcó mucho a bastantes madridistas. De hecho fue una etapa que despertó el talento de mucha gente *underground* que hoy se gana la vida de maravilla en los medios de comunicación.

El mourinhismo

José Mourinho no lo había tenido nada fácil en el mundo del fútbol. No había sido un jugador ni siquiera decente y por tanto no gozaba de credenciales. La primera vez que apareció en la vida de la mayoría de nosotros fue cuando empezó a formar parte del cuerpo técnico en el Barcelona de sir Bobby Robson. Dado su enorme manejo de los idiomas, ayudaba al inglés a comunicarse. Despectivamente le empezaron a llamar «el traductor» tiempo después.

Era realmente joven y cuentan que un experto en ganarse a un vestuario que tenía a Guardiola como uno de sus principales capos. Ya desde sus inicios destacó por sus habilidades sociales y por su capacidad de persuasión.

Estuvo unos años en Barcelona, a pesar de la salida de Robson tras la primera temporada, y le llegó la oportunidad en su país para convertirse en primer entrenador. Lo debió de hacer muy bien porque pronto el Oporto se fijó en José para liderar al equipo luso.

En Oporto hizo historia. El primer año ganó la antigua UEFA y al siguiente conquistó contra todo pronóstico la Champions League. Era un equipo genialmente trabajado, pero con apenas estrellas. Quizás Deco era el único que se podía considerar un jugador diferente. Era un milagro, una epopeya totalmente inesperada. Aquel portugués de cuarenta y un años había revolucionado el mundo del fútbol. Fue entonces cuando el Chelsea del poderoso Abramovich llamó a su puerta. En su presentación dejó estas míticas declaraciones: «Por favor, no me llamen arrogante, pero soy campeón europeo y pienso que soy un tipo especial». Ante esto, los medios británicos comenzaron a llamarlo «*The Special One*».

En Londres lo hizo realmente bien. El primer año ganó, además de otros títulos menores, la Premier League después de cincuenta años de sequía del equipo *blue*. Además, lo hizo batiendo el récord de puntos de la competición. En el segundo repitió el título de Premier confirmando que se trataba del entrenador del momento.

La tercera temporada no fue tan exitosa, pese a la FA Cup lograda ante el Manchester United. Algo se debió de romper con Abramovich para que justo al comienzo de la cuarta temporada Mourinho dejase el club londinense sin que sepamos todavía hoy los verdaderos motivos.

Meses después encontró acomodo en el Inter de Milán. Ganó la Supercopa y la Serie A en la primera temporada y un histórico triplete (Champions League, Serie A y Coppa) en la temporada 2009-2010.

Para lograr la Champions, Mourinho tuvo que revivir los enfrentamientos que ya había experimentado en esta competición ante el Barcelona con su Chelsea.

La temporada 2009-2010 era bastante especial para el Madrid. La final de la Champions se iba a disputar en su feudo, el Santiago Bernabéu. La motivación era máxima después de la gran apuesta que había hecho Florentino con tantos fichajes. Sin embargo, como mencionamos en el capítulo anterior, el Madrid había vuelto a tropezar en los octavos. Todo parecía dirigido a que el increíble equipo de Guardiola se alzase con la Champions en Madrid y a que unos aficionados enfervorecidos invadiesen Cibeles en la celebración.

En ese camino hacia el triunfo que el aficionado culé recordaría en el futuro, ya solo se interponía en las semifinales el Inter de Mourinho. Fue una eliminatoria épica para los *neoazurri*, que lograron sobrevivir de manera milagrosa en el Camp Nou con un jugador menos después de una injusta expulsión de Motta.

Para el recuerdo queda esa imagen absolutamente icónica de Mourinho celebrando la clasificación mientras los aspersores se encendían.

Fue el increíble currículum de Mourinho, unido a esa victoria que se interpretó como balsámica en clave madridista, lo que hizo tomar a Florentino la decisión de ficharlo. Mourinho era lo más parecido a un ídolo en Milán, pero no supo decirle que no al Real Madrid.

Era la primera vez que el presidente del Real Madrid fichaba a un galáctico para el banquillo. Habitualmente tendía a pensar que la figura del entrenador era poco relevante en comparación con la de los jugadores, pero en este caso Florentino vio necesario fichar a una estrella capaz de abatir a un Barça que parecía imparable. Mourinho ya había demostrado conocer la receta.

En el pasado, Jorge Valdano se había mostrado en la prensa algo crítico con Mourinho. El argentino explicó en la presentación de Mou que eso no iba

a ser un problema y que ahora estaban en el mismo equipo. No resultó sencillo.

Por su parte, Mourinho aceptaba un reto mayúsculo al llegar al país donde estaba el Barcelona. Creo que fue inteligente porque comprendió que el proyecto del Inter solo podía ir para abajo, pero no se le puede quitar mérito a la valentía que mostró asumiendo ese desafío. A sus cuarenta y siete años se encontraba en el mejor momento de su carrera y, como bien explicó, lo bonito no era llegar al Real Madrid, lo realmente bonito era ganar en el Real Madrid. Tenía clara su misión e iba a intentarlo todo con tal de cumplirla.

Creo que Florentino comprendió muy pronto que ese entrenador iba a ser un líder sobre el que no podría haber excesivo control. Desde el principio, Mourinho asumió la portavocía oficiosa del club y muchas de las decisiones de carácter deportivo.

Sus ideas supusieron una importante mejora en cuanto a innovación en el Real Madrid. Contaba Mourinho que antes de él apenas había ordenadores para el cuerpo técnico. El portugués iba a profesionalizarlo todo y creo que a un ingeniero como Florentino pronto le sedujo tener a una persona así dirigiendo el equipo.

La primera situación que había que gestionar con sabiduría era la continuidad o no de Raúl y Guti, los veteranos capitanes que habían ido perdiendo peso en el equipo con el paso de los años.

Mourinho tenía fama de saber apreciar la labor de los veteranos en el vestuario. Así había sido en el Oporto, en el Chelsea y en el Inter. Sin embargo, Raúl y Guti optaron por marcharse creyendo que su papel iba a ser muy secundario. Mourinho lo lamentó públicamente.

Con la salida de Raúl, Iker Casillas pasaría a ser el nuevo capitán del equipo. La figura del capitán resultaba fundamental por la manera en que Mourinho entendía el fútbol. Siempre se rumoreó que el técnico portugués hubiera preferido otorgarle ese papel a un jugador de campo que tuviese carácter y personalidad.

El entrenador de Setúbal pidió el fichaje de Ángel Di María, aunque creo que el Madrid ya lo tenía bastante avanzado. También aceptó los fichajes del jovencísimo Sergio Canales y de Pedro León.

Con este último las rencillas comenzaron muy pronto y apenas logró jugar en el Madrid. Había rumores de todo tipo sobre el comportamiento de Pedro León, y Mourinho se quejaba amargamente en rueda de prensa de que los periodistas insistiesen en pedir su titularidad. Tiendo a pensar que Mourinho

le responsabilizaba de las filtraciones del vestuario, algo que el entrenador portugués siempre llevó mal.

La cuota de veteranía Mourinho la quiso cubrir con el fichaje de un viejo conocido en el Oporto y el Chelsea: Ricardo Carvalho. Y, tras el Mundial, el Madrid se lanzó a por Özil y Khedira a un precio más que razonable después de la gran participación que habían tenido. Mucha juventud y talento, además a precios muy razonables, que se unían a un equipo que ya había protagonizado una revolución el pasado verano.

El madridismo se encontraba expectante ante lo que Mourinho podía conseguir con ese equipo. Le rodeaba el halo de haber frustrado la Champions para el Barça, pero ese crédito no iba a ser eterno. Y menos teniendo en cuenta que la prensa empezaba a afilar sus garras ante el perfil controvertido del luso, que no desaprovechaba ninguna rueda de prensa para empezar a jugar su particular partido.

El Madrid comenzó muy bien y acumuló varias victorias. Özil y Di María se consolidaron pronto como titulares, igual que Khedira en el centro del campo con Xabi Alonso.

El primer clásico llegó muy pronto y resultó tremendamente duro para el Real Madrid. La goleada del Barça fue inapelable y Mourinho acertó diciendo que la lectura del partido era sencilla. Quizás el portugués se había traicionado un poco a sí mismo en ese partido. El gran comienzo de temporada probablemente le hizo pensar que estaba preparado para un cara a cara con el mejor equipo del momento. Líneas separadas, demasiados espacios a la espalda de la defensa: el Madrid había querido ganar al Barça a base de darle más golpes.

Estoy convencido de que esta primera derrota marcó enormemente la era de Mourinho en el Madrid. Supuso un gran aprendizaje de cara al futuro.

Mientras tanto, Florentino apoyaba a su entrenador y le seguía dando mando en plaza. Creo que ya en ese momento Florentino era consciente de lo diferente que iba a ser gestionar a Mourinho en comparación con el resto de los entrenadores. Internamente se empezaba a librar una lucha entre Valdano y Mourinho. Tenían enfoques casi opuestos sobre demasiadas cosas.

La temporada transcurría con buenos resultados, pero daba la sensación de que el Madrid era inferior al Barça y no iba a poder seguir su ritmo. El Madrid era como ese ciclista que va haciendo la goma e intuyes que en cualquier momento se puede quedar atrás a pesar de competir muy bien e ir creciendo.

Higuaín se lesionó de gravedad a causa de una hernia discal y Kaká entraba y salía del equipo. Fue entonces cuando Mourinho envió un primer desafío público al club: «Si no tengo al perro para cazar, tengo que usar al gato». Desde entonces Benzema fue conocido también como «el Gato».

La presión del portugués no fue en balde y en invierno llegó cedido Adebayor. El apoyo de Florentino a Mourinho estaba siendo total y casi incondicional porque me consta que en un principio el presidente madridista no estaba por la labor de firmar ese contrato, aunque fuera en forma de cesión.

Mourinho no se cansaba de denunciar lo que consideraba injusto en cada rueda de prensa, y era evidente que la rivalidad con el Barça iba poco a poco *in crescendo*. El Barcelona no olvidaba que Mou los había privado de la Champions que más deseaban y a través de sus satélites mediáticos trataban de despreciarle y estigmatizarle.

Llegó la primavera y con ella el maratón de clásicos. Se iban a disputar en apenas dos semanas cuatro partidos contra el Barça con el recuerdo del 5-0 aún presente.

El primero sirvió para que el Madrid se despidiera de la Liga. El empate a uno evidenció que el 5-0 había sido un accidente, pero quedaba claro que Guardiola se iba a llevar ese primer campeonato liguero y no había motivos para el consuelo. De ninguna forma.

El segundo era la final de la Copa del Rey en Valencia. Era la primera oportunidad para ganar un título. En mi recuerdo quedará siempre ese partido porque nunca vi un nivel de juego tan alto de dos equipos en un mismo partido. Fue realmente increíble. La primera parte fue madridista, con la innovación de poner a Pepe de centrocampista acogotando la salida de balón culé.

La segunda parte fue de dominio azulgrana. Con ese juego habría sometido a cualquier equipo, pero el Madrid resistió y se volvió a imponer en una prórroga en la que sí consiguió un gol gracias a Cristiano Ronaldo.

Por aquellos días se decía que Cristiano se arrugaba ante el Barça. Fueron un gol y un título liberadores. Nunca el madridismo celebró tanto una Copa. Era la demostración de que sí se podía competir ante el Barça de Guardiola. La primera evidencia.

Después llegaría la eliminatoria de la Champions. La tensión ya era muy elevada, como demostraron Mourinho y Guardiola en las ruedas de prensa. Desgraciadamente, la injusta expulsión de Pepe y el gol mal anulado a Higuaín resultaron decisivos en la eliminatoria, que ganó el Barça y que le

sirvió para llevarse la Champions. A pesar de la injusta expulsión del defensa portugués, reconozco que me decepcionó un poco el planteamiento excesivamente defensivo que presentó Mourinho en el Bernabéu ante un Barça herido por la final de Copa.

Mourinho formuló el famoso discurso del «¿por qué?» que tiempo después ha ido adquiriendo un nuevo significado. La eliminación en semifinales no era un éxito, pero el Madrid había pasado de octavos seis años después. Recuerdo cómo celebró Florentino el gol ante el Olympique de Lyon de Benzema. Para el presidente era una doble liberación: por fin se encaraba bien una eliminatoria, y su jugador fetiche se reivindicaba a ojos del mundo.

El balance que Florentino hizo de la primera temporada con Mourinho creo que fue bastante positivo. El Madrid ya había vuelto a competir de verdad con el Barça y le había ganado un título. En la Liga no se había quedado lejos y en la Champions había pasado lo que había pasado. La mejoría era clara.

Sin embargo, Florentino tenía un problema importante que gestionar. Mourinho y Valdano no se soportaban, y el portugués no era de los que se aguantan las cosas sin decirlas. Imagino que sus reivindicaciones serían continuas y Florentino debía decidir entre el entrenador en el que más confiaba y su mano derecha y director general, Jorge Valdano, que ya había sido «apartado» por Mourinho de los viajes del equipo dando lugar a todo tipo de especulaciones.

Muy poco después de que Florentino hiciera oficial su destitución como director general, Valdano fue protagonista en la sala de prensa del Santiago Bernabéu ante la mirada atenta de numerosos periodistas. El argentino fue claro: «No ha sido una decisión mía, es una decisión del club. Está claro quién ha sido el ganador de una lucha que he intentado evitar». La tristeza era fácil de atisbar en los ojos de un Valdano lógicamente dolido con el discurrir de los hechos.

Aun así, no le faltó clase para asegurar que era «saludable la continuidad de Mourinho después de mucho tiempo de inestabilidad». Y añadió: «El Madrid tiene que asentarse en un proyecto».

Por su parte, Florentino explicó: «Había dos personas de marcado carácter deportivo que impedían una sintonía. Todos han sido testigos de ellas. La salida de Jorge Valdano es dolorosa. Hemos recorrido un largo camino juntos. Mis sentimientos no pueden ser una excusa para no cumplir con lo que creo que es mi obligación».

La función de Valdano quedaba diluida, ya que su puesto desaparecía y Mourinho pasaba a absorber muchas más funciones propias de un director deportivo. La apuesta de Florentino era total e incondicional. Nunca se había visto nada igual con un entrenador. Todo ello era síntoma de la confianza y respeto que generaba Mourinho, pero también de lo complicado que resultaba competir ante ese Barcelona.

Puedo entender la decisión de Florentino aunque sería inconcebible en cualquier otra empresa despedir a un director general adjunto a la presidencia por el mandato de un entrenador. Eran tiempos extraordinarios y se exigían decisiones extraordinarias.

El caso es que esto fue un antes y un después para el Real Madrid y Florentino. La salida de Valdano suponía el derribo del único dique de contención ante una prensa cada vez más ávida por explicar todo lo que hacía mal el Madrid. Valdano era un tipo muy respetado y querido por los medios, y su salida era la confirmación de lo malvado que era aquel portugués que los confrontaba en cada rueda de prensa.

Con Mourinho ya se había creado en las redes, recién nacidas en aquellos años, el movimiento del mourinhismo. Señorío era morir en el campo o en las redes si lo necesitaba tu equipo. Muchos escritores, hoy de prestigio, empezaron a aparecer desde el mundo *underground* para dar rienda suelta a muchos sentimientos de orgullo y rebeldía. No cabía duda de que Mourinho había sabido despertar algo dentro de muchos de nosotros. El mourinhismo era la ausencia de complejos para oponerse al relato dominante. Un relato que era protegido con celo por parte de la mayoría de la prensa que asociaba los éxitos del Barça con los de la selección.

Pese a la enorme grandeza del Madrid, muchos seguidores nos sentíamos en la batalla de los galos contra los romanos. Mourinho señalaba los errores arbitrales, las injusticias del calendario y la protección mediática de la prensa hacia el Barça.

Creo que Florentino estaba también en ese barco y era por aquel entonces el primer mourinhista. Gran parte del madridismo iba a sentirse muy solo mientras los demás lo cuestionaban absolutamente todo acerca del club. Se criticaba a Mourinho, pero el objeto último de las críticas era un Florentino que le consentía todo.

La temporada siguiente iba a resultar fundamental. Los fichajes no iban a ser de relumbrón: Coentrão —concesión a Mourinho—, Sahin, Varane y Callejón eran las principales novedades. Realmente no hacía falta mucho más,

el Madrid tenía un equipazo. La mejora no iba a llegar gracias a los fichajes, sino que debía ser orgánica. La final de la Copa del Rey era el mejor ejemplo.

Varane, Callejón y Coentrão, cada uno a su nivel, mostraron pronto que podían ser jugadores útiles que permitían ampliar la rotación. Sahin no iba a poder hacer lo mismo y se vio sobrepasado. Simplemente, el mejor centrocampista de la Bundesliga no atesoraba la calidad para jugar en ese equipo.

En la Supercopa de España se alcanzaron niveles máximos de tensión y vimos la desgraciada imagen del dedo de Mourinho con Tito Vilanova. Se trata de algo injustificable, igual que la famosa pancarta del Bernabéu TU DEDO NOS SEÑALA EL CAMINO.

Tiempo después, Mourinho se disculparía ante el técnico catalán y se zanjaría el asunto entre ambos. Aquello no tenía que ver con la legítima defensa que había hecho Mourinho del Madrid, aunque también hay que recordar que los miembros del banquillo culé estaban diciendo barbaridades en ese momento.

Tiempo después supimos que Casillas llamó a Puyol y Xavi para disculparse por la tensión entre los equipos. Alguno de los dos no tardó en traicionar su confianza filtrándolo y dando recorrido al famoso relato que colocaba al Madrid como el villano de la película.

Se cuenta que esto dio comienzo a los problemas entre Mourinho y Casillas, pero la confianza del portugués en el portero de Móstoles se mantuvo inalterada, ya que en lo deportivo su rendimiento era absolutamente incuestionable.

A pesar de un comienzo algo titubeante, el Madrid pronto obtuvo el liderato en la Liga aprovechando algún tropiezo del Barça. El juego era espectacular. Vivimos partidos de auténtica orgía ofensiva. Kaká nunca jugó tan bien en el Madrid como en aquella temporada. Higuain, Cristiano y Benzema coleccionaban dobles y *hat-tricks* con suma facilidad.

Fue bastante frustrante que, a pesar de ir líder y adelantarse en el Bernabéu, el Madrid se volviera a ver superado contra el Barça en el partido de la primera vuelta. De alguna forma, se colegía que, a pesar de marchar líder, el Madrid todavía no era mejor que aquel equipo comandado por Guardiola.

Sin embargo, el Madrid no perdió el pulso y siguió puntuando a ritmo de récord. No había descanso que tomarse porque el Barça también estaba muy fuerte y apenas se dejaba puntos por el camino.

El Madrid avanzaba en la Champions también con paso firme, y llegó el partido del Camp Nou que podía decidir la Liga para el Madrid o acercarse de manera muy peligrosa al equipo de Guardiola.

Mourinho calcó lo que iba a ocurrir en el descanso, cuando su equipo ya mandaba con gol de Khedira. «Es posible que nos empaten, pero en ese momento hay que aprovechar que les entrará la ansiedad y se abrirán mucho. Debemos matarlos en ese momento». Son palabras casi literales, como revelaría tiempo después su segundo entrenador, Karanka.

Así ocurrió y el gol de Cristiano que suponía el 1-2 hizo enmudecer al Camp Nou. Aunque el alirón se cantaría ante el Athletic, todo el mundo comprendió que el Madrid había ganado la Liga en casa de su archienemigo con un Guardiola que no entendía nada.

En la Champions, el Madrid estaba de nuevo en semifinales. Tocaba remontar el 2-1 de la ida ante el Bayern. El comienzo del partido fue inmejorable, pero la diosa Fortuna le negó la Champions al Madrid en una tanda de penaltis en la que fallaron Cristiano, Kaká y Ramos, lanzadores de élite que no tuvieron su noche en aquella tanda inolvidable para los madridistas.

Todo era desolación, pero la temporada había constituido indiscutiblemente un éxito. El Madrid había batido el récord de goles y puntos en la Liga, y el juego había cautivado hasta al más crítico. Mourinho prometió que lo volvería a intentar, que ese era su equipo.

Todo era hermanamiento. Vimos imágenes de Mourinho y Casillas unidos por una total complicidad. También estaba todo bien con Cristiano, y por supuesto con un Florentino que se sentía satisfecho con la apuesta que había hecho el verano anterior.

En la otra acera, el Barcelona entró en una pequeña crisis. No haber ganado la Liga ni la Champions había sumido en ciertas dudas a los culés, aunque lo más duro era asumir el adiós de un agotado Guardiola.

Tengo para mí que Mourinho, a base de desgaste, logró echar a Guardiola del Barcelona. Lo llevó hasta el límite. De otra forma, el Madrid había vuelto a arrancarle el corazón al Barça como ocurriera con Figo en el año 2000.

La tensión entre los jugadores del Barça y del Madrid iba en escalada. Ese verano se disputaba la Eurocopa, que volvería a ganar España, pero ya se iban creando bandos. Una parte importante de la prensa condenaba cualquier acto que pudiera distorsionar el rendimiento de una selección comandada por un Del Bosque que aún recordaba con dolor cómo Florentino había decidido su

salida del Real Madrid. Es probable que por ello no contribuyera a acabar con esta caza de brujas.

Tiempo después, Casillas reconoció que Mourinho llamaba habitualmente a los jugadores de la selección para desearles suerte en la Eurocopa. Me parece todo un reflejo de lo bien que estaban las cosas hasta ese momento.

Nunca la selección generó tanta desafección entre parte del madridismo. Para este sector, cada victoria de la selección era un triunfo del relato que demonizaba al equipo de Mourinho. Jugadores muy inteligentes como Xavi Hernández lograban capitalizar esta situación como nadie. El Barça representaba a la selección, y Mourinho y sus jugadores eran los enemigos. Es terrible echar la vista atrás, la verdad. Parecía un experimento social de polarización.

Imagino que Florentino perdió las ganas de tratar de entenderse con la prensa. Cada vez eran menos habituales sus entrevistas en los medios. Algo se estaba rompiendo, y gran parte del madridismo se sentía cerca de su presidente.

El Madrid fichó a Modrić ese verano tras el empeño de Mourinho. No pudo acertar más el portugués. El Madrid ganó con bastante solvencia la Supercopa de España ante el Barça el día que debutó el genio croata, quien fue ridiculizado por la prensa culé a causa de su baja estatura. Seguramente Florentino recuerde con espanto negociar su fichaje con Levy, presidente del Tottenham.

Parecía el mejor momento para asestar el golpe definitivo a un Barça entrenado por Tito Vilanova; sin embargo, pasó todo lo contrario. El comienzo de Liga del Madrid fue lamentable. Casillas, hasta ese momento uno de los baluartes del equipo, no paraba de fallar. Estaba irreconocible. El Madrid se dejó varios puntos y el ambiente era muy extraño. Especialmente con Casillas. Recuerdo esa remontada ante el City en la que Iker parecía completamente deprimido y ausente ante la gesta de su equipo.

Entonces Mourinho tomó una decisión traumática y que marcaría absolutamente lo que sucedería después sentando a Casillas y dándole la oportunidad a un portero de la cantera, Antonio Adán.

Cabe decir que el portero del Castilla no demostró tener nivel para asentarse en la titularidad y por eso iba alternando con Casillas, pero el mal rollo se había hecho evidente. Al portero de la selección no se le podía tocar. La orden era clara para muchos periodistas, que protagonizaron ruedas de prensa bastante sonrojantes.

En enero llegó la lesión de Casillas por un golpe fortuito con Arbeloa. El Madrid fichó a Diego López y muchos periodistas comenzaron a hacerle la vida imposible a Mourinho y también a Diego. Fueron tiempos muy complicados en los que el madridismo se dividió y se polarizó en exceso. La situación para Florentino era cada vez más complicada porque de nuevo debía decidir entre una figura del madridismo y Mourinho.

Por aquel entonces, ya era habitual ver a Karanka ocupar el lugar de Mourinho en las ruedas de prensa ante el desprecio de muchos periodistas. La separación y la división eran máximas, y el ambiente, irrespirable.

La temporada seguía transcurriendo ya sin opciones en la Liga. En las semifinales de la Copa del Rey, el Madrid se impuso con bastante claridad al Barça con un Varane imperial. No obstante, desaprovechó una gran oportunidad para asestarle una goleada histórica en feudo culé.

Cristiano estaba en un momento impresionante y se empezaba a confirmar como un jugador que iba a dejar huella en la historia del Madrid. De eso comenzaba a no haber ninguna duda.

Quedaban solo dos balas: la Champions y la final de la Copa del Rey ante el Atleti, dirigido por un Simeone que había reflatado al equipo desde su llegada a orillas del Manzanares.

Las semifinales ante el Borussia dejaron un partido de ida que supuso el principio del fin. Cristiano se negó a jugar en la banda y eso obligó a ajustar otras cosas. El Madrid fue reventado por Lewandowski, y el gol de Cristiano dejó solo con un hilo de vida al Madrid. Necesitaba un 3-0 en el Bernabéu.

El partido de vuelta nunca lo olvidaré, ya que creo que sentó las bases del ciclo ganador que llegaría luego. El Madrid jugó un partido impresionante, pero las ocasiones malogradas impidieron completar la remontada. Ese día el Bernabéu vibró y nunca perdió la fe. Sergio Ramos, que había tenido también problemas con Mourinho al intentar defender torpemente a su compañero Özil, demostró que su profesionalidad estaba por encima de todo. Su abrazo con un Mourinho que ya estaba de salida fue esclarecedor. En realidad, se respetaban profundamente.

Para entonces yo creo que Florentino ya tenía decidido que llegaría a un acuerdo con Mourinho para que abandonara el club. La prensa había ganado, pero también el portugués había puesto de su parte para que fuese así. Lo que antes resultaba genial ahora era agotador. No se podía vivir una guerra dentro y fuera del club continuamente.

Sin embargo, quedaba la final de la Copa del Rey, que dejó el resultado más amargo posible con un Atleti celebrando la Copa en el santuario

madridista. La mala suerte en las ocasiones marradas era el último clavo en el ataúd del entrenador portugués.

Días después se oficializó el final de Mourinho, pero no del mourinhismo, que todavía sigue vivo en muchos madridistas. Siempre he pensado que el mourinhismo debe trascender la figura imperfecta del portugués. Mourinhismo es no rendirse nunca, dejarlo todo en el campo, rebelarse ante lo que se entiende que es una injusticia y defender al Madrid con pasión y determinación.

El balance de títulos de Mourinho fue bastante exiguo: una Liga, una Copa y la Supercopa, pero creo que sería injusto no tener en cuenta las circunstancias. Vino a pelear ante un Barcelona invencible y terminó con un balance positivo en los partidos jugados. De alguna forma echó a Guardiola y se deshizo de los complejos que invadían al madridismo.

Pese a que los grandes éxitos llegaron luego, es indudable que Mourinho inoculó competitividad a ese plantel de jugadores, los convirtió en un equipo y los hizo mejores futbolistas. Muchos lo han reconocido tiempo después.

Con el paso del tiempo, muchos jugadores han recuperado su relación con Mourinho y han comprendido el valor de su mensaje. Jugadores como Cristiano, Özil, Ramos e incluso Casillas estoy seguro de que hoy piensan mejor del portugués que en aquellos aciagos días, durante la tercera temporada, en los que todas las partes involucradas se equivocaron.

También hay que recriminar a Mourinho su incapacidad de apagar fuegos. Una cosa era asumir su incompatibilidad con Valdano y otra extenderla a una parte importante de la plantilla. Seguramente velaba por lo mejor para el club, pero a veces se equivocó en las formas o no supo medir las consecuencias de sus actos.

Siempre he pensado que sus decisiones deportivas eran técnicas y no personales, pero un entrenador que quiera dirigir al Real Madrid debe saber manejar los egos con tiento. Fueron tres años tan apasionantes como agotadores. Con su marcha, todos nos sentimos en parte aliviados. Nadie quedó indiferente y todavía hoy muchos madridistas reclaman su vuelta. Yo pienso que ese tiempo ya pasó y que ya no necesitamos su medicina.

La Décima

La etapa de Mourinho había dejado un agotamiento institucional enorme. A Florentino el cuerpo le pedía fichar a un buen entrenador que, además, pudiera aportar paz y tranquilidad. El equipo había estado sometido a una enorme presión, y el club era consciente de que cierta distensión podía ser adecuada. Lo cierto es que aquella plantilla ya estaba muy curtida tácticamente. El trabajo de Mourinho en ese aspecto era indiscutible. Esa certeza remarcaba la importancia de traer a un pacificador. Así se leyó el fichaje de Ancelotti por parte de la prensa, y creo que no les faltaba razón. No obstante, la inclusión de Zidane en su cuerpo técnico animó a mucha gente.

Carlo Ancelotti había ganado dos Champions League con el Milan y tenía fama de ser un entrenador muy conciliador con la plantilla y también con la prensa. Su currículum le avalaba, pero desde el sector más duro del mourinhismo este movimiento se interpretó como una claudicación de Florentino ante la prensa y los jugadores díscolos de la plantilla. Pronto nos llevaríamos una gran sorpresa en este aspecto.

Ancelotti respondía al perfil personal de entrenador que tradicionalmente le daba éxitos europeos al Real Madrid. Parecía un movimiento inteligente, aunque en ese momento confieso que no tenía demasiado claro que fuese a salir bien. Los resultados de Ancelotti en el PSG habían sido peores de lo esperado. No cabía duda de que ya entonces Carletto contaba con una vasta experiencia tras su exitoso paso por el Chelsea, pero enfrente seguía habiendo un Barcelona desatado al que no se le podía ganar solo con caricias. Eso pensaba entonces.

La temporada anterior, de infausto recuerdo, había dejado una buena noticia: Luka Modrić se había hecho con el mando del equipo en el último tramo de la temporada y parecía un centrocampista capaz de llevar el peso del equipo junto a Xabi Alonso.

Aparentemente no hacían falta demasiados refuerzos, pero sí debían ser buenos. Florentino se fijó en la cantera porque eran años en los que las

categorías inferiores de España arrasaban. Había varios canteranos como Jesé o Morata que venían pisando fuerte, y resultaba imperativo recuperar a Carvajal tras su triunfal paso por Alemania. Eran jóvenes y muy buenos estos mirlos. Casemiro, brasileño que se había fichado para el Castilla con la idea de que subiese al primer equipo, también suponía una novedad. Recuerdo que, cuando le vi jugar el primer partido amistoso de pretemporada, tuve el dudoso coraje, ya que mi cuenta de Twitter era muy pequeña por aquel entonces, de compararle con el genial Mauro Silva. Su contundencia y su capacidad para robar balones me recordaban al bueno de Mauro.

Además de ellos, el Madrid puso su ojo en otros dos internacionales españoles que venían ofreciendo un nivel impresionante: Isco e Illarramendi. Fueron fichajes bastante caros en ese momento, pero el futuro era muy prometedor en ambos casos y parecían una apuesta segura. La prensa estaba encantada con la españolización del equipo tras la etapa de Mourinho.

Eran tiempos de polarización y cada movimiento se interpretaba en esa clave. Fichar españoles era absurdamente sospechoso. Lo mismo que no hacerlo. Yo personalmente lo que quería era que los mejores futbolistas disponibles estuviesen en el Real Madrid. Tuvieran la nacionalidad que tuvieran. Así debería ser siempre.

Iba a ser un verano bastante movido en las salidas. La venta de Higuaín fue bastante menos traumática de lo que habría cabido esperar tratándose de un jugador que había absorbido una cuota importante de goles. Su falta de gol en las grandes citas le había condenado, pero con el Pipa se iba un delantero excelente, como después seguiría demostrando en Italia.

Se puede decir que Higuaín era una víctima clara de la temporada anterior, en la que el Real Madrid se quedó muy cerca de jugar la final de la Champions y también de ganar la Copa. La falta de acierto goleador tuvo como principal chivo expiatorio al argentino. Había agotamiento en la relación del propio jugador con la afición y con el club. Benzema se había impuesto en las preferencias de ambos.

El caso de Özil fue más complejo. El alemán era incluso más joven. Todo el mundo esperaba que Mesut siguiera en el Madrid y él deseaba renovar, pero tenía sus condiciones. Resulta muy mala señal conocer al padre de un jugador, y ese verano conocimos demasiado al padre de Özil. El hombre se descolgó con peticiones bastante inaccesibles ante un Florentino al que nunca le ha temblado el pulso cuando se ha tratado de elegir entre los intereses de un jugador y los del club. Reconozco que la venta de Özil al Arsenal me dolió mucho. Ese jugadorazo tenía todavía mucho que dar y era un deleite verle

sobre el campo, pero entiendo la decisión de Florentino. De hecho, Özil rompió tiempo después con su padre y nunca ha ocultado que el gran error de su carrera fue marcharse del Real Madrid. Seguramente esta decisión acortó su carrera, puesto que perdió bastante motivación.

También iban a dejar el equipo Essien, que volvía al Chelsea tras la cesión, Albiol, que había ido perdiendo jerarquía en el equipo desde el momento en el que Mourinho hizo jugar a Ramos de central de forma definitiva, Carvalho, ya muy veterano, Callejón y Kaká.

El brasileño había sido un fichaje fallido desde el punto de vista deportivo. Si uno repasa sus estadísticas comprobará que tuvieron algo de maquillaje. No se le recuerda un gol realmente relevante. Sí hubo algún periodo en el que jugó bien, pero la continuidad fue su principal talón de Aquiles.

Desde el punto de vista económico, igual que con Beckham, Florentino siempre ha reconocido las bondades del fichaje. Kaká ayudó con su contratación a renegociar algunos contratos. Su comportamiento fue ejemplar y se marchó sin provocar problemas. Eso sí, la única forma de darle salida fue liberándole y sin reclamar precio de traspaso alguno. Su salario y su edad impedían conseguir un acuerdo mejor. Su marcha fue una liberación para las cuentas del club.

Con tanta salida, resultaba evidente que Florentino iba a poner el ojo en otro *crack* para ficharlo, y el escogido no era otro que Gareth Bale, una vez que el fichaje de Neymar se había puesto imposible.

Tiempo después Florentino dio a entender que en el fichaje de Neymar por el Barcelona había gato encerrado. «A mí me pedían 150 millones de euros», explicaría.

Lo cierto es que el Barça necesitó cometer un par de delitos fiscales para hacerse con los servicios de Neymar. El jugador brasileño ya había pasado reconocimiento médico con el Madrid, pero de pronto todo se complicó. La multipropiedad y la exigencia de cláusulas muy extrañas hicieron que Florentino se saliese de la operación. Antes que la satisfacción por cerrar un fichaje increíble, estaba la seguridad del Real Madrid. Florentino nunca ha especulado con ella y esta vez no iba a ser una excepción, a pesar de lo doloroso que resultaba no fichar a un jugador con un talento tan diferencial. En el futuro Neymar volvería a estar en la órbita del Real Madrid un par de veces, pero nunca se llegaron a dar todas las condiciones para que pudieran unir sus destinos. Pienso que en el Madrid ese jugador podría haber

conseguido varios Balones de Oro, pero son cosas que nunca se pueden garantizar.

Gareth Bale había sido solicitado por Mourinho en la temporada anterior, pero bastante había tenido ya Florentino con conseguir sacar a Modrić de las garras de Levy.

Seguramente, el máximo mandatario del Tottenham es uno de los más duros negociadores a los que se ha enfrentado Florentino en su trayectoria como presidente del Real Madrid. Resulta realmente frustrante negociar con él.

Bale se había convertido en el mejor jugador de la Premier. Su caso era extraño: había empezado como lateral izquierdo y, dada su vocación ofensiva, poco a poco había ido convirtiéndose en extremo. Sin embargo, parece que la banda izquierda no era el lugar ideal para dar rienda suelta a su increíble disparo con la zurda, por lo que acabó jugando en los Spurs de extremo derecho e incluso de mediapunta. Nadie dudaba que era el jugador más importante del campeonato, y estaba en una edad perfecta: veinticuatro años.

Fue un auténtico horror ver cómo avanzaba el verano sin que hubiera avances significativos. Levy se mantenía firme y no dejaba de poner impedimentos. El propio Bale tuvo que amenazarle con retirarse del fútbol si no le dejaba cumplir su sueño de fichar por el Real Madrid.

Poco a poco el panorama se iba despejando porque el Tottenham invertía dinero en nuevos fichajes, pero hasta el final del plazo no se pudo oficializar el fichaje, que se cerró por 91 millones de euros. Una locura que yo volvería a repetir muy feliz visto el resultado que dio.

Desde el principio, el fichaje de Bale por el Real Madrid se convirtió en el fichaje de Florentino para gran parte de la prensa. El periodista que deseaba criticar al presidente simplificaba criticando a Bale. La verdad es que el galés no disfrutó de una cálida bienvenida. Su fracaso se podría convertir en el fracaso del que le había fichado. Algunos salivaban y no lo disimulaban nada.

Bale les quitaba el puesto a jugadores españoles, no hablaba español, había sido muy caro y no se integraba. Mi amigo Jesús Bengoechea, gran defensor de Gareth, añadiría irónicamente en *La Galerna* que tampoco sabía bailar el chotis. Esas eran algunas de las críticas habituales. Además, había llegado con una hernia que podría comprometer su carrera.

Lo cierto es que Bale nunca dio juego a la prensa, y del campo de entrenamiento se marchaba a casa o al gimnasio sin detenerse a hablar con nadie. Era simplemente un profesional que, además, debutó con un gol ante el Villarreal que supuso el mejor comienzo posible.

La historia de Bale en el Madrid tiene muchas e históricas alegrías con un final muy amargo, pero todo lo que vino a continuación hubiera resultado imposible sin el concurso del galés.

El primer marrón que tenía Ancelotti en su andadura en el Real Madrid era decidir entre Casillas y Diego López. El guardameta gallego había sido el portero de Mourinho hasta el final de la temporada anterior, pero demasiada gente daba por hecho que se debía a una venganza personal contra Casillas y no a una decisión técnica, como el luso había explicado en numerosas ocasiones.

Casi todo el periodismo daba por hecho que Iker recuperaría su sitio, a pesar de que el bajón de la temporada anterior había resultado evidente. En el primer partido de la temporada llegó el bombazo y Diego López fue titular ante el Betis.

Pronto explicaría Ancelotti que Casillas jugaría en la Copa y en la Champions, pero que la Liga sería para Diego. A pesar de que parecía una medida salomónica, no dejaba de tener sus riesgos. Ancelotti mostraba que era un pacificador, pero no a cualquier precio. El italiano tenía sus arrestos y esta vez el periodismo no iba a poder aludir a cuestiones personales para justificar la decisión. Me imagino que José Mourinho debió de sonreír desde Londres cuando se enteró de la alineación para ese primer partido de Liga. Era un reconocimiento de que había motivos deportivos y técnicos para apostar por un buen portero como Diego.

Isco tuvo una entrada casi idílica en el equipo y comenzó marcando en los primeros partidos. De hecho, suyo fue el gol de la victoria en su debut ante el Betis. Más difícil lo estaba teniendo Illarramendi. Parecía quedarle grande el escudo. Era una pena viendo el rendimiento que había dado en la Real y con la selección española.

Bale le cogió la medida muy pronto al equipo y desde el extremo derecho empezó a aportar goles y asistencias, pese a las objeciones de algunos periodistas obsesionados con desmerecerle. Gareth parecía aceptar el liderazgo de Ronaldo, pero eso no le impedía brillar cuando tocaba.

La marcha en las tres competiciones era buena, y el equipo fluía con ligereza, pero las lesiones empezaron a hacer acto de presencia en los jugadores más relevantes. Fue una temporada complicada en lo físico para la ya conocida como BBC (Bale, Benzema y Cristiano), un hallazgo, el término, de Coto Matamoros.

Las bajas empezaron a costar puntos importantes en una Liga en la que el Barça, con el Tata Martino al frente, también había mostrado debilidades.

Parecía que iba a ser la temporada del Atleti del Cholo.

El Madrid se clasificó para la final de Copa ante el Barça, pero Cristiano no iba a poder disputarla debido a las molestias en la rodilla que le estaban haciendo perder continuidad. El portugués era la baja más dura posible porque estaba haciendo una temporada de ensueño en la Liga y en Europa. La temporada anterior ya había ganado el Balón de Oro y estaba muy bien situado para repetir.

El Madrid jugó una final fantástica en Valencia ante el Barcelona y acabó ganando con toda justicia con uno de los goles más icónicos de la carrera de Bale. El galés recibió un buen balón de Coentrão y se hizo un autopase imposible. Mientras todos reclamábamos una falta flagrante de Bartra al empujarle fuera del campo, Bale siguió corriendo hasta desaparecer de la imagen para volver a aparecer ya con el balón controlado y encarando a un Pinto que no pudo detenerle.

Era el primer título de la etapa Ancelotti, y creo que todo un alivio para Florentino. Que marcara Bale ese gol era un sopapo a sus detractores más feroces. Se trataba de uno de los mejores jugadores del mundo.

Ancelotti había tomado en mitad de la temporada una decisión muy acertada con Di María. El argentino era demasiado bueno como para ser suplente, pero la BBC le impedía jugar en la delantera. El técnico italiano se inventó que jugase de interior, y el Madrid comenzó a mejorar con el Fideo en esa posición tan extraña para él. Su adaptabilidad era una nueva muestra de su tremendo nivel como futbolista.

El Madrid ahora tenía que enfrentarse a uno de sus mayores rivales: el Bayern entrenado por Guardiola. Era una eliminatoria muy complicada porque el equipo de Pep marchaba con paso firme hacia el triplete, que el Bayern ya había conseguido con Jupp Heynckes la temporada anterior.

El Madrid había hecho una gran Champions goleando en los octavos, donde desgraciadamente perdió para siempre a su canterano más prometedor: Jesús. El canario nunca fue el mismo tras esa lesión. Seguramente hubo mala suerte con la recuperación y malas decisiones por su parte.

Los cuartos de final habían dejado un gran susto. Tras una goleada ante el Borussia Dortmund, la vuelta había que afrontarla en Alemania y sin Cristiano. Di María falló un penalti muy mal chutado, y el equipo alemán marcó dos goles, de modo que se quedó a solo uno de igualar la eliminatoria. Nunca olvidaremos cómo la entrada de un joven Casemiro anuló las posibilidades de los alemanes.

El Bayern era el equipo del momento. Venía con la confianza y arrogancia habituales, y con Guardiola estaba jugando realmente bien. El partido de ida comenzó con un dominio aplastante de los alemanes, pero un gran contraataque permitió a Benzema marcar un gol. El partido cambió lo suficiente como para que el Madrid ya no sufriera mucho más durante la segunda parte.

La vuelta estaba tan caliente que Guardiola anunció que arderían los árboles en Múnich. La exhibición del Madrid fue tan antológica como inolvidable. Ramos empezó a tejer su leyenda con dos goles de cabeza, y Cristiano hizo un doblete que le colocaba como el mayor goleador en una edición de toda la historia de la Champions. Era un 0-4 tan incontestable que ningún rival buscó excusas. El Madrid de los «atletas» había arrasado como nadie lo había hecho nunca en la casa del Bayern.

Sin embargo, el amargo final de Liga, que acabó llevándose el Atleti, les metió una enorme presión a Florentino y al Madrid. El hecho de que la final fuera ante el rival capitalino suponía un riesgo importante en caso de perderla.

Recuerdo aquellos días en los que se decía que perder la final de Lisboa podía suponer el final de Ancelotti y, quizás, también el de Florentino. Si debo ser sincero, no le veía sentido ni a una cosa ni a la otra. Especialmente lo de Florentino, que estaba empezando a ver los frutos de su planificación en esta segunda etapa.

La final fue una absoluta agonía. El Atleti se adelantó con gol de Godín y fallo de Casillas, que durante la temporada había jugado muy bien tanto en la Champions como en la Copa. El Madrid tuvo que remar durante todo el partido desde ese gol. La baja de Xabi Alonso por sanción trastocaba todos los planes y tuvo que jugar Khedira. Cuentan que Illarramendi no se encontraba psicológicamente bien para jugar y Casemiro no era una opción para Ancelotti, pese a su exhibición en Dortmund. El caso es que Khedira había estado lesionado durante mucho tiempo y le faltaba ritmo. Era evidente que la final le podía pasar por encima, como así fue.

La entrada en el campo de Isco y Marcelo cambió el partido. El Madrid empezó a asediar la portería de Courtois. Benzema y Cristiano estaban jugando completamente tocados y Bale tampoco se encontraba al cien por cien, pero Di María, Modrić, Marcelo y Ramos no paraban de empujar en esos minutos. Sin embargo, el gol no llegaba y la Décima se esfumaba de manera irremediable.

Entonces llegó ese córner botado por Modrić y el remate de Ramos. Los jugadores se abrazaron y Casillas le dio las gracias a Sergio: había impedido

que quedase como el que perdió la Décima. Florentino celebraba el gol en el palco como los madridistas nunca le habíamos visto hacerlo.

El gol de Ramos siempre será conocido como el gol de la Décima, pero el tanto de la victoria lo marcó Bale tras aprovechar un rechace después de un eslalon imposible de Di María. Marcelo y Cristiano, de penalti, completaron la goleada en la prórroga. El Madrid, doce años después, había vuelto a su lugar en el mundo. El Madrid había ganado de nuevo la Champions y la euforia fue incontenible. De hecho, el sentimiento de alegría solo podía competir con el de alivio. Perder esa final ante el Atleti habría supuesto una mancha eterna que el rival se habría encargado de recordar siempre en cualquier debate de barra de bar.

La celebración en Madrid y en Lisboa fue por todo lo alto, y en Florentino se adivinaba una satisfacción enorme. Cuando había decidido volver al Real Madrid y afrontar el reto enorme de derrocar al Barcelona sabía que lo que marcaría el cambio de tendencia y la victoria final sería la primera Champions que lograra el equipo. Habían sido tres años llamando a la puerta de la final con Mourinho y acumulando méritos. Por fin su Real Madrid volvía a ser campeón de Europa, y aquella plantilla iba a estar en disposición de repetir, dada su juventud.

Un nuevo paradigma

El mundo del fútbol empezó a cambiar el día que el Chelsea fue comprado por el oligarca Roman Abramovich en 2003. De repente, un club tradicional inglés pasaba a manos de un ruso que iba a cambiar por completo la realidad y las expectativas del equipo londinense. Años después, en 2008, Abu Dhabi United Group (ADUG) se hizo con el Manchester City, y en 2011 fue Catar quien adquirió el PSG.

Por supuesto hubo más compras de clubes, incluso algunas de ellas en España, pero ninguna tan significativa como estas tres. El fútbol estaba cambiando para siempre y no éramos conscientes de ello. Estos nuevos propietarios, dos de ellos Estados, prometían una fuerte inversión en clubes que no pasaban por un gran momento.

Durante los primeros años, poner grandes sumas de dinero sobre la mesa no fue suficiente para atraer a las grandes estrellas, que seguían prefiriendo fichar por el Real Madrid, el Barcelona y otros clubes tradicionales y prestigiosos, pero poco a poco iban llegando los éxitos deportivos y la tentación de los grandes jugadores de fichar por estos clubes era cada vez mayor. El efecto colateral era el de una inflación galopante que afectaba a todo el ecosistema y encarecía hasta la renovación de tus propios futbolistas.

De repente, el Madrid y Florentino tenían nuevos competidores en el mercado de fichajes, y la competencia solo iba en aumento. Parecía absurdo aplicar las mismas recetas del pasado ante circunstancias diferentes, y el primero en darse cuenta fue de nuevo Florentino Pérez.

Mientras otros clubes trataban de competir a base de poner cantidades parecidas de dinero malogrando su salud económica, Florentino explicó en septiembre de 2015 en una entrevista en la Cope la nueva estrategia que seguiría el Madrid.

«En el fútbol todo va a cambiar. Que el Real Madrid sea el club más valioso es algo que no sé si podremos aguantar mucho tiempo. Todos los clubes de Europa están empezando a tener propietarios externos muy ricos.

En España tenemos al Atlético de Madrid y al Valencia como ejemplos. Luego, en el caso de Inglaterra, influyen los derechos de televisión, que son enormes. A todo ello hay que sumarle las cantidades ingentes que tienen de dinero. El Manchester City pertenece a Abu Dabi, el PSG a Catar, varios equipos de Inglaterra tienen propietarios norteamericanos... Por eso hemos cambiado la estrategia de fichajes. Tenemos que tener a aquellos jugadores de España y del mundo que van a ser muy buenos. Los seguimos e invertimos pequeñas cantidades en ellos. Si salen bien, se revalorizan; si salen mal, ten por seguro que no perdemos dinero. Tenemos que empezar a reinventarnos para seguir compitiendo con los equipos que tienen tantísimo dinero. Estoy convencido de que, si seguimos con este modelo deportivo, llegarán más títulos».

Mucha gente no prestó demasiada atención a estas palabras. Florentino reconocía ya en 2015 que los grandes fichajes no iban a estar para siempre a disposición del Real Madrid. Que el equipo blanco ya no iba a poder hacer la mejor oferta económica a los futbolistas. Resultaba imperativo adaptarse a este nuevo paradigma. El Madrid ya no iba a ser el más rico, pero tenía que ser el más listo, el más visionario.

Cuando explicó todo esto, Florentino ya había puesto en marcha la nueva estrategia. Asensio, jovencísimo jugador que empezaba a destacar en el Mallorca, fichó a finales de 2014 por el Madrid. Odegaard, un futbolista noruego de dieciséis años, concretó su llegada al Madrid en el mes de enero de 2015, tras una dura competencia con otros grandes clubes que querían ficharle a toda costa. Poco después lo haría Federico Valverde. También el holandés Peeters había llegado a las categorías inferiores del club.

Las bondades de la estrategia eran claras. El Madrid invertía pequeñas cantidades en jugadores muy prometedores. Si salían buenos, el acierto era absoluto y servían para capitalizar al club y protegerlo de cara al futuro. Si el jugador no resultaba, la venta era sencilla y las posibilidades de perder dinero muy reducidas. Juni Calafat iba a ser el responsable de captación de los nuevos talentos. Su contribución durante el fichaje fallido de Neymar había dejado muy buen sabor de boca en el Real Madrid y Florentino le empezó a confiar esta importante parcela. Juni comenzó a crear una red de contactos que le permitían llegar cada vez a más lugares del mundo.

Si en el pasado el lema de Florentino había sido «ficharé a ese jugador cuando valga mucho dinero», ahora la cosa se había convertido en «ficharé a ese joven antes de que valga mucho dinero».

Durante los años siguientes, fueron llegando muchos jugadores jóvenes al Real Madrid. La mayoría contratados casi cuando eran adolescentes. Poco a poco, estos fichajes se han ido complicando también, ya que los clubes-Estado han ido viendo las ventajas de esta estrategia. Por eso no siempre es posible ficharlos por pequeñas cantidades. Un buen ejemplo de todo esto son los brasileños que han llegado al Real Madrid: Vinicius, Rodrygo, Reinier o Endrick no han sido comprados a precio de saldo, pero el riesgo para el Madrid con ellos no es excesivamente alto. Solo con el fichaje de Vinicius y Rodrygo el Madrid podría justificar otros diez ejemplos fallidos.

Hoy en día están en la plantilla del Real Madrid como muestra de esta estrategia Lunin, Vinicius, Valverde, Camavinga, Rodrygo, Asensio o Ceballos. Otros, como Kubo, Brahim o Reinier, mantienen relación contractual con el Madrid. Odegaard ya voló al Arsenal, pero su rendimiento demuestra cada día lo acertado de su elección. También la enorme plusvalía que el Madrid obtuvo con su venta.

Endrick y probablemente Vinicius Tobías se unirán a esta nómina que está dejando enormes satisfacciones deportivas y económicas en el Real Madrid.

De nuevo, Florentino demostró su capacidad visionaria cuando se adelantó a todo el mercado en esta estrategia deportivo-económica. Otros clubes han ido por detrás tratando de imitarla.

No obstante, el único mérito no es tener la idea. Ni siquiera poseer talento para la detección de los futuros *cracks*. La labor de Juni Calafat y de José Ángel Sánchez para convencer a los jóvenes jugadores resulta imperativa para que tenga éxito.

El seguimiento se empieza a hacer desde muy pronto y el jugador percibe que la apuesta del Real Madrid es firme y coherente. Al futbolista se le explica el proyecto y también los diferentes escenarios que se pueden dar. Se le hace saber que, en caso de que las cosas no marchen bien, siempre tendrá un amplio margen para decidir sobre su destino. No se le vende una moto, el escenario del no éxito es una realidad que no se puede obviar ni ocultar.

La estrategia tiene otra ventaja muy importante: al llegar el jugador a una edad tan temprana, las posibilidades de mimetizarse con el Real Madrid son mucho más altas. No son estrictamente canteranos, pero lo parecen y así los reconoce la afición, que se identifica fácilmente con ellos.

Cuando un jugador ficha ya en su madurez por el Real Madrid, las posibilidades de que no se adapte son mayores que si es contratado muy joven y con menos presión y expectativas en sus primeros pasos. Además, el

periodo de amortización económica y emocional siempre sale más a cuenta con los jóvenes.

La identificación con el club y la afición se empieza a tejer muy pronto, y lo mismo ocurre a la inversa hacia el jugador. El Madrid ficha a niños que se hacen muy pronto madridistas y que están muy agradecidos al club por confiar en ellos cuando todavía no eran estrellas.

Parece un círculo virtuoso, pero en el Madrid no valdría si no llegasen los resultados deportivos. Por eso es tan importante poder contar también con jugadores en la madurez de sus carreras y de enorme nivel. Además, siempre que el vestuario se mantenga sano, estos veteranos acaban siendo los mejores maestros para los jóvenes.

A la hora de realizar fichajes, el Real Madrid cada vez se fija más en las condiciones personales del jugador y en su entorno familiar. Se buscan grandes jugadores que, además, sean buenas personas y profesionales impecables. Más de un fichaje se ha frustrado estos años por existir dudas legítimas sobre el comportamiento del jugador.

El Madrid tampoco pierde de vista fichar a jugadores muy especiales cuesten lo que cuesten. La estrategia de austeridad perdería sentido si el Madrid no pudiese competir de vez en cuando por el *crack* especial que cambia la realidad del equipo ya en el corto plazo.

La clave es no fichar a precios desorbitados a jugadores simplemente buenos. La juventud y el potencial se ponderan mucho más que el nivel coyuntural del jugador en un club que suele tener características diferentes a las del Real Madrid.

La evolución de Florentino ha sido clara. De fichar galácticos veteranos pasó a contratarlos bastante más jóvenes en su segunda etapa, para terminar trayéndolos cuando todavía son niños.

Para mí esta es una de las mejores muestras de la capacidad que tiene el presidente del Real Madrid para pensar más allá de sus ideas preconcebidas. Sin duda, este talento para anticiparse al futuro que ya hemos contemplado en otras ocasiones define a Florentino y le sitúa muy por encima de la mayoría de los dirigentes deportivos.

Un paso atrás

La Décima había sido toda una liberación. Ancelotti se había reivindicado ganando su tercera Champions. Todo era felicidad al ritmo del genial himno compuesto por RedOne y Manuel Jabois. El Madrid había recuperado su lugar en el mundo, y Florentino había terminado de darle la vuelta a la tortilla con respecto al Barcelona.

A comienzos del verano, Toni Kroos ya estaba fichado. El joven alemán no había llegado a un acuerdo para renovar con el Bayern y había aceptado la oferta del Real Madrid. El conjunto madridista solo tuvo que pagar veinticinco millones de euros, uno de los mayores robos en el mercado que recuerdo.

Conocí a Kroos en la eliminatoria que habíamos perdido contra el Bayern dos años atrás. Ya por entonces me impresionó el temple con el que jugaba. Parecía un cirujano diseccionando al equipo rival con sus pases en el centro del campo. El Madrid que dibujaban Florentino y José Ángel iba a querer jugar a lo que marcara aquel alemán que había puesto la oferta del Madrid por delante de las demás.

Ya por entonces había quien se cuestionaba si no se solaparía con el genial Xabi Alonso. Yo quería problemas como esos. Además, Khedira y Casemiro estaban a punto de abandonar el club. Casemiro cedido al Oporto en busca de minutos. También Morata se marchó cedido a la Juventus. Haría falta un delantero suplente que pudiera ocupar su lugar.

Había un asunto bastante más complicado de atender: Di María pedía una importante subida salarial para renovar. De nuevo, un jugador clave para el sostenimiento táctico del equipo, como otrora hiciera Makélélé, quería su cheque con una firmeza que no suscitó ninguna compasión en Florentino.

El presidente del Madrid no parecía dispuesto a concederle esa subida, y quizás las formas de Di María y su mujer ayudaron muy poco para ablandar a Florentino.

Di María ya había estado cerca de salir el verano pasado, pero la venta de Özil le mantuvo en el equipo. Había protagonizado una temporada increíble y, además, en una posición que no era la suya. La final de Lisboa había servido para que se revalorizase aún más, pero para Florentino no se trataba de un jugador lo suficientemente estratégico y diferencial.

Tras tiras y aflojas, el Manchester United ofreció ochenta millones de euros y el Fideo dejó el Real Madrid. Fue duro aceptar esta salida, aunque el Madrid ya había encontrado el sustituto en el Mundial: James Rodríguez había sido uno de los jugadores del campeonato e iba a llegar para cubrir el hueco dejado por Di María.

Se trataba de un jugador con una enorme clase, pero mucho más limitado en cuanto a movilidad. Parecía tener un palo de golf en su pierna izquierda. Era impresionante verle golpear el balón. Los críticos empezaron a especular con que lo habían fichado porque ACS quería construir autopistas en Colombia. La ignorancia suele ser muy osada y acostumbra a navegar por encima de sus propias posibilidades.

La historia dice que el intercambio no fue bueno para el Madrid ni para Di María. James resultó ser peor jugador que el argentino, pero a ver quién discute las decisiones deportivas de aquel ciclo, que acabó siendo el más exitoso en la historia del club desde los años cincuenta.

Ese verano también iban a llegar Keylor Navas, uno de los porteros del Mundial, y Chicharito. En este último caso, vino cedido para ocupar los minutos de Morata.

La mala noticia llegó justo tras conquistar brillantemente la Supercopa de Europa y perder la Supercopa de España. Xabi Alonso solicitó su salida del equipo para marcharse al Bayern.

En su momento se especuló con que podía haber motivos personales en su decisión. En cualquier caso, parecía atraído por la idea de conocer otro país y entrenar con Guardiola. En el vasco había un futuro entrenador y conocer los métodos de Pep podía resultar una idea atractiva.

Florentino no suele negarles sus deseos a los jugadores de estas características. Cuando una leyenda pide irse es que ya se ha marchado mentalmente.

El Madrid perdía a uno de sus bastiones y a un líder natural dentro y fuera del campo. Seguro que a Ancelotti no le hizo gracia, pese a la veteranía del jugador vasco. Era un mazazo perderle, aunque la llegada de Kroos aliviaba el disgusto. Se trataba de una plantilla realmente buena, y el Madrid era el vigente campeón de Europa; no estaba la cosa como para llorar.

Di María y Xabi Alonso eran bajas muy relevantes, pero Kroos y James parecían soluciones ideales y más jóvenes. Florentino seguía renovando el equipo y evitando posibles conflictos personales en el vestuario.

Pese al aparente paralelismo con lo que había pasado con Makélélé en 2003, en este caso la situación era diferente. El equipo era mucho más joven y estaba mejor preparado para soportar esas bajas. Aun así no faltó gente que sí estableciera esa comparación con el ánimo de criticar a Florentino.

El comienzo de temporada fue desastroso en cuanto a resultados, pero fabuloso en cuanto al juego. Resulta extraño, pero era así. El Madrid comenzó perdiendo ante la Real y el Atleti, pero el movimiento del balón era vertiginoso. Daba la sensación de que el único problema era que al equipo se le acababa la gasolina pronto. El Mundial estaba haciendo mella en las piernas del equipo, y el trabajo de carga durante la pretemporada tardaría más tiempo en producir la supercompensación, que es como los profesionales llaman a esta fase de la preparación en la que la carga en las piernas poco a poco desaparece para dar lugar a la velocidad y la frescura.

Los presagios más optimistas se cumplieron y el Madrid comenzó a volar. El juego del equipo era tan espectacular que se comparaba con el de la década de los cincuenta.

James Rodríguez se había adaptado a la perfección y trabajaba mucho para sus compañeros. Kroos parecía llevar jugando muchos años como pivote defensivo de ese equipo, y eso que no era su posición habitual en Alemania.

La racha de victorias era impresionante, y poco a poco el Madrid fue cogiendo diferencia en la Liga, además de ganar el Mundial de Clubes. Todo iba encaminado a que viviéramos una temporada histórica, como ocurriera con Queiroz, en una nueva alusión a ese año 2003.

Tristemente, igual que pasó entonces, el equipo reventó físicamente. Fue una demolición mucho más controlada debido a la juventud de los jugadores, pero el rendimiento cayó como había avisado Kroos que podría ocurrir si seguían jugando siempre los mismos. Las lesiones de James y Modrić lo condicionaron absolutamente todo. También Bale comenzó a sentir problemas físicos que le impidieron tener continuidad.

El Barça de Luis Enrique se había recuperado y, gracias a Messi, Neymar y Suárez, marchaba camino de todos los títulos. Aquel ya no era el Barcelona de Guardiola, pero había encontrado una fórmula que convertía a ese equipo en algo demoledor.

Mientras en la Liga el Madrid perdía el pulso a falta de varias jornadas, en la Champions estuvo a punto de meterse en una nueva final. El gol del cedido

Morata en el Bernabéu privó a los blancos y al mundo del fútbol de la primera final entre Real Madrid y Barça en la Champions.

El diagnóstico por parte del club fue claro. El equipo se había derrumbado físicamente y eso era responsabilidad del cuerpo técnico. Ancelotti, Hierro — que había sustituido a Zidane como segundo entrenador— y los ayudantes de Carlo fueron despedidos.

En el Madrid ningún entrenador sobrevive a la falta de títulos y, aunque Ancelotti había ganado muchos partidos, el presidente del Real Madrid no le perdonó su fracaso en aquella temporada que había levantado tantas expectativas.

Recuerdo que mi primer artículo en *La Galerna*, dirigida por mi querido Jesús Bengoechea, fue para defender la continuidad de Ancelotti. Me parecía un entrenador fabuloso y sus errores eran fáciles de solucionar. El italiano debía de tener la receta perfectamente clara. Ya saben que no hay nada como la experiencia para aprender cuando la persona es inteligente y responsable.

Era una temporada sin ninguno de los grandes títulos, pero el equipo había estado a punto de clasificarse para la final de la Champions y había conseguido 92 puntos en la Liga.

Y aquí viene el que para mí es el principal error de Florentino en su segunda etapa: el fichaje de Rafa Benítez como nuevo entrenador del Real Madrid.

Benítez había tenido una trayectoria sobresaliente como entrenador. Con el Valencia había ganado dos Ligas y había alcanzado una final de la Champions. Después, en el Liverpool, hizo historia ganando una Champions y escalando hasta otra final. Su currículum era indiscutible.

Sin embargo, Benítez estaba de capa caída desde su paso por el Nápoles y cuando lo fichó el Madrid iba camino de un club de segunda fila de la Premier. Eso podría haber dado alguna pista sobre la vigencia de su libreto.

Entiendo que con Benítez se buscaba el rigor táctico y el trabajo físico que se había echado en falta con Ancelotti, pero algo me decía ya por entonces que aquellos métodos no iban a casar bien con la plantilla que tenía el Real Madrid. Me parecía una medida algo desesperada. Quizás despedir a Ancelotti había sido un poco precipitado y las alternativas que ofrecía el mercado no eran demasiado atractivas.

Aquello pintaba mal desde el principio. Al menos para el que escribe. Benítez llegaba muy emocionado y se trataba de un técnico muy responsable. No cabía dudar de su profesionalidad, pero sí de que sus métodos fueran a surtir efecto en un grupo que no destacaba por su sacrificio táctico. Este tipo

de entrenadores pueden convertir a buenos jugadores en muy buenos, pero lidiar con jugadores de mucho talento se les suele complicar bastante más.

Fue un verano de enorme convulsión. Sergio Ramos amenazaba con irse al Manchester United si el Madrid no le ofrecía una buena renovación. Pese a que la temporada no había sido buena, Ramos estaba en condiciones de presionar porque Florentino tenía que afrontar ese mismo verano la desagradable salida de Casillas.

Creo que Florentino valoró que el coste político que suponía la salida de dos capitanes era demasiado para un solo verano y llegó a un acuerdo de renovación con Ramos, que era un jugador que estaba en plena madurez futbolística y al que podía considerarse sin discusión uno de los mejores centrales del mundo.

Que Casillas se despidiera él solo en una rueda de prensa fue un error del que lo permitió. Aunque mucha gente no lo recuerde, al día siguiente Florentino convenció a Casillas para que compareciese junto al presidente en compañía de los trofeos en un acto muy frío, pero protocolariamente más adecuado.

Aquel verano fue una auténtica locura. Fue la primera ocasión en la que Florentino, para mí muy acertadamente, rechazó el fichaje de Pogba. A cambio trajo a Kovačić, que había hecho un partidazo ante el Madrid en pretemporada, y recuperó a Casemiro, Lucas Vázquez y Kiko Casilla. Danilo ya había sido fichado durante la primavera. La idea es que pudiera competir en el lateral derecho con Carvajal.

El fichaje de De Gea había estado cantado durante todo el verano, pero no se terminaba de concretar. Un casi inédito Keylor Navas iba a poner rumbo a Mánchester, y llegaría el guardameta de la selección española.

Lo cierto es que el guardameta tico había comenzado bien la temporada y el intercambio cada vez gozaba de menos apoyo popular. La inexperiencia de los nuevos dueños del Manchester United, o quizás la diosa Fortuna, impidieron que el fax que confirmaba el traspaso llegase a tiempo y cada portero se quedó donde estaba.

A De Gea, desde ese traspaso frustrado, las cosas le empezaron a ir bastante peor, y todo lo contrario le ocurriría a un Keylor Navas, que de pronto se había convertido en el portero titular del Real Madrid, la oportunidad de su vida.

Nunca sabré si en su fuero interno Florentino se alegró del error del United. Daba la sensación de que la operación con De Gea estaba condicionada por el compromiso moral que existía con el jugador. Los

primeros partidos de Keylor habían provocado alguna ovación en el Bernabéu, y quedarse al tico suponía ahorrar dinero.

El comienzo de temporada no fue malo. Las estadísticas acreditaban a un Benítez que solía sacarlas a relucir para defenderse de los palos que le empezaban a caer por su fama de entrenador defensivo. El técnico madrileño había tenido ya un par de deslices: reivindicar a Bale más de lo que lo hizo con Cristiano, la estrella del equipo, y disimular muy poco que no le convencía demasiado James Rodríguez.

Quizás Benítez ya atisbaba el problema de actitud que iba a acompañar a James durante toda su carrera, pero las complicaciones empezaron demasiado pronto con él. Recuerdo ese doblete de James contra el Betis donde el colombiano estaba ya con una actitud reivindicativa.

A pesar de eso, Benítez ganaba. Sin enamorar, pero ganaba. El primer gran disgusto llegó con la eliminación en la Copa del Rey por alineación indebida de Cheryshev. No era culpa de Benítez, pero era un título menos que poder disputar.

En la prensa, la crítica a Benítez iba en la línea de que apostaba más por Casemiro que por James. Se le calificaba de defensivo y parece que eso no solo afectó al entrenador, sino que le condicionó, puesto que el día del clásico quiso contentar a la crítica y recibió un durísimo 0-4 con el brasileño viendo la goleada desde el banquillo.

El equipo ya había empeorado la dinámica y esa goleada fue demoledora. Las dudas empezaron a envolver todo el ambiente madridista. Benítez no había sido una decisión que generase consenso, y cualquier crisis se iba a agrandar por ese hecho.

Florentino comenzó a comprender que se había equivocado. El vestuario empezaba a darle la espalda a su entrenador. Había rumores sobre que Rafa le había dado indicaciones a Modrić de tratar de evitar el golpeo de exterior que le caracterizaba tanto o que aconsejaba a Cristiano Ronaldo cómo golpear las faltas.

Con tanta presión, Benítez cayó estando todavía a una distancia razonable del Barça en la Liga, pero con la sensación de que la cosa iba a ir todavía a peor con el paso de los partidos.

Benítez nunca entendió la decisión, como demostró recientemente en una entrevista en *Marca*: «En la época mía del Real Madrid no nos dejaron ganar. Éramos primeros en la Champions. En la Champions que gana el Madrid, nosotros hicimos nuestro trabajo. En la Copa nos eliminan por un error administrativo con Cheryshev. Luego pareció que es mi culpa porque ya no

estaba. El equipo era físicamente superior a los rivales. Cuando yo me marchó, estaba a dos puntos del Barcelona con un partido menos. A los dos meses estaban a doce puntos del Barça.

»Cuando llegamos a Madrid se acababa de ir Ancelotti, que tenía una muy buena relación con los jugadores, y parecía que nosotros llegábamos con un látigo. Había un entorno desfavorable: la salida de Casillas, Keylor Navas, la detención de Benzema... Se dan situaciones complicadas. Y cuando se complica todo, ¿quién paga? Yo. Cristiano, sabiendo cómo era, le tenías que orientar. El problema es cuando tienes que orientar a siete, que algunos no juegan, no están contentos. Y se van a los medios a filtrar. El que está en el banquillo duda y el que está en la grada es un problema. Y, cuando lo llevas a los medios, es algo más.

»Una vez a Modrić le dije que en un golpeo de tres metros le das con el interior para que al compañero le llegue limpio el balón, sin efecto. Ese es un comentario en un entrenamiento, pero cuando a las cosas se les quiere sacar punta, se la sacan. El único comentario que le hice a Cristiano Ronaldo, como le conocía del Manchester United, es que analizásemos cómo tiraba las faltas. Analizamos la trayectoria, vimos si podíamos hacer algún ajuste, vimos que no y nos olvidamos del tema. Es mi única conversación con él. Todo lo demás es mentira. Cuando tira las faltas, cuando me marchó, sus estadísticas son peores. Me sorprendía que periodistas que yo conocía decían eso sin hablar conmigo».

Seguramente, Benítez tenía razón en algunas cosas, y desde luego no dudo de que fue fiel a sus principios. El error vino al elegirlo como entrenador, dada la plantilla que tenía el Madrid. Era como juntar el agua y el aceite. No casaban.

Evidentemente, lo que llegó más tarde, la época más gloriosa del Real Madrid desde los años cincuenta, le quita mucho hierro al error. Fue algo puntual que se corrigió sin grandes daños. Quizás era necesario un episodio así para que llegase el entrenador que haría que el Madrid lo conquistase todo. La plantilla tomó nota de que, si no se activaba con Zidane, podría llegar otro entrenador del estilo de Benítez. Absolutamente todo confluyó para comenzar a vivir algo inolvidable.

Zidane

Zidane había sido el fichaje soñado por Florentino desde que se convirtiera en presidente del Real Madrid en el año 2000. Su elegancia como jugador le tenía enamorado. Cuando Florentino imaginaba su Madrid, Zidane lo representaba, era una suerte de alegoría que sintetizaba la perfección.

Como jugador, Zizou nunca le defraudó. El francés cumplió con su compromiso de darle al Madrid un gran rendimiento, y lo envolvió en una estética inimitable. La Novena con esa volea representó a la perfección esa primera etapa de Florentino al frente del Madrid.

No me parece casualidad que Florentino anunciase su dimisión poco antes de tener que asumir la salida de Zidane, que no tardó más que unos meses en retirarse del fútbol. El *timing* había permitido que la relación entre ambos no se resintiese en absoluto. Ni siquiera las circunstancias los pusieron a prueba. Era la relación de un padre y un hijo, y lo seguiría siendo.

No parecía que Zidane fuese a dedicar el resto de su vida a entrenar. Los compañeros de la época cuentan que no se le veía muy interesado por el asunto. No tenía ese perfil de jugador táctico y preocupado por el liderazgo. Su fútbol no lo necesitaba.

Sin embargo, había sido entrenado por varios de los mejores técnicos, y la influencia de su etapa en Italia con Lippi generaba un poso táctico que estaba latente y dispuesto a salir a la luz. Parecía imposible haber jugado tan bien al fútbol y no comprenderlo.

Cuando volvió al club de la mano de Florentino lo hizo en calidad de asesor del presidente. Se cuenta que recomendó a Hazard cuando estaba en el Lille y también sugirió el fichaje del joven Varane. Zidane no parecía tener mal ojo para detectar el talento en jugadores jóvenes. Ya lo había mostrado de sobra.

Creo que Florentino quedó gratamente sorprendido cuando Zidane le pidió entrenar. El francés llevaba meses de gira con los mejores entrenadores y parecía dispuesto a dar el salto. Fue por ello por lo que entró en el cuerpo

técnico de Ancelotti en el año de la Décima. Son ya inolvidables esas imágenes de un Zizou encendido dando indicaciones en la final de Lisboa. Allí había más pasión de lo que nos habían contado. Había madera de entrenador con sed de triunfos.

Poco después, Zidane pidió —o quizás le ofrecieron, esto no lo sé— entrenar al Real Madrid Castilla. Allí tendría la misión de amaestrar a los nuevos mirlos de la cantera. Entre otros, estaba el joven Odegaard. También Valverde y algún joven prometedor más.

El camino de Zidane con el Castilla estaba marchando sin pena ni gloria. Ni lograba el ascenso ni tampoco estaba destacando por promover un fútbol muy espectacular. Nadie se había entusiasmado con su labor, pero era Zidane y tampoco estaba siendo un desastre. Me consta que desde el club se le sugería que pusiera muy por delante el objetivo de desarrollar a los jugadores más talentosos que subir a Segunda. Sin embargo, Zidane era un entrenador pragmático y no siempre estaba por la labor de arriesgar con los más jóvenes.

Zidane sabía que estando en el Castilla la oportunidad de entrenar al primer equipo podía ser muy real. Él había vivido en un Madrid que llegó a tener tres entrenadores en una misma temporada, y alguno de ellos procedente de la cantera.

Cuando en el mes de enero de 2016 Florentino le pidió que se hiciese cargo del primer equipo, Zizou no lo dudó. Quizás no era el momento perfecto, pero en el Madrid tal cosa nunca se elige y la plantilla del equipo era extraordinaria.

La presentación de Zidane insufló muchísimo optimismo en los aficionados. Las referencias como entrenador no eran demasiado buenas, pero se trataba de la leyenda. Con este los jugadores no se iban a atrever a dejarse llevar como había ocurrido con Benítez. Todo el foco de la afición iba a estar sobre ellos.

Algunos periodistas fueron especialmente torpes a la hora de recibir a Zidane. Era el «entrenador que no le había ganado a La Roda», «el póster de la Novena» y frases de ese estilo. Tenía cierto sentido criticar la mala planificación del Madrid, pero condenar desde el principio a Zidane era demasiado osado.

Recuerdo esas primeras imágenes de los jugadores saludándole en el vestuario. Las caras eran de profunda admiración. Zidane, gracias a su leyenda, a lo que había sido como jugador, iba a tener unos cuantos meses de crédito. Más de lo que dispondría otro tipo de entrenador como Rafa Benítez.

Se dice que un vestuario cala a un nuevo entrenador en apenas unos días. Si le pierden el respeto, eso no se suele recuperar y con ello cae el rendimiento, la entrega y la fe en el proyecto. Zidane no iba a tener ese problema. Más allá de la admiración que le profesaban, la afición tampoco iba a permitir que maltratasen a uno de sus ídolos. Acababa de comenzar una nueva era, pero los madridistas aún no lo sabíamos, pese al entusiasmo generalizado que existía. La frase «ha vuelto la ilusión» se había hecho viral en las redes. Era un clamor.

Florentino se la estaba jugando con el francés. A pesar de ser una leyenda, no tenía currículum como entrenador. Una caída prematura de Zidane podía suponer un duro golpe para Florentino. Era un todo o casi nada. No le quitamos mérito por la decisión porque realmente se estaba exponiendo.

El comienzo fue bastante bueno. Era evidente que el equipo se había activado y todos los jugadores se involucraban para ganarse el puesto. Sin embargo, una derrota en el Bernabéu ante el Atleti tras un flojo partido provocó que la diferencia con el Barça alcanzase los nueve puntos. La Liga parecía perdida y la Champions siempre era una lotería muy complicada. El efecto Zizou se empezaba a desinflar.

Casemiro ya se había estabilizado en la alineación, mientras que James sufría bastante más. Poco a poco se demostraba que lo de James no era personal, simplemente se trataba de un jugador de complicado encaje táctico y dudosa capacidad de sacrificio. Parecía un jugador de ritmo futbolístico ochentero.

El Madrid había pasado con mucha solvencia los octavos de final contra la Roma en la Champions. Cuando la Liga está casi imposible y se avanza una ronda en la Champions, todos los focos apuntan a ese objetivo con mayor determinación si cabe.

Sin embargo, el partido de ida de los cuartos no pudo ser más desesperanzador. El Madrid de Zidane perdió 2-0 contra el Wolfsburgo. El resultado incluso se podía calificar de positivo teniendo en cuenta el juego desplegado. A pesar de la contención de daños, en Europa resultaba muy complicado remontar un 2-0 solo seis días después de que los alemanes te hubieran atropellado en su feudo.

El Madrid, en cambio, sí lo logró con un *hat-trick* espectacular de un Cristiano Ronaldo asombroso. Ese 3-0 creo que resultó un punto de inflexión, no solo de la temporada del Madrid, sino de la trayectoria de Zidane en el club. El Bernabéu apoyó de manera enfervorecida a su equipo.

De repente, el Madrid volvía a estar en unas semifinales de la Champions sin la presencia de un Barça que había caído contra el Atleti. El rival iba a ser el Manchester City de Manuel Pellegrini. Se trataba de un rival accesible para el equipo madridista.

Mientras la Champions dejaba emociones muy fuertes, el Madrid estaba remontando el vuelo en la Liga. Recuerdo cómo le ganó el clásico al Barcelona en el Camp Nou tras remontarle el 1-0 inicial que sentenciaba el campeonato. De poder haber acabado a trece puntos, la cosa se había reducido a siete, y quedaban otras siete jornadas.

El Barça perdió los siguientes dos partidos y el Madrid, con sus victorias, se puso a un solo punto. No obstante, pese al pleno madridista hasta el final de la Liga, el Barça tampoco falló y se llevó el torneo liguero dejando la sensación de que se había salvado por la campana. Ya volvía a parecer peor equipo que el Madrid.

Fue una Liga en la que la diferencia de saldo arbitral entre el Madrid y el Barcelona había sido más grande que nunca. Zidane había cogido a un equipo lleno de dudas y lo había situado en las semifinales de la Champions y a un solo punto de ganar una Liga que parecía imposible.

Zidane había tenido el hándicap de poder contar poco con Cristiano, aquejado de una tendinitis en la rodilla. Bale se había echado el equipo a la espalda. Nunca vi jugar tan bien al galés como durante ese año 2016, donde también hizo historia con Gales en la Eurocopa al llegar a las semifinales. Las críticas a Florentino por el fichaje cada vez eran más absurdas y lo que les quedaba por vivir a los pobres...

En las semifinales el Madrid se trajo al Bernabéu un empate a cero de Mánchester en el partido de ida. En la vuelta, un solitario gol de Bale otorgó la clasificación a una nueva final. Resultaba increíble volver a estar cerca de la cima europea solo dos años después de lograr la Décima. El entusiasmo era máximo.

La final de Milán llegaba con un Cristiano de nuevo tocado. Parecía que, al tratar de jugar todos los minutos, llegaba limitado y dolorido al momento más relevante, pero lo cierto es que sin Cristiano el Madrid no hubiera disputado esa final.

Es curioso que volviese a haber runrún periodístico con las posibles consecuencias que se derivarían en caso de perder. Se hablaba del cansancio de Florentino e incluso de las dudas que había con Zidane. Me resultaba asombroso porque, en muy poco tiempo, el francés había obtenido unos resultados impresionantes. Si Zidane se estaba mostrando como un acierto,

también lo era el haber tomado la decisión de ponerle al frente del banquillo madridista.

El Madrid comenzó adelantándose en el marcador con un gol en fuera de juego de Ramos. De haberlo señalado el árbitro, a continuación habría tenido que pitar penalti, puesto que a Ramos lo estuvieron agarrando durante toda la jugada. Bale había peinado el balón y su toque con la cabeza había resultado decisivo.

El Atleti apretaba mucho y un Madrid muy cansado buscaba sentenciar a la contra. Un dudoso penalti de Pepe sobre el niño Torres le dio a Griezmann la oportunidad de empatar desde los once metros, pero su disparo se marchó al larguero. Aquel lance tenía el valor de un gol a favor, y como tal lo celebramos en la grada madridista.

Sin embargo, tras varias ocasiones falladas por parte del Madrid, llegó el empate colchonero. El gol de Carrasco a pocos minutos del final era un jarro de agua fría. En el Madrid, Modrić, Bale y Cristiano iban cojos por el campo, mientras que los del Cholo se mostraban mucho más enteros físicamente. Todo hacía indicar que devolverían el golpe de Lisboa, ya que la situación era exactamente la misma, pero con los equipos invertidos. Lo tenían todo a favor.

En la prórroga, el Madrid resistía y contemplaba cómo el Atleti no buscaba con determinación el segundo a pesar de su superioridad. Casemiro valía esa noche por tres. No dejaba de recuperar balones como un coloso. Seguramente recordaba que ya merecía haber jugado en la final de Lisboa. El Madrid era todo pundonor, y numerosos actores secundarios se sumaron al partido con enorme grandeza.

Un Real Madrid con tan solo ocho jugadores en buen estado físico acabó la prórroga encerrando a un Atlético de Madrid absolutamente timorato. Recuerdo que en esos momentos me atormentaba la idea de que el Cholo buscase el partido introduciendo a Correa, pero Simeone fue conservador y dio por bueno llegar a la tanda de penaltis.

En la grada los nervios afloraban de una forma sobresaliente, como suele suceder cuando te juegas una Champions en los penaltis. A pesar de que el museo ya contase con diez Orejonas, en esos momentos solo quieres la siguiente.

Tras el sorteo, Ramos se dirigió al graderío madridista con un gesto de victoria. Dimos por hecho que había ganado el sorteo y que el Madrid comenzaría chutando, algo que está empíricamente demostrado que otorga más posibilidades de vencer. Sin embargo, la sorpresa fue mayúscula cuando

comprobamos que, además de chutar primero, los penaltis se jugarían en el lado madridista.

La verdad del asunto es que el Atleti había ganado el sorteo y había elegido chutar segundo. Así que Ramos había elegido lado y estaba encantado con abrir fuego primero. Estoy convencido de que la decisión del Atleti era una muestra viva del convencimiento que en ese momento tenían. No querían ganar la tanda, sino que el Madrid la perdiese.

Cada equipo fue marcando sus penaltis. Los madridistas celebraban con efusividad cada tanto, mientras que los jugadores atléticos se mostraban tímidos y apocados tras convertir sus penaltis. Llamaba un poco la atención.

Recuerdo contemplar con espanto y con el corazón a punto de salirseme del pecho a Bale mientras se dirigía a los once metros con una cojera muy visible. Estaba loco ese galés y, tras una temporada de locura, nos iba a costar la final. Sin embargo, anotó su penalti en un alarde de grandeza y personalidad impresionantes.

Keylor Navas rezaba en cada lanzamiento madridista tratando de poner a Dios del lado madridista. Yo tenía mucha confianza en su capacidad de parar penaltis. Había hecho una gran temporada y era un portero muy ágil. Tenía capacidad de llegar hasta el palo.

Entonces el disparo de Juanfran dio al poste, y Cristiano, también muy tocado, se dirigió al punto de penalti. Esos segundos se me hicieron interminables. El Madrid estaba a un tanto de proclamarse campeón de Europa. Cristiano no dudó y volvió a elegir el mismo lado que todos sus compañeros. Gol, y el Madrid de nuevo campeón. Era la Undécima, y la tercera de un Florentino exultantemente feliz. Había superado el bagaje de Sanz y solo Bernabéu le miraba desde arriba.

El jugador con el que siempre había soñado ahora era el entrenador que le traía la Undécima al Real Madrid. Aquel fichaje en 2001 traía nuevas derivadas que ni el más optimista podría haber previsto.

La temporada había empezado con una mala elección para el banquillo, pero el final era casi idílico. El Madrid de Zidane había peleado todo lo que se puede pelear una Liga y se había vuelto a coronar en la Copa de Europa. Bale, un fichaje claramente presidencial, estaba en esos momentos entre los cinco mejores jugadores del mundo. Poco debate podía haber con tal cosa. Todo era felicidad porque, además, la suerte había acompañado, prolongando la leyenda madridista en Europa.

Ese mismo verano iba a volver Álvaro Morata tras un buen papel en la Juventus, así como Marco Asensio, fichado el año anterior. En el caso de

Asensio, Florentino tenía con él una bonita historia personal. En los tiempos en los que veraneaba en su yate en Mallorca, un día se acercó una madre con su hijo anunciándole que aquel chaval algún día jugaría en el Real Madrid.

Años después, Marco Asensio ya era jugador del equipo blanco y su madre fallecida seguro que sonreía desde arriba. El fichaje había sido algo milagroso. El Barça lo tenía muy avanzado, pero no quería pagar la cantidad acordada con el Mallorca en un solo plazo. Florentino, aconsejado por el madridista Rafa Nadal, entró en la operación con el dinero por delante. Asensio y su representante Horacio Gaggioli no lo dudaron.

Este era el verano del adiós de Arbeloa, un jugador al que gran parte de la afición adoraba por su implicación con el club. Había perdido peso en el equipo, pero su actitud siempre fue irreprochable: lideró a los más jóvenes y fue siempre un ejemplo. Hoy sigue demostrando en la cantera madridista su enorme capacidad para transmitir fútbol y valores.

Se avecinaba la primera temporada completa para Zidane como entrenador, y el objetivo claro era la Liga. Zidane valoraba mucho la competición doméstica, ya que entendía que demostraba la solidez de un equipo. El Barça seguía siendo muy potente y no iba a resultar sencillo arrebatarse el título.

Antes tocaba ganar la Supercopa de Europa con una actuación brillante de Asensio y un golazo de Carvajal que decidió *in extremis* la final contra el Sevilla. La Eurocopa había provocado que el Madrid jugase muy mermado, pero empezaba a evidenciarse que la plantilla era muy profunda.

El Madrid había configurado un equipo de un nivel descomunal, lo cual permitía a Zidane poder hacer muchas rotaciones y mantener al conjunto fresco.

Era tan descomunal la plantilla que Zidane, cuando llegaron las eliminatorias de la Champions, empezó a darle la responsabilidad en la Liga a la unidad B. Fueron varios los partidos en los que un once casi plagado de suplentes resolvió la papeleta con bastante brillantez.

Tuvo especial mérito esta apuesta de Zidane tras perder el clásico en el Bernabéu, donde Messi marcó el gol de la victoria en el último minuto y mostró desafiante su camiseta al público. Había sido un mazazo, ya que de haber ganado ese partido la Liga habría quedado sentenciada. Incluso el empate era un gran resultado, pero el Madrid, a pesar de estar en inferioridad numérica, buscó la victoria con 2-2. Sin temer las consecuencias.

A pesar del disgusto y de que las dudas podían aparecer, Zidane sacó en el partido siguiente en La Coruña a un equipo con muchos suplentes. Los reservas respondieron con una goleada a la apuesta del técnico francés.

De ahí hasta el final, el Madrid solo se podía permitir un empate en los partidos que restaban de Liga. No usó el comodín y ganó todos los partidos celebrando el título en Málaga.

En la Champions, el Madrid había eliminado al Nápoles en los octavos de final con dos victorias: una en Madrid y otra en Italia. Había resultado más fácil de lo esperado teniendo en cuenta que los italianos se habían adelantado en el partido de ida en el Bernabéu.

En cuartos esperaba el Bayern, un equipo absolutamente temible. El Madrid ganó 1-2 en Alemania y 4-2 en el Bernabéu tras pasarlo muy mal y llegar a la prórroga. Se habló mucho de los goles en fuera de juego de la prórroga, pero, de haber habido un arbitraje justo, el Madrid no hubiera necesitado ese tiempo extra para clasificarse.

Cristiano Ronaldo estaba en el mejor momento de su carrera y acumulaba goles decisivos en cada partido. Su eliminatoria en semifinales contra el Atleti volvió a ser una locura. Su *hat-trick* en el Bernabéu dejó casi sentenciado el cruce. Sin embargo, el partido de vuelta se complicó cuando el Atlético se puso rápidamente 2-0. La legendaria jugada de Benzema en el Calderón acalló la euforia colchonera cuando más justificada estaba.

El Madrid había llegado a otra final y tenía la oportunidad de repetir la gesta que solo había conseguido en la historia madridista el equipo de Di Stéfano: lograr el doblete de Liga y Champions.

En la final esperaba la Juventus, que había recibido apenas tres goles en toda la competición pasando por encima, entre otros, del Barça y el Mónaco del jovencísimo Mbappé.

La final se iba a disputar en Cardiff, ciudad de Bale, y prometía ser durísima. Fue admirable el gesto de Bale renunciando a la titularidad para dejar paso a Isco debido a que llegaba muy justo físicamente al partido.

La Juve era un equipazo y parecía estar en su momento perfecto de maduración como equipo. Por allí estaba Higuaín, deseoso de levantar la Orejona que la mala suerte y el *timing* le habían negado con el Madrid.

La primera parte fue muy igualada. El equipo blanco se adelantó en la única jugada limpia que logró sacar adelante gracias a una asistencia de

Carvajal a Cristiano. No obstante, la Juve empató bastante pronto aprovechando la superioridad física de Mandzukic sobre Carvajal.

En el descanso, Zidane dio varias indicaciones que resultaron muy importantes, y además el Madrid se sabía superior físicamente dada la política de rotaciones que había implementado el entrenador durante la temporada. Ahora estaba recogiendo sus mejores frutos.

La segunda parte dejó la mayor exhibición de fútbol que yo he visto en un partido de esa trascendencia en mi vida. Aquella Juventus que había resultado inquebrantable durante toda la temporada se convirtió en un juguete en manos del Madrid. Casemiro, Cristiano y Asensio completaron la goleada y pusieron un listón inalcanzable para las finales que sucederían al partido de Cardiff.

Los madridistas, en ese momento, nos sentíamos invencibles. El Madrid había sido el primer equipo en repetir como campeón de la Champions. Acababa de hacer historia ante nuestros ojos.

Puedo imaginar que en esos momentos Florentino se sentía pleno. Había regresado para devolver al Madrid a su sitio en el mundo y años después lo tenía en lo más alto. El equipo había completado la mejor temporada en sus últimos sesenta años y aquella plantilla, con aquel entrenador, parecía tener recorrido.

Sin embargo, el verano se avecinaba movido. Tener esa unidad B era un lujo que ni siquiera el Madrid se podía permitir. Había demasiados jugadores que tenían expectativas económicas y deportivas mayores. No querían seguir siendo suplentes de un equipo campeón.

Morata fue vendido al Chelsea, y salieron James, Danilo y Coentrão. También dejaba el club Pepe, que había perdido mucho peso en el equipo pero seguía siendo un jugador increíblemente fiable, como demostraría en los siguientes años.

Florentino, fiel a su apuesta, optó por reponer las piezas que se iban por jugadores jóvenes con mucho futuro. Parecía un buen plan, muy coherente, pero en ese momento era fácil creer que cualquier repuesto lo haría bien. El optimismo se había instalado en el madridismo.

Llegaron Theo Hernández y Dani Ceballos, tras una disputa con el Barça por hacerse con el utrerano. El sitio de Danilo lo iba a cubrir un canterano muy prometedor como Achraf, que venía pisando muy fuerte.

Este fue el verano del primer intento de fichaje de Mbappé. El joven francés, que tenía como ídolo a Cristiano, parecía decidido a firmar por el Madrid. No obstante, la competencia de la BBC le empezó a plantear dudas. El PSG había fichado a Neymar y logró convencer a Mbappé. No era una

buena noticia, pero en aquel entonces parecía que el Madrid no se debía preocupar en exceso por la decisión de un jugador aún muy joven. Seguramente, Zidane había sido honesto con el chico y no le había asegurado demasiados minutos.

El verano resultó espectacular. El Madrid volvió a ganar la Supercopa de Europa con solvencia. Después debía jugar la Supercopa de España ante el Barça de Valverde. El Madrid prolongó la exhibición de Cardiff y pasó por encima de los culés en ambos partidos. Cabe resaltar que no pudo contar con Cristiano en la vuelta debido a que a la ida lo habían expulsado en una jugada surrealista. La segunda amarilla había llegado por supuesta simulación en una acción en la que no hubo nada parecido a un piscinazo.

Nunca sentí que el Madrid estaba mejor que en ese momento. Asensio se salía del mapa con golazos, todo fluía y el Barça, el máximo rival, parecía deprimido y acoquejado. Todo hacía indicar que la Liga sería un paseo militar.

Pero el fútbol te depara sorpresas increíbles. La baja de Cristiano en los primeros partidos de Liga por la sanción de la Supercopa supuso un mazazo para un equipo que pronto se descolgó en la clasificación. Los nuevos fichajes no parecían aclimatarse a la exigencia del Madrid y el Barça marchaba con paso firme en el campeonato regular.

Pronto nos tocó aceptar que ese equipo no repetiría la Liga. La eliminación en la Copa del Rey dejó muy tocado anímicamente a Zidane, como reconocería tiempo después.

Zidane era consciente de que el equipo parecía haberse cansado de ganar en el día a día. Las tensiones por motivos económicos de Florentino con Cristiano eran cada vez más difíciles de disimular.

El equipo se estaba dejando ir mientras veía como el Barça se recuperaba y ganaba un doblete nacional que le iba a levantar la moral, aunque, para desgracia de su afición, eso duró muy poco tiempo.

En la Champions la historia era muy diferente. El Madrid había exhibido pedigrí europeo ante un equipazo como el PSG. Recuerdo cómo los franceses se adelantaron en el Bernabéu y el Madrid logró igualar de penalti. El partido entró en una fase tan peligrosa que yo quería que acabase 1-1 y dejar abiertas las opciones para la vuelta. Sin embargo, un cambio defensivo de Emery sirvió de señal para el Madrid de que debía atacar ese miedo. El 3-1 final fue el perfecto reflejo de la grandeza de un equipo y otro.

Contra la Juve, el Madrid pareció destrozar la eliminatoria en el partido de ida en Italia. El 0-3 con golazo de chilena de Cristiano fue una oda al fútbol

efectivo. El Madrid no había sido tan superior como reflejaba el marcador, y esto se confirmó en la vuelta. Los blancos vieron cómo la Juve remontaba los tres goles en el Bernabéu ante un público que no podía creer lo que veía. Los italianos no estaban siendo tan superiores, pero los goles solo estaban cayendo de un lado. El penalti postrero a Lucas sirvió para clasificarse, pero el aviso era evidente.

En las semifinales, el Madrid lo pasó fatal ante el Bayern, a pesar de partir con ventaja tras la ida en Alemania. De nuevo había sido un partido en el que lo mejor había sido el resultado. En la vuelta, Navas se recompuso de sus errores ante la Juventus, y el 2-2 definitivo con doblete de Benzema sirvió para avistar otra final.

El partido más importante de la temporada se iba a celebrar en Kiev ante el Liverpool de Klopp, un equipo joven pero temible.

Los ingleses eran el conjunto de moda y estaban desarrollando un fútbol vertical y muy atractivo. Las cosas no iban a ser fáciles para el Madrid, dado que los blancos no habían mostrado ninguna regularidad en esa temporada. Parecía un equipo ya exprimido y otoñal.

Bale, que llegaba tras marcar muchos goles en el tramo final de temporada, fue suplente y se mostró profundamente decepcionado. La final estaba siendo más favorable para los *reds* hasta que Salah cayó lesionado. Un gol de Benzema con error de Karius dio ventaja al Madrid, pero Mane empató muy pronto de cabeza.

Fue entonces cuando entró Bale al campo y se propuso, desde la rebeldía que le invadía, ganar la final. Su gol de chilena quedará para siempre en la historia, igual que la volea de Zidane, su entrenador. Un disparo lejano sentenció la final tras un nuevo despropósito de Karius.

El Madrid era campeón de Europa. Era la tercera seguida. Aquello era historia. Sin embargo, pasó algo que impidió la felicidad completa. Recuerdo salir del estadio, mirar Twitter y retorcerme de pena por las declaraciones de Bale y Cristiano. El galés amenazaba con irse si su papel no cambiaba en el equipo. Cristiano directamente se estaba despidiendo y arruinaba la celebración del madridismo. Era imposible entender tanto egoísmo de quien tanto nos había dado.

El equipo parecía fracturado justo cuando estaba alcanzando el mayor hito en muchísimos años de historia. Costaba entenderlo. Por si fuera poco, Zidane, pocos días después, convocó a los periodistas para anunciar su adiós al Real Madrid. Recuerdo la cara de Florentino en aquella rueda de prensa que nos heló a todos. Era la cara de un hombre que estaba profundamente

triste. Algo se había muerto sin que nos diésemos cuenta. Trataré de explicarlo con la experiencia que me ha dado el paso de los años.

Despedir a las leyendas

Justo habíamos dejado la historia con la salida de Zidane y Cristiano Ronaldo. El de Zidane es un caso aparte, ya que su marcha no obedeció ni a una decisión del club ni a pretensiones económicas por parte del francés. En ese momento simplemente sentía desgaste y que su mensaje ya no llegaba igual a una plantilla que se había dejado ir en la Liga y en la Copa del Rey. Él creía que no estaba en disposición de hacer ganar al equipo. Seguramente intuía que el Madrid se dirigía a un periodo de transición inevitable. Tuvo mucha más chicha su segunda renuncia como entrenador, que ya trataremos.

En cuanto a Cristiano, tras la final el ambiente se había enrarecido y cada vez más informaciones apuntaban a su salida, pero, antes de recordar su caso y cómo lo gestionó Florentino, conviene hacer un poco de historia con otras despedidas ilustres que hemos comentado más de pasada en este relato.

Desde su llegada, Florentino demostró, con mayor o menor acierto, que ninguna leyenda o estrella iba a estar por encima de lo que él consideraba mejor para el Real Madrid. Esto es fácil escribirlo y leerlo, pero resulta mucho más complicado llevarlo a la práctica. Hemos visto en los últimos tiempos como el mayor rival del Madrid, el Barça, ha gestionado muy mal los últimos años de sus leyendas, lo que ha sumido al club en una ruina económica descomunal por no saber decir que no.

Florentino siempre ha sido firme en su prioridad de que la salud económica del club esté por encima de cualquiera que la pueda comprometer. Por mucho que desde el punto de vista reputacional pudiera tener un coste para él mismo.

Ya en su llegada decidió afrontar la salida de Redondo. El argentino estaba en el mejor momento de su carrera y era un jugador muy querido y valorado por la afición, pero el contrato comprometido con Sanz, como contamos antes, no le parecía adecuado a Florentino. El nuevo presidente madridista asumió la impopularidad de su decisión y realizó una gran venta

que se vio tristemente justificada por la maldita lesión de Fernando. Recién llegado, tenía especial valor asumir una medida tan antipopular.

Poco después tocó ser inflexible con el veterano Hierro y con un Makélélé que quería ver crecer su salario de forma muy considerable. Eran casos diferentes, obviamente. Hierro ya había dado sus mejores años de fútbol a sus treinta y cinco años. Padecía de problemas recurrentes en la espalda, y su enorme liderazgo empezaba a ser molesto para Florentino porque seguramente ya no se correspondía con el rendimiento en el campo. Ya saben, un líder fuera del campo es importante que lo siga siendo también dentro. Hierro tenía mucha personalidad y un fuerte carácter.

El caso de Makélélé fue puramente económico. El coste deportivo de venderle fue, en mi opinión, enorme, pero pudo servir de ejemplo para otros en el futuro. El problema de saltarse la escala salarial en un caso es que otros jugadores pedirán su subida correspondiente y todo se puede desmadrar al estilo Bartomeu. Creo que el error de Florentino pudo ser no entender el enorme valor deportivo que tenía Makélélé. Era el galáctico proletario. Muy necesario para que ese equipo siguiera ganando. Quizás me equivoque, pero creo que el vestuario habría admitido esa subida ante lo importante que era el francés para que lucieran el resto de los jugadores madridistas. Quizás Florentino se arrepintió tiempo después de no ser más flexible en este caso.

La salida de Figo fue mucho más fácil de digerir. A pesar de ser el fichaje que le aupó a la presidencia y su primer galáctico, el luso había perdido peso en el equipo y Luxemburgo le había degradado en el aspecto deportivo. Figo era el primer interesado en buscar una solución fuera del Madrid, y Florentino tenía claro que no iba a poner al portugués por encima de un entrenador que había desarrollado una buena labor desde su llegada pocos meses antes. Figo ya tenía treinta y tres años, y no hizo milagros después en su paso por el Inter de Milán.

Florentino se ahorró la salida de Zidane y Ronaldo como jugadores, pero tras su regreso, después de la temporada de Pellegrini, le tocó afrontar la despedida de Raúl y Guti. Con todos los respetos, distinguiré entre ambos casos, a pesar de ser capitanes que estuvieron mucho tiempo en el primer equipo.

Guti había sido un jugador importante en la plantilla durante muchos años, pero raramente era titular indiscutible. El Madrid siempre fichaba a alguien que le podía cerrar el paso. Su gran mérito fue el de ser siempre útil valiéndose de un talento difícilmente imitable. Estamos acostumbrados a pensar que Guti podría haber sido un *crack* mundial de haber tenido otra

actitud, pero también cabe decir que fue realmente bueno durante mucho tiempo, y eso no se consigue sin esfuerzo y sacrificio. Fue un jugador que siempre puso por encima jugar en el Madrid antes que hacerlo con más frecuencia en otros sitios.

Su salida fue pactada con el club, pero eché en falta una despedida adecuada. Seguramente el hecho de estar en pleno verano no ayudó. Conviene gestionar con mayor antelación tales cosas, pero en esto la responsabilidad como mínimo debe ser compartida entre el club y el jugador.

El caso de Raúl era mucho más dramático y doloroso. Su irrupción en el equipo con Valdano de entrenador cambió la historia del Madrid. Era imposible no identificarse con aquel chaval de dieciocho años que se encaraba a cualquier defensor de la Juve que tratara de oponerse entre él y la siguiente ronda de la Copa de Europa. Su enorme rendimiento y su personalidad le fueron dando cada vez más ascendencia en el equipo. La llegada de los galácticos, lejos de degradarle, le mantuvo en la cima. Sus mejores años llegaron en plena era galáctica.

Poco a poco fue bajando su rendimiento, aunque competía con enorme dignidad. Lo cierto es que era inevitable que condicionase el juego del equipo, y las malas lenguas apuntaban que vetaba fichajes como el de Villa que le pudieran discutir el puesto. Nunca una mala cara, eso sí. Incluso cuando en la última temporada comenzó a ser suplente de manera habitual, se mantuvo con una buena actitud de puertas afuera.

Su última jugada le definió a la perfección. El equipo estaba jugando en Zaragoza y Raúl se lesionó. Pidió el cambio, pero el balón no salía, así que siguió jugando hasta meter gol en esa misma jugada. «El gol del cojo», le llamaron.

Cuando llegó Mourinho, el portugués quería contar con la experiencia y el liderazgo de Raúl, pero el capitán madridista ya se sentía relegado en el equipo. Su despedida también se produjo en verano y fue paradójicamente fría, pero el homenaje que le dedicaron tiempo después creo que sirvió para firmar un buen final. Su presencia en el club como entrenador del Castilla confirma que no quedaron rencillas con Florentino.

Más tarde llegó la venta de Di María, que, como hemos explicado, tuvo un paralelismo enorme con la de Makélélé, aunque en tal caso no se puede considerar que hubiera coste deportivo. En esta ocasión creo que muchos jugadores sí tomaron nota sobre las consecuencias de conducirse así al negociar la renovación con Florentino.

A Di María, pese a ser un enorme jugador, no le fue especialmente bien después y se perdió muchas Champions que llegaron luego para el conjunto madridista. Fuera del Madrid hacía frío, al menos durante esos años de gloria.

La salida de Casillas ha sido sobradamente comentada. Cuando Iker decidió marcharse, ya no era el portero que había encandilado al Bernabéu, y las heridas sufridas por el conflicto con Mourinho y con una parte importante del madridismo seguían muy abiertas.

En este caso, la presencia de Iker ya no era positiva para nadie, empezando por él mismo. Esa rueda de prensa en el Bernabéu en la que se despidió él solo fue un error de Florentino por consentirlo, pero después supo convencer al capitán para hacer un acto al día siguiente. Hoy Casillas vuelve a estar involucrado con el club y Florentino ha conseguido cerrar las heridas del pasado.

Llegamos al momento Cristiano Ronaldo. El portugués posiblemente ha sido junto a Di Stéfano el mejor jugador de la historia del club. Su fichaje es una de las decisiones más acertadas que ha tomado Florentino, pero con dolor debo decir que también lo fue su venta.

Cristiano ya había tenido algunas tiranteces con Florentino en el pasado a propósito de las renovaciones. Cabe decir que, a diferencia de Messi con el Barça, que renovaba casi cada año, Cristiano firmaba contratos largos y no solía haber demasiado ruido.

De pronto, Cristiano fue objeto de una inspección de Hacienda que derivó en un procedimiento penal y que supuso una cuantiosa multa. Se trataba de un contencioso entre Cristiano y Hacienda en el que el Real Madrid nada tenía que ver. Cristiano reclamaba una subida de sueldo, ganaba unos veintidós millones netos, para compensar el pago de la multa. El portugués veía como en Barcelona «todos habían sido Messi», y en Florentino no encontraba el mismo apoyo económico.

La tensión iba en aumento y Florentino comenzaba a calcular que a sus treinta y tres años Cristiano ya había dado seguramente lo mejor de su carrera. El Madrid debía afrontar, ya sin Zidane, una transición casi obligatoria. Seguir con Cristiano no garantizaba seguir ganando, y dejarle marchar podía ser la última oportunidad de obtener un retorno económico.

La venta por más de cien millones supuso la mejor operación de la historia por un jugador que pasase de los treinta años. Por supuesto, hubo una pérdida deportiva importante, pero estoy casi convencido de que ese equipo ya había empezado a decaer. La mala Liga realizada era un síntoma evidente de ello.

El Madrid había ganado un dinero muy importante, el mensaje al vestuario era coherente y firme, y los madridistas no nos íbamos a comer la decadencia de un jugador tan querido ni tendríamos que pagar por ella. El único coste era perdernos algunos años buenos más que el luso siguió dando en Italia.

El corazón dictaba darle a Cristiano lo que pedía, pero la cabeza de Florentino supo ver lo mejor para el club, y de ese modo actuó. No fue la despedida ideal, ¿acaso existen cuando se trata de leyendas vigentes?, pero la relación del portugués con el club se ha ido recomponiendo con el paso de los años.

Tras salir Cristiano, cualquier otro caso iba a quedar en poco. Era como haberse quitado un enorme esparadrapo. El ejemplo era muy contundente para el vestuario.

Ya en 2021, Varane dejaría el club en una venta acordada y modélica por parte de todas las partes implicadas. Simplemente, el francés quería ganar el dinero que no había ganado en Madrid y bajar algo el nivel de presión que debía soportar. No fue traumático, y todo el mundo entendió el movimiento.

Mucho más dura fue la salida del capitán Ramos. Con Sergio, en los últimos años, era un trauma negociar cada renovación. En 2015, el camero había ganado la batalla, pero en 2019 filtró con torpeza su interés en marcharse gratis a China, y Florentino se vio obligado a enmendarle con suma elegancia en una entrevista. Ramos tuvo que desdecirse en una esperpéntica rueda de prensa en la que aseguró que jugaría gratis en el Madrid.

En 2021, Ramos estaba en una situación de precariedad que él mismo no parecía percibir. Venía de hacer una gran temporada en la Liga del confinamiento, pero, tras un primer trimestre muy bueno, se había lesionado y los problemas físicos se repetían sin cesar.

Un jugador que, gracias a su cultura del esfuerzo y a su preparación había tenido en el físico su principal aliado, de repente no podía jugar. Mientras tanto, Militão se consolidaba en el equipo titular.

A pesar de tener ya treinta y cinco años, el Madrid le ofreció un año de renovación. Sergio quería dos y seguramente más dinero cada año. Florentino puso fecha de caducidad a su oferta, y Ramos le confirmó que no la aceptaría. Fue entonces cuando el Madrid llegó a un acuerdo con Alaba y empezó a ver a Militão como el futuro de la defensa.

A Ramos el farol no le salió bien y acudió al despacho de Florentino para aceptar una oferta que ya estaba caducada. Florentino y él siempre habían

tenido la relación propia de un padre y un hijo, pero eso no iba a servir para que el Madrid tomase una decisión disfuncional.

Florentino había manejado con maestría una situación muy compleja y solventaba una salida que había elegido el propio jugador sin que en realidad quisiera irse. Desgraciadamente, el estado físico de Ramos ya nunca volvió a ser el que le permitió convertirse, probablemente, en el mejor defensa de la historia del club junto con Hierro.

La última salida complicada ha sido la de Casemiro, pero en este caso Florentino atendió el deseo del propio jugador de buscar un nuevo reto en Inglaterra. Igual que con Varane, la marcha del club fue modélica, lo cual demuestra que en la mayoría de los casos depende del jugador cómo resulte el proceso. El agradecimiento del club y del propio Florentino hacia toda una leyenda como el brasileño quedó plasmada en una despedida que fue todo emoción.

Naturalmente, también se fueron ese verano Marcelo, Bale e Isco. En los tres casos había poco que discutir y mucho que agradecer por los servicios prestados en el pasado. Actualmente, los tres jugadores han dado muestras evidentes de que ya no están preparados para rendir en la élite, pero nunca recibieron la presión del club para adelantar su salida.

Por tanto, es evidente que Florentino emplea la cabeza cuando llega el momento de decidir cada caso. Cuando la pérdida deportiva es irreparable, puede mostrarse flexible, pero solo hasta cierto punto. El perjuicio de ceder en exceso le resulta más temible que la pérdida deportiva. El mensaje al vestuario siempre es coherente, y el respeto por los contratos, aunque sean muy onerosos para el club, resulta imperativo.

A Florentino se le ha criticado desde los medios muchas veces que no sabe despedir a sus leyendas. Creo que esto resulta muy complicado cuando la propia leyenda no asume su situación. Por definición, retirarse en el Madrid debería ser algo casi imposible en la mayoría de los casos. Si estás para retirarte, no estás para jugar en el Madrid, y si estás para jugar en el Madrid, no estás para retirarte.

Salvo en casos como el de Kroos, la mayoría de los jugadores tratan de estirar sus carreras y son los últimos en asumir el declive. Florentino es muy respetuoso con los contratos, pero no regala dinero que no es suyo a los jugadores que ya no están al nivel.

El jugador que sabe escoger el momento se va por todo lo alto y con el homenaje del club y del madridismo. Eso ha quedado claro con los ejemplos de Casemiro, Marcelo o Varane.

El nuevo Bernabéu

Hacía muchos años, Santiago Bernabéu había imaginado que, pese al mediocre equipo que tenía el Madrid por aquel entonces, la mejor idea era construir un gran estadio que diese cabida a muchos más aficionados para que apoyasen a ese equipo tan golpeado por la Guerra Civil. Muchos opinadores de la época se rieron imaginando que las gradas estarían vacías. Nadie querría ver a ese equipo.

Los socios del Real Madrid se responsabilizaron de la decisión del presidente y apoyaron la medida incluso con sus ahorros personales. Bernabéu emitió bonos que fueron suscritos por familias de clase media. Pocos años después, el Santiago Bernabéu se convirtió en el templo que contempló a los mejores jugadores del mundo y disfrutó de ellos. Bernabéu había pensado a lo grande y con el aumento de los ingresos pudo traer a jugadores como Di Stéfano, Gento, Puskas, Rial o Kopa que cambiaron la historia del Madrid para siempre.

Florentino conocía y admiraba esa historia y, fiel a ella, entendió que el Bernabéu necesitaba una reforma importante que volviese a suponer el motor de arranque económico para el club.

Cuando presentó su proyecto en 2019 muchos volvieron a reír. Con aquel techo retráctil que costaba tanto dinero, aquello parecía una nave espacial. Aquellos críticos, inconscientes de que los *cracks* del mañana iban a poder llegar gracias a los ingresos que generaría el nuevo Bernabéu, miraban el dedo y no la luna. En un contexto en el que los clubes-Estado lo dominan absolutamente todo desde el punto de vista económico, la única manera que había encontrado Florentino de competir contra ellos, al margen de la Superliga que comentaremos luego, era aumentar los ingresos del club poniendo su patrimonio en valor.

De nuevo, la decisión de tener un estadio en el centro de la ciudad había sido determinante para la prosperidad del club. El objetivo de este nuevo

proyecto era aumentar significativamente los ingresos una vez que la reforma estuviese rematada.

El club solicitó, con la aprobación de sus socios compromisarios, un primer crédito de 525 millones de euros a un tipo de interés muy competitivo, y así comenzó una obra que no iba a impedir disputar partidos en el recinto madridista. Evidentemente, la llegada de la pandemia, con la consiguiente desaparición del público de las gradas, motivó al club a trasladarse al Di Stéfano y así avanzar más rápido con las obras.

El Real Madrid solicitó un segundo crédito de 225 millones de euros para construir el hipogeo. Este innovador sistema le daba sentido a todo, puesto que permitía que el césped fuese retráctil y de esa forma poder retirarlo y mantenerlo en perfectas condiciones cuando en el Bernabéu hubiera cualquier evento que le permitiese facturar al Madrid en los días en que no hubiera partido.

La idea era convertir el estadio en un centro de ocio, y por tanto también de facturación, para todos los días del año. Con el techo y el césped retráctiles, esto era posible en su máxima expresión.

El Madrid alcanzó un acuerdo con Legends, empresa especializada en la explotación de recintos deportivos, para maximizar esta nueva línea de negocio. A cambio de 360 millones de euros, el Madrid cedía el 30 por ciento de los nuevos ingresos durante un periodo de veinte años.

Al margen de la importante inyección económica que esto suponía, resultaba evidente que el Madrid se estaba asociando a un líder en el sector que iba a saber explotar un negocio en el que el conjunto madridista no está especializado.

A cambio de un dineral, el Madrid cedía por un tiempo acotado un porcentaje de los ingresos que se iban a generar en aquellos días que no había partido.

Es muy probable que pronto empecemos a ver cómo se celebran en el Santiago Bernabéu otras competiciones deportivas, conciertos, ferias y eventos de toda índole que dejarán de forma recurrente importantes beneficios para el club.

Todo ello ha sido posible con una financiación óptima y con un periodo de carencia que permite empezar a pagar las cuotas cuando lleguen los nuevos ingresos.

Poco a poco, los mayores detractores del proyecto han ido reculando. Es cierto que el Madrid se ha movido en los últimos años de forma muy austera, pero esa estrategia no se debe exclusivamente a la reforma del estadio, sino a

una pandemia que ha arruinado a muchos clubes mientras el Madrid sobrevivía con beneficios.

Seguramente, los mayores elogios para Florentino por el proyecto del nuevo Bernabéu llegarán cuando ya no sea presidente pero sí se puedan apreciar los frutos de su decisión. Dentro de diez años, el Madrid seguirá siendo puntero en lo económico gracias a Valdebebas y el Santiago Bernabéu. Otros clubes irán como casi siempre con retraso en relación con el Real Madrid.

Al margen de lo directamente económico, el Real Madrid, con su nuevo estadio, está agrandando un icono. La obra, desde el punto de vista arquitectónico, promete ser espectacular y vanguardista. Eso también es hacer marca Real Madrid y probablemente muchas empresas van a aumentar su interés en asociarse al conjunto madridista.

La transición

Las salidas de Cristiano y Zidane tras la conquista de la Decimotercera, unidas a la edad de algunos futbolistas capitales, forzaban al madridista a contemplar una transición obligada para el club.

Ya se sabe que ese término no es comúnmente aceptado dentro del madridismo, y por tanto alguien siempre va a pagar el pato si se acaba produciendo, pero resultaba inevitable aceptar que el proyecto tenía que dar un paso atrás para volver a dar varios hacia delante. Detectar estos momentos y aceptarlos resulta crucial para la salud de un club.

La renuncia de Zidane parecía la oportunidad perfecta para apostar por otro proyecto completamente diferente. Las de Cristiano y Zidane eran bajas demasiado sensibles como para pretender seguir ganando de la misma forma. La última Liga era sintomática. Se trataba de un equipo campeón, pero cansado para el día a día.

El Mundial que se disputó en verano y que exigió mucho de algunos jugadores era una señal más. Es especialmente llamativo el caso de Modrić, que llegó a la final vaciándose física y emocionalmente.

El Madrid valoraba a varios candidatos para ocupar el banquillo, pero resultaba evidente que lo de Zidane había cogido por sorpresa a Florentino. Su cara lo decía todo en aquella inolvidable rueda de prensa de despedida.

Allegri era el entrenador mejor colocado para suceder al francés, pero la Juventus le pidió continuar y Max no se supo negar. Entrenar al Madrid siempre es un privilegio, pero entrenar a ese Madrid pos-Cristiano y Zidane era más bien un marrón. Resultaría casi inevitable obtener menos triunfos.

Finalmente, Florentino pensó en Lopetegui. Tenía sentido. Era un entrenador que lo estaba haciendo realmente bien con la selección y además contaba con la confianza de un núcleo importante del equipo. El vasco era de la casa y podía apostar por un juego combinativo que casaba bien con esa plantilla que ya no tendría como punta de lanza a Cristiano.

Florentino llamó al nuevo presidente de la Federación, Rubiales, quien le dio su aprobación. La idea era que Lopetegui se incorporara tras acabar su andadura con España en el Mundial. Cuando se anunció el fichaje, gran parte de la prensa montó en cólera. La Federación había emitido un comunicado en el que dejaba claro que todo era de mutuo acuerdo, pero tardó poco en borrarlo.

Rubiales no supo encajar la presión mediática y despidió a Lopetegui, con lo que puso en duda su profesionalidad. Sin embargo, no fue tan valiente para criticar la actuación del Real Madrid.

En la presentación de Lopetegui, Florentino hizo un importante ejercicio de contención y trató de no hacer demasiado hincapié en el desagradable incidente que se había producido en los últimos días. Supongo que la mala experiencia vivida durante el Villarato le invitó a tratar de empezar con mejor pie en el Rubiliato.

El fichaje más relevante era el gigante Courtois, que iba a dejar en la suplencia a Keylor Navas. También iba a ser la primera temporada de Vinicius tras su fichaje casi dos años atrás.

En el aspecto negativo, el Madrid trajo de vuelta a Mariano tras un gran año en Francia. El contrato firmado por cinco temporadas ha sido una hipoteca para el club, dado el rendimiento del delantero catalán. El salario ha sido siempre un problema para encontrarle una salida al delantero.

El Madrid de Lopetegui empezó perdiendo la Supercopa de Europa ante el Atlético de Madrid tras desaprovechar un 2-1 que le daba ventaja hasta los últimos minutos.

El comienzo en la Liga y la Champions fue bastante positivo. El Madrid jugaba muy bien con un Bale que se sintió durante unas semanas el líder del grupo. Parecía uno de esos equipos obsesionados con el control y la posesión, pero los goles caían igualmente. Al rival le costaba mucho recuperar el balón.

Sin embargo, Lopetegui empezaba a gestionar mal algunos asuntos en el vestuario. Esos problemas, en algún caso, llegaban al despacho de Florentino, quien se incomodaba por la falta de liderazgo que evidenciaba el vasco.

El técnico del Madrid tampoco estaba sabiendo gestionar bien la llegada de Vinicius. Era lógico que, recién llegado de Brasil, pasase por el Castilla, pero Julen apenas disimulaba su poca fe en el brasileño. El término «falto de cocción» se entendió de forma muy peyorativa teniendo en cuenta que Vinicius era un proyecto muy ilusionante para el Madrid.

Cuando un entrenador llega al Real Madrid debe saber que no prima solo su criterio técnico. Hay otras variables que son determinantes y que no le

tienen por qué desautorizar. Alinearse con la estrategia del club supone la mejor receta para que la esperanza de vida en el banquillo se prolongue más allá de una temporada.

Lo cierto es que los malos resultados no tardaron en llegar y fueron el detonante para la destitución de Lopetegui el 28 de octubre. El comunicado fue de una dureza tremenda.

«La Junta Directiva del Real Madrid C. F., reunida hoy, 29 de octubre de 2018, ha acordado resolver el contrato que vinculaba al entrenador Julen Lopetegui con el club. Esta decisión, adoptada desde la máxima responsabilidad, tiene como fin cambiar la dinámica en la que se encuentra el primer equipo, cuando aún son alcanzables todos los objetivos de esta temporada.

»La Junta Directiva entiende que existe una gran desproporción entre la calidad de la plantilla del Real Madrid, que cuenta con ocho jugadores nominados al próximo Balón de Oro, algo sin precedentes en la historia del club, y los resultados obtenidos hasta la fecha.

»El club agradece a Julen Lopetegui y a todo su equipo técnico el esfuerzo y el trabajo realizado, y les desea lo mejor en su carrera profesional.

»Será sustituido provisionalmente por Santiago Solari, quien dirigirá al primer equipo a partir de mañana martes».

Era tan verdad que esa plantilla contaba con ocho candidatos al Balón de Oro como que ya no estaban ofreciendo un rendimiento acorde a tal distinción. A Modrić se le veía asfixiado, Marcelo se había caído sin avisar, y en general el equipo estaba en la misma línea que la Liga pasada. Si Zidane había desistido era por algo. Ahora era más fácil entenderlo.

Que el comunicado fuera excesivamente duro no implica que Lopetegui acertase ni en el aspecto deportivo ni en el político. En todo momento pareció desbordado. Quizás le habían sucedido demasiadas cosas traumáticas en poco tiempo.

Solari asumió la dirección, primero de manera provisional y después con vocación de permanencia. Pronto cambió la forma de gestionar la plantilla y dio preponderancia a los jugadores que estaban en mejor forma con independencia de su currículum.

El Madrid comenzó a ser un equipo poco preciosista, pero mucho más efectivo. Vinicius empezaba a ilusionar al madridismo con su desborde, y conocimos a Reguilón, a Llorente y a Fede Valverde. Era muy sencillo: jugaban los que mejor estaban.

El Madrid logró ganar el Mundial de Clubes con un gran Gareth Bale y un enorme Marcos Llorente. Parecía que las cosas poco a poco se iban reconduciendo, aunque algunos jugadores, antes imprescindibles, se estaban quedando por el camino. Isco y Marcelo apenas aparecían por las alineaciones dado su mal estado físico, y Modrić rotaba mucho más de lo habitual.

Aparte de Vinicius y otros jóvenes, la gran noticia era el paso adelante que había dado Benzema. Tantos años trabajando desde la sombra para Cristiano le habían hecho un jugador de enorme valor para la plantilla, pero ahora le tocaba liderar al equipo y lo estaba haciendo de la mejor manera posible.

Entonces llegaron unos cuantos días fatídicos para este proyecto emergente. El Madrid tenía un partido de Liga contra el Barça y una eliminatoria de Copa contra el mismo rival. En el partido de ida en el Camp Nou empató, aunque mereció mucho más, y en la vuelta fue bastante superior, pero acabó llegando la derrota y la consecuente eliminación.

También perdió el partido de Liga en el Bernabéu de una manera muy frustrante, pero quedaba la Champions. El resultado de ida ante el Ajax había dejado un resultado tan bueno como engañoso. Ramos había hecho un partidazo y había evitado la derrota. Ese 1-2 era oro, y Ramos asumió que se podía limpiar de tarjetas, perdiéndose la vuelta, para lo que quedaba de Champions.

En el Bernabéu, todo lo que podía salir mal salió peor. Lucas y Vinicius se lesionaron, Varane remató de cabeza al larguero, y el Ajax pasó por encima del Madrid dejándolo en pocos días fuera de las tres competiciones que ambicionaba.

Tal era el desánimo que los madridistas empezamos a temer que la clasificación para la siguiente Champions peligrase. Florentino entendió que las cosas no podían seguir así y sorprendió a todos convenciendo a Zidane para que volviese. Mientras la prensa apuntaba a Mourinho, Florentino estaba pensando en el francés.

Zidane volvía con ánimo renovado tras un descanso y con más atribuciones en la dirección deportiva. Creo que le quería hacer un favor a Florentino, porque tenía muy poco que ganar y sí bastante que perder. Se trataba de un entrenador que aún no había caído en una eliminatoria en la Champions. Considero que en su despedida había habido más cabeza que madridismo, pero ahora era precisamente todo lo contrario.

Creo que poco se le podía discutir a Solari en su labor al frente del banquillo. Había capitalizado al equipo con jugadores jóvenes que dejaron

mucho dinero en el club o que tiempo después se han convertido en jugadores fundamentales. También el argentino había dejado claro qué jugadores ya no tenían futuro en el club.

Zidane, tras su vuelta, recuperó a ciertos jugadores que habían sido casi apartados por Solari. Incluso al expedientado Isco. No extrañaba esta amnistía en alguien como Zidane, aunque fue un error por su parte, ya que quizás impidió que estos jugadores buscaran desvincularse del club antes de rematar sus contratos.

El Madrid recuperó ciertas sensaciones, pero se limitó a cumplir objetivos mínimos hasta el final de temporada. El primer proyecto de la segunda etapa de Zidane iba a ser el que se desarrollaría al año siguiente, y el club estaba dispuesto a realizar una fuerte inversión para revitalizar al equipo.

Hazard, un viejo deseo de Zidane y Florentino, por fin iba a llegar ese verano por una enorme cantidad de dinero. El belga era en ese momento uno de los mejores jugadores del mundo, pero aterrizaba en Madrid con veintiocho años. Un poco al límite de lo que le gustaba al nuevo Florentino.

El Madrid también iba a fichar a Militão, Jović, Mendy y Rodrygo. Este último era otro ejemplo de la nueva política de fichajes y prometía mucho, igual que Vinicius.

La inversión del Madrid era enorme. La más alta probablemente de su historia en una sola temporada. Hazard llegó algo pasado de peso al Madrid, pero poco a poco fue cogiendo el ritmo. A comienzos de otoño, el Madrid comenzaba a jugar realmente bien al fútbol y los resultados iban fluyendo. Hazard deslumbraba con su capacidad de desborde y su habilidad asociativa, pero en un gran partido ante el PSG su compatriota Meunier le lesionó de gravedad y el Madrid se despidió para siempre del gran *crack* que había fichado. A pesar de jugar más partidos, nunca ha vuelto a ser el mismo y hoy debemos asumir que se trata del peor fichaje en la historia del club si atendemos al precio pagado.

En el mes de enero el Madrid logró ganar la primera Supercopa de España tras los cambios promovidos por Rubiales y Piqué. Era un título menor, pero el nuevo formato le daba mucho más atractivo y sumar títulos en época de sequía siempre es positivo.

El Madrid marchaba bastante bien, pero sin entusiasmar a nadie. Parecía un equipo capaz de volver a competir por la Liga, pero que aún estaba verde para jugar en Europa contra los mejores. Algo así se evidenció en el partido de ida contra el Manchester City en el que el Madrid cayó 1-2 y se sintió inferior.

En la Liga, el Madrid ganó el clásico liguero ante el Barça y tropezó después contra el Betis, perdiendo el liderato, cuando de repente llegó el coronavirus y nuestras vidas se pararon.

Durante el confinamiento, el Madrid tuvo una actitud absolutamente elogiabile. Además de ayudar económica y logísticamente, el Madrid no hizo uso de los ERTE y mantuvo a todos sus trabajadores en sus puestos de trabajo a pesar de la caída de ingresos.

El Madrid fue absolutamente leal con los patrocinadores que a causa de la pandemia no pudieron atender sus obligaciones de pago con el club. Gracias a esa coherencia y austeridad, el Madrid logró que sus jugadores asumieran una rebaja salarial que fue seguida también por los ejecutivos del club. Un sacrificio que un humilde socio del club como yo agradecerá siempre. Durante ese verano, Florentino tuvo que asumir ventas dolorosas y fue el único gran club junto al Bayern que sobrevivió a la pandemia sin pérdidas.

A pesar de dejar de percibir cientos de millones de ingresos durante casi tres temporadas, el Madrid salió reforzado de la pandemia en comparación con el resto de los grandes clubes del mundo, que acumularon números rojos.

Cuando acabó el confinamiento, todavía había una Liga que disputar. Florentino ordenó que se jugase en el Di Stéfano para acelerar las obras, y el Madrid protagonizó una enorme gesta al alzarse con la Liga tras diez victorias seguidas.

En la vuelta de los octavos de Champions, el Madrid compitió ante el City, pero un gran rival y la peor noche en la vida de Varane le impidieron pasar de ronda. El Madrid había demostrado ser un equipo inferior al conjunto entrenado por Guardiola.

La primera temporada de la segunda etapa de Zidane se había saldado con una Liga y una Supercopa. No estaba nada mal, dado que el equipo se encontraba en un periodo de transición y había vuelto a tocar metal muy pronto.

Coherente con la austeridad que se le había pedido a la plantilla, el Madrid solo recuperó a Odegaard durante ese verano. Fue una petición expresa de Zidane, que quiso adelantar la llegada del noruego a pesar de que existía un acuerdo verbal con la Real Sociedad para un segundo año de cesión.

Lograr la segunda rebaja salarial exigió más esfuerzo a Florentino, pero finalmente se logró con la mayoría de los jugadores, aunque el ambiente empezaba a estar enrarecido por la negociación para la renovación de Ramos.

El Madrid comenzó muy mal la temporada y vio como el Atleti se distanciaba pronto en la Liga. En la Champions, además, había un verdadero problema, y el Madrid corría peligro de quedarse fuera, por primera vez en su historia, de los octavos de final.

Fue en ese momento cuando empezaron a llegar las filtraciones de que Zidane caería en caso de que fuesen eliminados. Esto marcó completamente al francés, que sin embargo disimuló su decepción.

Lo cierto era que el equipo no estaba funcionando bien y Zidane no estaba logrando sacar un gran rendimiento de los jóvenes. La responsabilidad seguramente era compartida, pero desde la cúpula del Madrid no se entendían algunas decisiones de su entrenador.

Que el rendimiento no fuera bueno y que el despido en caso de eliminación fuera probable no me impide pensar que ese tipo de filtraciones siempre se deben evitar, más cuando es una leyenda la que se sienta en el banquillo. Creo que el gesto de volver al club por parte de Zidane y su currículum merecían otro tratamiento mucho más empático.

El caso es que Zidane se aferró a su guardia pretoriana y comenzó a sacar los partidos adelante. Las lesiones se acumulaban en el equipo, pero el ejercicio continuo de resiliencia era innegable. Empezamos a descubrir a Militão, hasta entonces inédito. Vinicius comenzó a despegar, lo mismo que Valverde, y los veteranos volvieron a ofrecer su mejor nivel.

Cada semana había una nueva baja que mermaba al equipo, pero la actitud era inmejorable. Nunca me sentí tan orgulloso como madridista, a pesar de que no se iban a ganar títulos. Competir sin atender a las circunstancias era lo que estaba haciendo el Madrid.

En la Liga, una serie de errores arbitrales le privaron de culminar una remontada impresionante ante el Atleti, que finalmente fue campeón. El Madrid había peleado hasta el final. Incluso en la última jornada tuvo sus opciones.

En la Champions, tras eliminar al Atalanta y al Liverpool con exhibición de Vinicius, cayó en semifinales ante el Chelsea, que acabó convirtiéndose en el campeón de Europa. Más no se podía pedir dadas las circunstancias, aunque Zidane erró algún planteamiento en aquella eliminatoria, en la que Vinicius jugó en Londres de carrilero derecho, Ramos de central estando cojo, y Hazard estuvo sin estar en el campo durante demasiado tiempo.

La temporada terminó con la salida de Sergio Ramos, ya explicada, y la sorprendente renuncia de Zidane.

El técnico francés iba a convertirse en el primer entrenador en sobrevivir a una temporada sin títulos, pero las filtraciones a la prensa no habían caído en saco roto y hacía bastante tiempo que Zizou había tomado la decisión de irse.

Lo que había sido un rumor durante toda la temporada se convirtió en realidad y la relación con Florentino, por primera vez, parecía comprometida de verdad.

«Ahora he decidido marcharme y quiero explicaros bien las razones. Me voy, pero no me tiro del barco y no estoy cansado de entrenar. En mayo del 2018 me fui porque después de dos años y medio con tantas victorias y tantos trofeos sentía que el equipo necesitaba un nuevo discurso para mantenerse en lo más alto. Hoy las cosas son diferentes. Me voy porque siento que el club ya no me da la confianza que necesito, no me ofrece el apoyo para construir algo a medio o largo plazo. Conozco el fútbol y conozco la exigencia de un club como el Madrid, sé que cuando no ganas te tienes que ir. Pero aquí se ha olvidado una cosa muy importante, se ha olvidado todo lo que he construido en el día a día, lo que he aportado en la relación con los jugadores, con las ciento cincuenta personas que trabajan con y alrededor del equipo. Soy un ganador nato y estaba aquí para conquistar trofeos, pero más allá de esto están los seres humanos, las emociones, la vida, y tengo la sensación de que estas cosas no han sido valoradas, de que no se ha entendido que así también se mantiene la dinámica de un gran club. Incluso, de cierta forma, se me ha reprochado».

Este es solo un extracto de la durísima carta de despedida del francés. Florentino, a pesar de la dureza de Zidane, nunca le reprochó nada en público. Afortunadamente, me consta que hoy en día la relación se ha restablecido y reina la paz. La gala del Balón de Oro de Benzema dejó imágenes para la esperanza.

El Madrid debía volver a buscar entrenador y de nuevo lo hacía sin tener esa obligación prevista en sus planes.

La Superliga

Florentino llevaba muchos años preocupado por el papel de la UEFA a la hora de organizar el fútbol europeo. Desde hacía bastantes años, el presidente madridista había promovido que los grandes clubes de Europa se uniesen con el objetivo de realizar planteamientos que mejorasen el fútbol.

Florentino estaba muy alarmado con la irrupción de los clubes-Estado por la inflación y la burbuja que provocaban al inyectar continuamente dinero que no eran capaces de generar por sí mismos y que por tanto lo desvirtuaba absolutamente todo.

La idea de la Superliga, por tanto, era algo que se iba tejiendo en su cabeza, y el paso del tiempo no dejaba de reforzarle en su idea. El fútbol, como oferta de ocio, comenzaba a sufrir un retroceso entre la juventud ante la proliferación de otras alternativas de entretenimiento que resultaban más asequibles.

La UEFA desoía cualquier contribución por parte de los clubes que compartían esta preocupación, y la tensión iba en aumento al mismo ritmo que se iban rompiendo los puentes para el entendimiento.

En la primavera de 2021, la UEFA se proponía anunciar un nuevo formato para la Champions que iba a consistir en que se jugasen más partidos con el objetivo de conseguir algo más de dinero. Quien parte reparte y se lleva la mejor parte. La UEFA era la que más ganaba con el nuevo formato, y los clubes de la Superliga comprobaban con estupor cómo no se atendían sus reivindicaciones.

Para entonces, Real Madrid, Barcelona, Atlético de Madrid, Inter de Milán, Milan, Juventus, Tottenham, Arsenal, Chelsea, Liverpool, Manchester City y Manchester United ya se habían organizado y acababan de constituir la sociedad mercantil que sustentaría la Superliga.

La propuesta era comenzar una competición en la que estuvieran quince miembros permanentes y cinco más que se ganarían el acceso por méritos deportivos aún no especificados.

Con grandes partidos todas las semanas, la calidad del producto mejoraría y atraería más espectadores y recursos económicos. La Superliga preveía ya entonces un mecanismo de solidaridad que mejoraba por bastante el de la UEFA.

Se trataba de un formato semicerrado en el que desaparecía la UEFA como intermediario. Todos los recursos llegarían a los clubes, que se impondrían normas que limitasen las inversiones que podían realizar.

La propuesta no fue explicada de la mejor manera. Uno esperaba una mejor comunicación de los aspectos clave que podían ser criticados por la oposición. Tampoco Florentino fue bien asesorado en cuanto al mejor sitio para explicarse. En lugar de un programa de televisión, habría cabido esperar una gran rueda de prensa en un hotel y con los otros once presidentes escoltando a Florentino. La imagen fue algo desoladora.

La UEFA, la FIFA, las Federaciones, las Ligas nacionales y los Estados se organizaron para oponerse con virulencia y dos días después todos los equipos renunciaron públicamente a la Superliga excepto la Juventus, el Barcelona y el Real Madrid. La presión había sido terrible, pero también lo fue la deslealtad y la falta de liderazgo de muchos presidentes que habían abandonado la idea públicamente demasiado pronto.

La falta de compromiso después de tantos años negociando un contrato vinculante seguro que decepcionó a Florentino, quien insistía en que el acuerdo firmado no era rescindible sin mediar una gran indemnización por cada club desertor.

La Superliga ha sabido protegerse judicialmente de las amenazas de Ceferin y hoy en día se encuentra a la espera de la sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea, que debe resolver si la UEFA está actuando como un monopolio que va en contra de los principios inspiradores de la Unión Europea, limitando la existencia de una competición como la Superliga.

El decálogo publicado recientemente incorpora como principal novedad la existencia de un formato completamente abierto que potencie las ligas nacionales como vía de acceso a la competición.

Se mantienen el resto de los principios inspiradores. La existencia de un *fair play* financiero real, la solidaridad con el fútbol formativo y femenino, la transparencia y la generación de mayores recursos a través de la protección y mejora del producto.

Resulta de nuevo curioso el paralelismo con Bernabéu. Don Santiago había creado setenta años antes la antigua Copa de Europa en comunión con

la UEFA y *L'Équipe*. La capacidad visionaria del presidente madridista le había llevado a dar el paso para hacer más grande el deporte rey. También se había encontrado con la oposición del mundo del fútbol por aquel entonces. Es curioso cómo el *establishment* siempre se opone a los cambios que pueden suponer un nuevo paradigma.

Tuve la fortuna de poder hablar durante un rato con una persona importante en el Real Madrid sobre qué inspiraba al club a la hora de promover la Superliga. La respuesta fue muy clara. Había tres asuntos que el Madrid debía combatir.

Por un lado, estaban los clubes-Estado y la Premier League, que *de facto* ya era una Superliga. Ante el poderío económico que mostraban, en el largo plazo iba a ser imposible competir. El Madrid podría hacerlo durante más tiempo que nadie, pero al final acabaría sucumbiendo si cada Estado compraba uno o varios clubes y la Premier seguía generando muchos más recursos por disfrutar de un contexto sociopolítico mucho más favorable.

Este primer problema no sería tan relevante si el regulador del mundo del fútbol, la UEFA, hiciese respetar su propia normativa. Era sonrojante comprobar como el PSG y el Manchester City incumplían repetidamente la normativa de control financiero sin pagar las consecuencias.

Además, la UEFA seguía promoviendo unos formatos que no estaban funcionando y lo controlaba todo con mano de hierro y malas formas. Ceferin no era precisamente un mandatario con la mente abierta a nuevas propuestas.

La tercera causa era que el fútbol estaba en crisis como producto y también desde el punto de vista económico. La pandemia había terminado de agravar la situación. Era imperativo atraer nuevos ingresos con una gobernanza más transparente y un mejor producto. Por eso, el formato propuesto tiene como objetivo que haya grandes partidos todas las semanas en lugar de que se den de manera ocasional.

Estas tres amenazas no han hecho más que confirmarse con el paso del tiempo, y algunos clubes comienzan a reconocerlo en la intimidad. Una resolución positiva por parte del Tribunal Europeo puede suponer el pistoletazo de salida para que, ya sin miedo a sanciones o represalias, los clubes decidan hacerse dueños de su destino. Quizás lo más integrador sería incluir a la UEFA, pero para ello seguramente Ceferin deba dar un paso a un lado.

En cualquier caso, la idea de la Superliga está más viva que nunca porque los principios que la inspiran ya no son coyunturales.

La Decimocuarta

La salida de Zidane había dejado un enorme vacío que convenía solucionar. También Varane salía del club, y Sergio Ramos había protagonizado una despedida algo abrupta.

El entrenador mejor colocado volvía a ser Allegri, pero la Juventus llamó a su puerta y el italiano optó por la solución conservadora. Pochettino siempre sonaba cuando se hablaba de candidatos al banquillo del Madrid, pero su compromiso con el PSG le retenía en París.

Entonces Ancelotti, entrenador por aquel entonces del Everton, llamó a José Ángel Sánchez para interesarse por algún jugador que el Real Madrid estuviera dispuesto a vender. Cuando la conversación acababa, Ancelotti le preguntó cómo iba la búsqueda del nuevo entrenador. Debió de percibir dudas en el director general del Madrid, porque lo que hizo a continuación fue ofrecerle sus servicios. José Ángel le preguntó sorprendido si podía desvincularse del Everton, a lo que Carlo contestó muy seguro que solo necesitaba cinco minutos.

Así se fraguó la vuelta de Ancelotti al Real Madrid. El club tenía bastante claro lo que había fallado en la temporada 14-15 y para solventarlo fichó a Antonio Pintus como preparador físico del club. Con independencia del inquilino que tuviese el banquillo en cada momento, el italiano lideraría esa parcela. Ancelotti aceptó el trato encantado y se mostró muy agradecido por la oportunidad de volver que le daban.

Florentino había dejado atado a Alaba, que llegaba libre con el objetivo de formar pareja con Militão. El objetivo era que no se echasen demasiado en falta a Ramos y Varane.

El objeto de deseo claro del verano era Mbappé, pero, pese a realizar una oferta muy importante en los últimos días del verano, el PSG ni siquiera contestó a la propuesta del presidente del Real Madrid. No cabía duda de que la iniciativa de la Superliga había creado una fricción entre los clubes. Al-

Khelaïfi se había alineado claramente con Ceferin y era el presidente de la ECA.

Mbappé se había convertido en una obsesión para gran parte del madridismo, y Florentino lo había intentado hasta el último día. Más no se podía pedir. Tocaba esperar que pudiera firmar pocos meses después una vez que quedase liberado de su contrato.

El hecho de no fichar a Mbappé permitió reactivar una operación que estaba en suspenso: la contratación de Camavinga. El francés estaba realmente cerca de irse al Manchester United, pero la entrada en escena del Madrid le convenció de manera casi instantánea. Juni Calafat había hecho un gran seguimiento del jugador, y su trabajo estaba dando sus frutos justo en ese preciso momento.

Sin Mbappé, había dudas legítimas sobre el techo real de ese equipo. Los jóvenes aún eran demasiado jóvenes y los veteranos, que ya llevaban dos años con dificultades en Europa, tenían un año más. El objetivo claro era ganar la Liga y competir en la Champions.

La mejor noticia del principio de la temporada era la irrupción definitiva de Vinicius. Había marcado saliendo desde el banquillo en los partidos ante el Alavés y el Levante, y Ancelotti le empezó a otorgar la titularidad en detrimento de un decepcionante Hazard.

Con Vinicius en modo goleador, Benzema ya no era el único que debía responsabilizarse en esa faceta. Resultaba fundamental agregar un segundo elemento en el ataque. El techo del equipo iba a crecer al mismo ritmo que el nivel de Vinicius. Eso estaba muy claro.

El comienzo de temporada fue bastante bueno, aunque el equipo pasó por un bache importante tras encadenar dos derrotas ante el Sheriff y el Espanyol. Sin embargo, el Madrid, tras un cambio esquemático llevado a cabo por parte de Ancelotti que desistió de la presión alta, comenzó a enderezar la temporada.

La clasificación como primero de grupo en la Champions ya era un hecho, y en la Liga el Barça y el Atleti se dejaban muchos puntos. Solo el Sevilla parecía seguir de cerca el ritmo de puntuación del Madrid de Ancelotti. La Liga comenzaba a tener muy buena pinta.

En el sorteo para los octavos de la Champions, contemplamos un nuevo ridículo de la UEFA. Un error obligó a repetir el sorteo cuando al Madrid le había tocado un rival asequible como el Benfica. El destino suele ser cruel en este tipo de asuntos, y la repetición deparó un Real Madrid-PSG con Mbappé como protagonista.

La mayoría de las personas que informamos sobre el Real Madrid dábamos por hecho que Mbappé para entonces ya habría firmado por el equipo blanco, dado que el verano anterior había manifestado su deseo de manera muy clara.

Antes de la eliminatoria, el Madrid ganó la Supercopa de España batiendo al Barcelona en semifinales y al Athletic en la final. Era el primer título de la segunda etapa de Ancelotti al frente del Real Madrid. No era un mal comienzo.

En el partido de ida, el PSG fue muy superior y un gol de Mbappé en las postrimerías del encuentro desniveló la eliminatoria. Daba la sensación de que el PSG era un equipo bastante superior al Madrid. Era duro de asumir, pero Mbappé marcaba la diferencia.

El Madrid continuaba encarrilando la Liga y ante la Real Sociedad dejó uno de los mejores partidos de la temporada. Tras la goleada, y como previa de la vuelta ante el PSG, se creó un ambiente especial que yo llevaba tiempo sin vivir en el Bernabéu. Era una especie de conjura entre el público y el equipo. Fue realmente especial.

En el partido de vuelta, hasta el minuto sesenta la superioridad del PSG había vuelto a quedar de manifiesto. Mbappé había marcado un gol legal y otros dos en fuera de juego que fueron convenientemente anulados. Ancelotti dio entrada a los jóvenes para buscar el milagro, lo que aceleró el ritmo del partido. Gracias a la forma en que Benzema presionó al portero visitante, el Madrid se enganchó al partido y a la eliminatoria. El error de Donnarumma acabó con gol de Benzema y todo cambió. El Madrid entró en estado de trance y el PSG se derrumbó ante los acontecimientos.

El Madrid había sido netamente inferior durante ciento cincuenta minutos y ahora sometía a un PSG sobrepasado por lo que se le venía encima. Benzema logró igualar la eliminatoria tras un pase de Modrić y en la jugada siguiente directamente la desniveló ante el asombro del mundo entero.

De ahí hasta el final todo fue corazón y determinación en el Madrid, que no se planteó dar ni un paso atrás. Muchos madridistas y yo queríamos quedarnos a vivir eternamente en aquella noche del 9 de marzo de 2022 en la que el Madrid hizo un guiño al pasado protagonizando una remontada épica.

La ilusión se desató en el madridismo, pese a que días después el Barça goleó en el Bernabéu a un cansado Real Madrid que ya tenía la Liga casi asegurada y que por ello afrontó el partido con una enorme distensión.

En los cuartos de final, el Madrid se impuso ante el Chelsea después de ver cómo el conjunto inglés le remontaba el 1-3 cosechado en Londres. En el

Bernabéu, el club londinense llegó a estar con una ventaja de tres goles, pero de nuevo Ancelotti supo cambiar el destino fatal de la eliminatoria haciendo entrar en el campo a los jóvenes. Primero Rodrygo, tras un pase magistral de Modrić, y después Benzema, con asistencia de Vinicius, le dieron la vuelta a la eliminatoria. Rodrygo y Camavinga estaban resultando fundamentales para el Madrid. Era la segunda remontada del equipo cuando todo parecía perdido.

La eliminatoria de semifinales ante el City de Guardiola prometía ser espectacular. En el partido de ida los *sky blues* fueron muy superiores, pero Benzema y Vinicius lograron que el Madrid se fuera con un solo gol de desventaja. El 4-3 definitivo de Benzema, que anotó de penalti, fue un gran resumen de la grandeza con la que jugaba ese equipo. La ejecución al estilo Panenka era un mensaje para todo el mundo.

Antes del partido de vuelta, el Madrid se aseguró la Liga ante el Espanyol con una goleada muy solvente. Rodrygo estaba viviendo un gran momento y se encontraba muy inspirado desde su gol salvador ante el Chelsea. El Madrid parecía mejor equipo cuando los jóvenes entraban al campo. La apuesta de Florentino por este tipo de fichajes estaba empezando a dar sus mejores frutos.

El partido ante el Manchester City en el Bernabéu fue mucho más igualado que el de ida. El Madrid atacaba con decisión y lo mismo hacían los ingleses. De hecho, el gol que adelantó al equipo de Guardiola fue algo cruel, porque llegó en el momento en el que el Madrid estaba más cerca de adelantarse.

El Bernabéu no perdió la esperanza y Ancelotti volvió a realizar los mismos cambios que le habían funcionado anteriormente. El Madrid planteó los últimos minutos a cara o cruz. Le iba a permitir atacar al City a cambio de poder atacar con muchos jugadores también él mismo.

Fue entonces cuando Courtois, por partida doble, y Mendy salvaron ocasiones casi *in extremis* que hubieran sentenciado la eliminatoria. En el minuto 89 casi nadie creía ya en el milagro, pero un pase de Camavinga a Benzema con dejada del francés a Rodrygo encendió la mecha. Habían logrado empatar el partido y, a falta de igualar la eliminatoria, el Bernabéu festejó casi de la misma manera los seis minutos de descuento decididos por el árbitro.

Un minuto después, Carvajal colgó un centro y Rodrygo remató de cabeza como nunca para igualar la eliminatoria y volvernos absolutamente locos a todos. No nos lo podíamos creer.

En la prórroga, Benzema forzó un penalti y él mismo lo convirtió poniendo por delante al Madrid. Tras resistir veinticinco minutos hasta el final, el Madrid celebró como nunca la clasificación para la final de París.

El madridismo vivía en un estado de euforia sin igual, también por el convencimiento de que Mbappé ficharía por el conjunto blanco. En el propio club existía ese convencimiento hasta que empezaron a llegar señales bastante confusas al principio y desalentadoras más tarde.

Parecía que Catar había convencido con una oferta millonaria a Mbappé para renovar, y, una semana antes de la final, el francés confirmó que seguiría en París. Las presiones habían sido inmensas.

Fue todo un jarro de agua fría. Muchos comunicadores habíamos contribuido a crear la sensación de que estaba fichado, pero no dejaba de ser el mismo sentimiento que había en el club antes de que la relación con Mbappé se cortase por completo.

Florentino se mostraría bastante comprensivo con la decisión del jugador y aseguraría que le habían confundido y que en esos momentos no le reconocía. Era lo mínimo que podía decir después de sentirse traicionado tras haber alcanzado un acuerdo semanas antes. De todas formas, Florentino dejaba hábilmente una puerta abierta. Quien está confundido por otros puede dejar de estarlo en el futuro y volver a ser un objetivo del Real Madrid.

La mayor injusticia era que el equipo blanco llegaba a la final de París con una exigencia sin igual después de la negativa de Mbappé. No era justo que aquel equipo necesitase ganar para que el verano tuviera un sabor dulce.

Creo que los jugadores usaron esa energía para reivindicarse. Habían ganado la Liga y estaban en la final de la Champions sin Mbappé. Podían ganar sin él. Claro que sí.

La final comenzó con un Liverpool terriblemente dominante. Mane era indetectable para Alaba y Militão, que tuvieron que rectificar sobre la marcha. En esos primeros minutos fue Courtois la principal oposición a los *reds*.

El final de la primera parte dejó un gol injustamente anulado al Madrid. El tanto no había subido al marcador, pero sí había atemorizado algo al Liverpool.

Tras quince minutos de la segunda parte, una jugada muy bien trenzada proyectó a Valverde por la banda; este puso un centro que remató Vinicius a gol. Era el 1-0. Ahora tocaba aguantar hasta el final.

El equipo sufrió de lo lindo, y Courtois hizo el mejor partido que yo le recuerdo a un portero para que el Madrid se alzase con la Decimocuarta Champions.

Se trataba de una Copa de Europa que llegaba antes de lo esperado. El proyecto de los jóvenes estaba previsto que diese los máximos frutos en los próximos años, pero estos, junto con veteranos ilustres y auténticas leyendas del fútbol, habían conseguido que ese Madrid al que «no le daba para Europa» volviese a ser el mejor equipo del mundo.

Aquellos jóvenes acababan definitivamente de hacer buena la idea que había iniciado Florentino en 2014 cuando comprendió antes que nadie que el Madrid debía adaptarse a un nuevo paradigma. Valverde había dado la asistencia y Vinicius había marcado el gol. Antes Rodrygo, Camavinga o Militão también habían resultado decisivos para superar otras eliminatorias.

Florentino había ganado fichando a *cracks* veteranos en su primera etapa. También había logrado su objetivo contratando a jóvenes estrellas al principio de su segunda etapa, y ahora estaba colocando al Madrid en lo más alto con niños que había fichado cuando eran juveniles. Todo ello mientras la situación financiera del club era envidiable y el estadio experimentaba una transformación que garantizaría la independencia económica del club durante las próximas décadas.

Espero haber reflejado en las líneas que han dado forma a este libro lo extraordinario del personaje. Florentino ha sido una persona adelantada a su tiempo, un dirigente que ha logrado pensar más allá de los contextos que le han rodeado hasta el punto de trascenderlos y cambiarlos.

Los madridistas tenemos una enorme suerte de haber disfrutado durante tanto tiempo de Florentino, y el mayor de nuestros temores vendrá con su marcha. Ha sido extraordinario en su genialidad, pero también en la firmeza de sus valores. Tras el caso Negreira es fácil observar lo importante que es manejarse de una manera íntegra en el fondo y en las formas.

Su legado será eterno, porque así lo son sus triunfos y sus ideas innovadoras. Espero que pronto la maravillosa ciudad deportiva de Valdebebas pase a llevar el nombre de Florentino. Pocos se opondrían a esta iniciativa.

Y habrá quien discuta que hablamos de uno de los dirigentes más exitosos de la historia del deporte. No traten de superarlo, simplemente iguálenlo.

Agradecimientos

Pocas relaciones son más incondicionales que las del hincha con su club. Por eso mi agradecimiento debe empezar por el Real Madrid. Siento que me ha dado muchas cosas sin apenas haberle dado yo nada.

Por supuesto, me siento muy agradecido a Florentino Pérez, su presidente. Su encomiable trayectoria inspira este libro, que no deja de ser una recopilación de muchos momentos inolvidables.

Gracias a mis padres por apoyarme en todos mis proyectos, educarme en valores e inculcarme el madridismo que invade todo mi ser.

Gracias a Javier, Jaime, Nicolás y María. Sois mi vida y espero poder entregaros lo mejor de mí mismo durante mucho tiempo.

Y, por supuesto, gracias a ti, Maca, por ser la persona que siempre está ahí sosteniéndome y queriéndome. Sin ti nada de lo que estoy viviendo tendría sentido.



RAMÓN ÁLVAREZ DE MON MONTOLIU (La Coruña, 1984). Estudió derecho y diplomatura de empresariales en la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE). En la actualidad es socio del bufete Álvarez de Mon-Senante Abogados.

Desde 2015 colabora en La Galerna. Tertuliano habitual del programa *La Tribu* de Radio Marca, desde hace cinco temporadas, actualmente se ha convertido en comentarista de todos los partidos del Real Madrid. También desde julio de 2021 es un habitual de *El Gran Debate*, de Gol TV. Además tiene su canal de YouTube «Ramón Álvarez de Mon».

En 2022 publicó *Que baje Dios y lo explique*, uno de los libros sobre fútbol más vendidos del año. Este es su segundo libro.